



CORREOS.

ANALES DE LAS ORDENANZAS DE CORREOS DE ESPAÑA, PUBLICADOS POR LA DIRECCION GENERAL DE CORREOS Y TELÉGRAFOS.—(*Escudo de armas reales.*) MADRID: IMPRENTA DE VICTOR SAIZ, CALLE DE LA COLEGIATA, NÚM. 6, 1879-1881. —(*Cinco tomos en cuarto, á dos columnas, con 3.157 páginas, en las cuales se insertan 2.714 documentos.*)

CORREO.—El sistema, organizacion y método que tiene cada país para la distribucion de la correspondencia.

POSTAL.—Lo que toca á la posta ó al correo.

(*Adiciones provisionales al Diccionario de la Lengua Castellana.*)

AL SR. D. ANTONIO FERNÁNDEZ DURO, jefe de negociado de segunda clase de la administracion de Correos de Madrid, etc., etc., etc.



El libro que dejamos apuntado se compone de las órdenes relativas á correos que ha sido posible hallar en diferentes archivos de la nacion. Abarca desde fines del siglo XIII, hasta la presente época. Esta obra, impresa por mandato de S. M. el Rey D. Alfonso XII, lleva dedicacion al ministro Romero Robledo y un excelente prólogo, en cuyos documentos manifiesta con claridad y galanura el director general Cruzada Villaamil las

razones que se han tenido en cuenta para publicar los *Anales*, y se traza un breve pero importante y curioso bosquejo histórico del correo español.

En el período que el escrito comprende, aparecen los adelantamientos postales en marcha progresiva hasta llegar al grado de perfección en que hoy los consideramos. Es tan ruda, vulgar y sencilla la idea de enviar un mensajero que traslade á otro punto, más ó ménos lejano, cualquier noticia hablada ó escrita, que si á esto se le quiere llamar *correo*, sospecho que no ha existido jamás pueblo falto de semejante institucion. Los *hemeródromos* griegos; los *clamatores* galos; los *veredaríos* mencionados en la sagrada escritura; los *bered* árabes; los *mandaderos* que citan las leyes de Partida; los *chasquis* de los antiguos peruanos, y hasta el *mozo* que hoy despachamos con una esquela para el vecino, se parecen al mecanismo postal de nuestros tiempos como puede asemejarse la honda al tren de artillería, ó la canoa del salvaje al potente buque acorazado.

No faltará quien diga, y con visos de razón por cierto, que los *Anales de Correos* son completamente inútiles, porque el ímprobo trabajo que la obra representa no ha de aprovechar ni á los empleados ni al público en general. A aquéllos, porque el mayor número de las disposiciones que inserta se hallan derogadas; y á éste, porque á las gentes lo único que le interesa saber, son las horas de entrada y salida del correo, y el precio de las cartas; es decir, las noticias que en pocos renglones consignan todas las agendas y todos los almanques.

Si estos argumentos son incontestables, incontestable es también el espíritu de curiosidad que domina en nuestro siglo. Hoy que no se publican volúmenes en folio tratando de sutilezas jurídicas y teológicas, se imprimen obras llenas de erudicion que nos refieren la historia de la imprenta, de la cerámica ó de las armas de fuego; historias que si de nada sirven al vulgo ni al que se contente con poseer la buena pistola, la excelente vajilla, ó el volúmen estampado con claridad y belleza, sirven de mucho á las personas que hallan deleite en conocer el progreso, meditacion y estudio que han

necesitado todos los inventos é instituciones para lograr el desarrollo y estado en que ahora las vemos.

El correo ocupa lugar señaladísimo, el primero quizá, entre los ramos de la administracion moderna. Las escuelas políticas más liberales y avanzadas, ni cuestionan su utilidad, ni niegan que su monopolio corresponde á los gobiernos. Las naciones más cultas de Europa y América han dado á la estampa bellas historias de su desarrollo postal; de modo que solamente á las personas á quienes la suerte de una carta no haya preocupado nunca, les podrá ser enojoso el escrito que refiera con claridad y elegancia la vida, digámoslo así, del *correo*, cuyo estudio, como dice el profundo y elegante Castro y Serrano, es el estudio indirecto de la *civilizacion*.

Ahora bien; los *Anales* contienen el abundante y riquísimo material para la obra. Allí se encuentran casi todos los elementos indispensables para la fábrica, elementos que hubiera sido difícil ó imposible hallar en las colecciones de leyes ó decretos de España. Porque la índole del correo es tal, que para él no resucitan jamás las modas antiguas. Cambia el sistema de su servicio al compás de los adelantos modernos, y al apoderarse de todo buque, de todo coche y de todo camino, lo abandona cuando halla otro medio más rápido y seguro de viajar. Por eso el correo de á pie cede su puesto al de á caballo, y los buques de vela y las sillas de posta desaparecen á la vista de la hélice ó de la locomotora. Por eso ciertas órdenes postales son de tan escaso y efímero interés para el público, que ni aun la *Gaceta* se digna estamparlas; y por eso los pocos ejemplares repartidos entre los servidores del ramo que habian de cumplir aquellas disposiciones, son hoy rarezas bibliográficas ó se hallan enteramente perdidos.

Y de la exactitud de esta afirmacion responde el mismo libro que examinamos. Cítase en la página 142 del tomo I, por ejemplo, el reglamento de los subalternos del Correo mayor, de 27 Octubre 1728, y tal disposicion no se halla en el lugar correspondiente de la obra. Menciónase en la 156 la ordenanza para viajes, de 10 Octubre 1737, y semejante escrito no aparece en la coleccion. Háblase en la 321 de un

decreto sobre indumentaria postal, de Junio 1799, y éste no se encuentra en el volúmen. De época tan reciente como el 13 Julio 1842, falta una circular tocante á sellos de fecha, que se mienta en la página 167 del tomo II; y un poco más adelante, en la 193, se consigna que *no han podido encontrarse los modelos de libranzas del giro mútuo* mencionados en la instrucción de 7 Octubre 1843.

Entiendo que estos y otros pequeños reparos de la misma índole que pudieran añadirse, tendrían fácil remedio buscando con interés y áun premiando el hallazgo de semejantes papeles, que quizá no falten en los archivos de alguna dependencia de correos de la Península. Creo que la pérdida total de documentos tan modernos no puede ni debe achacarse todavía á los trastornos y vicisitudes de los tiempos.

Más reparable es la falta de ciertas piezas oficiales que no se hallan en la coleccion. Señalaré, entre otras, la cédula fechada en Toledo en 30 Junio 1525, para que se abonasen cien ducados de oro al correo Bernardino de Albornoz, por haber traído la noticia de la victoria de Pavía, empleando un mes en su viaje desde Roma á Madrid; la carta real dada en Valladolid, por Agosto de 1556, para que el correo de Sevilla no marchase á la córte sin recoger los despachos de la Audiencia; las leyes de la Nueva recopilacion, en 1567, tocantes á los derechos del Correo mayor; los avisos dados por D. Juan de Tassis en 1580 y 1601 á los correos de Italia y de Flandes; las provisiones de Felipe III en 1603, sobre los de Valladolid, Cataluña y Valencia; las reformas postales indicadas en 1603 y 1608; los remedios para excusar la tardanza de los ordinarios de Italia en 1617; la carta del conde de Oñate referente á las postas de Génova y Barcelona, en 1628; el dictámen fiscal de 1644 relativo á las mercedes concedidas al Correo mayor; el auto acordado de 1729 permitiendo á los correos el uso de armas prohibidas; el curioso reglamento de Agosto de 1779, beneficiando los portes de la *Gaceta*..., y otros papeles análogos que circulan impresos y que, áun cuando no vulgares, son harto conocidos por los que estudian y cultivan la materia que nos ocupa.

Consígnase en el preámbulo de los *Anales* la opinion de

que no deben tener natural asiento en el mismo *los muchos y muy curiosos datos no oficiales, que pudieran servir grandemente de complemento para formar la historia del correo en España.*

Ya hemos dicho que la obra que examinamos es erudita y no vulgar. El mismo director general apunta con todas sus letras que su libro vá destinado á que pueda *escribirse con verdad la historia del correo español.* Y siendo esto así, ¿cómo se concilia con tal doctrina el escrúpulo monjil de no insertar esos desconocidos papeles, que tantos raudales de luz pueden derramar sobre el asunto de que se trata? Por ventura, ¿no recoge el historiógrafo la noticia que con la sincera marca de la verdad le deja cualquier escritor anónimo ó desconocido? ¿Necesitan acaso sellos reales y refrendos de secretarios los documentos sobre los cuales hemos de fundar la exactitud de lo que ocurrió en los siglos que nos precedieron? ¿No vemos todos los días la demostracion de que innumerables cédulas, leyes y pragmáticas fueron siempre letra muerta y pura teoría, y que lo real y efectivo era lo declarado por un oscuro poeta ó por un alegre novelista? En buen hora que no se estampen en los *Anales*, porque ellos no deben ser un tratado bibliográfico, noticias de los rarísimos libros postales de Pedro de Valda ó Blas de Arce, ni ménos lo que sobre conduccion de cartas se desprende de las obras de Cervantes, Quevedo, Lope, Calderon, Luis Zapata, Suarez de Figueroa y otros cien autores que se hallan al alcance del estudio y diligencia del literato. Pero no puede decirse lo mismo de esos manuscritos que paran en los archivos nacionales, donde si por falta de índices razonados *es interminable la rebusca de documentos* que se practica de órden del gobierno, resulta casi imposible para los esfuerzos del individuo particular, por constantes y generosos que ellos sean.

Y la mejor prueba de la justicia de esta opinion, se halla en los volúmenes que tenemos á la vista. Ellos mismos se contradicen, dando honrada hospitalidad á esos documentos *no oficiales*, á quienes negaba el derecho de formar parte del libro, y ellos mismos se oponen y refutan la doctrina asentada en el preámbulo de la obra. Yo creo que no son piezas oficiales, ni el memorial de Simon de Tassis, pidiendo al-

bricias en 1518 por su diligencia en avisar el embarque del Emperador Carlos V; ni los derechos y recuerdos sobre los ordinarios de Italia en 1627 y 1662; ni la súplica de Ferran de Alcate, Correo mayor de Cataluña, ni los recibos de la cofradía de Marcús, de mediados del siglo XVIII, ni otros muchos papeles, tan útiles como importantes y curiosos, pero desprovistos de las garantías y condiciones que adornan á las leyes, decretos y ordenanzas.

Por lo mismo que me ligan vínculos de amistad y gratitud con las personas á quienes se debe la idea y la redaccion de los *Anales*, he sido quizá demasiado claro y severo, aumentando los pequeños lunares que advierto en el notable trabajo que consagran á las postas españolas.

Y le llamo notable á boca llena y con tanta voluntad como placer, porque ningún país, segun creo, ha dado á la estampa una coleccion de la importancia, mérito y valía que ésta reúne en su clase. En aquellas tres mil páginas se nos presentan las disposiciones dictadas en el período de seis siglos, y vemos la constitucion de los antiguos correos de Cataluña en el XIII; sus vestidos y hospedajes en el XIV; sus cofradías, ordenanzas y salarios en el XV; las albricias ganadas en 1485 y 1492, por los que llevaron á Barcelona la buena nueva de las conquistas de Ronda y Granada; los estatutos de los correos de Valencia; los privilegios y cédulas á favor de los Tassis, á quienes se debe que las postas sirviesen en España *para el beneficio general de los negocios*; la creacion de la estafeta, grandísimo adelanto para su época; las quejas de altos funcionarios contra los males que producía la frecuencia en escribir; los desórdenes y abusos que reinaban en el correo; su incorporacion á la corona; el establecimiento de las sillas de posta, de los buzones, de los carteros, de los sellos de fecha..... y en fin, todo el lento, pero constante progreso que ha tenido este ramo de la administracion en España, hasta llegar al estado en que hoy se encuentra.

Si estas cosas no merecen saberse, quémese el libro y asunto concluido. Pero si valen la pena de estudiarse, necesario es guardar y aumentar el tesoro acumulado, cuya ta-

rea no me parece difícil, por aquello de que «comenzar las cosas es tenerlas medio acabadas.» La Direccion general de correos puede interesar, amistosa mejor que oficialmente, á sus administradores en las capitales y pueblos de importancia, para que ya por sí, ó ya por medio de los correspondientes de la Academia de la Historia, de las secretarías de ayuntamiento, ó de sujetos curiosos, se busquen y adquieran los papeles que se juzguen de utilidad ó importancia para el estudio postal de las edades pasadas, incluyéndolos en los *Anuarios de Correos* y consignando allí mismo los archivos y los nombres de los individuos á cuyo celo se deben. Creo que iniciado el sistema, los eruditos y los pueblos acudirian voluntariamente á prestar su ayuda al proyecto. El sábio y generoso Gayangos, con sus apuntes de las postas españolas, tomadas de los autores árabes; Fernandez Duro, con el concierto que en 1592 otorgaba el concejo de Zamora con el correo Ignacio Vazquez, para abonarle cuatro ducados al año por todas las cartas que trajese para la ciudad; Serrano, con los libramientos, cuentas y concordias postales de Valencia en los siglos XIV, XV y XVI, y Cerdá, Asensio, Octavio de Toledo y otros muchos, contribuirian, como ya han contribuido, con informes y noticias á la importante y patriótica obra de que tratamos, logrando quizá datos para la formacion de curiosos mapas postales de los pasados tiempos, que nos hiciesen ver gráficamente los pueblos que disfrutaron y los que carecieron del benéfico servicio de correos (1).

(1) Hasta las noticias negativas pueden ser y son de verdadero interés, cuando se hallan redactadas con la erudicion y galanura que resultan de la siguiente carta:

«Sr. D. Rafael Pardo de Figueroa, comandante del vapor *Piles*.—Tarragona 15 de Junio de 1880.—Muy señor mio de todo mi respeto: Mucho sentí que un asunto urgente del servicio eclesiástico me privase del gusto de recibir á Vd. en ésta su casa, el sábado por la tarde, en que tuvo Vd. la amabilidad de favorecerme con su visita. Pido á Vd. por ello mil perdones, y le ruego se digne hacerme la justicia de creer que, si falté en esa ocasion á tan grato deber de cortesía, no fué porque interviniera mi voluntad, siempre dispuesta y pronta á com-

El vapor aplicado á la locomocion produce las consecuencias sociales, políticas y económicas que ha comenzado á vislumbrar, pero que no puede medir, porque no las vé por entero, la generacion presente. Desde el servicio postal de París ó Lóndres hasta el de Fez, que solamente despacha mensajeros cuando el número de cartas puede sufragar el gasto del viaje, ó el de los pueblos rusos Guigita y Petro-pawlosk, donde llega el correo de año en año, media un abismo. No contentas hoy las balijas con encerrar cartas y papeles, admiten y aseguran en su seno libros, muestras, encargos, telas, semillas y medicamentos. Cuando las circunstancias alegres de fiestas y Exposiciones lo piden, el correo aumenta su trabajo y su cuidado en pró de la comodidad pública; y cuando las guerras, las epidemias y las calamidades ahuyentan á las gentes, el correo sigue impá-

placer á Vd. en cuanto se le ofrezca y quisiese mandarme.—¡Ojalá pudiera dar á Vd. de presente una prueba inequívoca de la sinceridad de mis deseos, satisfaciendo por completo los suyos, en órden al asunto que motiva este escrito. Pero es el caso que, en Tarragona, nunca ha existido (que yo sepa) capilla, cofradía ni fundacion alguna de la índole de esas á que Vd. se refiere. y se comprende perfectamente, si se atiende á que en la época que Vd. señala y hubieron de instituirse en otras partes, esta ciudad, dos veces destruida desde la invasion sarracena, no era más que un monton de escombros, que recogió, de acuerdo con el conde de Barcelona, D. Berenguer Ramon, el piadosísimo obispo San Olaguer, á fin de restaurar la antigua silla metropolitana, cuyo título se habia dado á los prelados de Vich para que no se perdiese tan gloriosa memoria.—Ni áun despues de su restauracion, Tarragona tuvo importancia alguna política y ménos mercantil, pues carecia de puerto y de caudales. Su área, por otra parte, era tan reducida, que si descartamos el personal del clero y la gente de armas destinada á la defensa de la plaza, apenas podia contener el suficiente número de familias empleadas en las artes mecánicas y demás oficios indispensables para ocurrir á las primeras necesidades de la vida. ¿Y una poblacion de tan escasos recursos, quiere Vd. que estuviese en condiciones de mantener un *servicio postal*, organizado como los de Valencia y Barcelona? ¿Ni qué interés podian tener sus comunicaciones epistolares? El único que podia resentirse de la falta de medios de comunicacion, seria el servicio eclesiástico, y más habiendo aquí tribunal dealzada. Pero los procedimientos de entónces obedecian á otra tramitacion muy diferente de la nuestra, y todos los obispos, para remitir los documentos oficiales ó circular sus órdenes, se valian del ministerio de los *cursores*.—Como quiera, el hecho es que no se halla vestigio de haber

vido en su puesto como si nada aconteciese á su alrededor, sustituyendo el servicio de hombres y caballos con el de globos y palomas. Esa especie de hermandad, que con el nombre de UNION POSTAL UNIVERSAL se inició hace pocos años, que ha roto las fronteras de los pueblos, que cuenta hoy con *setecientos setenta y seis millones* de sócios y que contará en breve con el orbe entero, señala (con pena quizá para las religiones, para la política y para la filosofía) el primer ejemplo de hallarse conformes con una sola idea y con una sola ley, gentes regidas por tan diversas leyes y por tan distintas ideas. A los antiguos correos que nos pintan los historiadores como séres viles, infieles, borrachos y blasfemos, y cuya única ciencia era espolear los caballos y conocer los caminos, han reemplazado funcionarios que á la dignidad y honradez, reúnen los conocimientos indispensables

existido en Tarragona la institucion de que se trata, y si realmente no ha tenido existencia, lo que es yo, aunque revuelva mss. y códices, no se la puedo dar. Las constituciones sinodales, que son la fuente de la historia eclesiástica diocesana, y la base de su jurisprudencia litúrgica, nada dicen sobre esto. El ritual donde debiera hallarse la fórmula prescrita para la bendicion, tampoco la contiene. Los historiadores guardan silencio. Pons é Jeast, que tanto interés tuvo en describir y publicar las grandezas de Tarragona, su patria, calla esa circunstancia. Ambrosio de Morales, que escribió de intento, por orden del Rey, que le costeaba sus viajes á las iglesias de España, hace lo mismo. El Padre Maestro Florez, así como Villanueva, otro tanto. ¡Qué más!—El canónigo Blanch, que recopiló un sin número de noticias sumamente curiosas, sacadas del archivo de esta catedral, ántes que lo incendiasen los franceses, no habla de ese instituto una palabra. Ahora bien: ¿es posible que todos ignorasen la existencia de esa loable práctica ó fundacion? Y si la sabian, ¿es verosímil que todos quisieran dejarse la noticia de su existencia en el tintero? El ilustrado criterio de usted podrá dar la contestacion lógica á estas preguntas, mientras, aprovechando esta ocasion, tengo el gusto de ofrecer á Vd. la seguridad de mi más distinguida consideracion y respeto con que soy de Vd. atento seguro servidor y capellan Q. B. S. M., *Pedro Antonio del Rincon.*“

Celebramos la equivocacion de la persona que nos aseguró la existencia de la *Cofradia postal de Tarragona*, pues semejante error ha producido el luminoso informe del ilustrado canónigo Sr. Rincon, quien usará misericordia con nosotros, por haberlo dado á la estampa sin su permiso, y en gracia de la utilidad que tan bizarro escrito ha de prestar á los historiadores del correo español.

para el acertado despacho de la correspondencia, y la instrucción necesaria para cumplir las leyes y disposiciones que rigen y sostienen la complicada organización y máquina postal de nuestros días. A los descarnados itinerarios que marcando las leguas de un pueblo á otro constituían todo el estudio y toda la biblioteca del empleado, sustituyen ahora centenares de libros y de periódicos que explican desde los convenios internacionales, hasta la forma de los buzones ó de las balijas. El hombre de correos que sea afecto al estudio, tiene anchuroso campo donde emplear su entendimiento y la seguridad de que las buenas doctrinas que predique han de ser aprovechadas por millares de individuos. Berlín funda un curioso y peregrino museo, donde se custodian cuantos papeles, muebles y pertrechos, antiguos y modernos, se hallan relacionados con el transporte de las cartas. Francia, Inglaterra, Austria, Bélgica, Suiza, los Estados Unidos, la República Argentina y otras naciones de Europa y América, dan á luz preciosos libros con la historia, la estadística, las reformas, los proyectos y los adelantos de sus correos.

Si España no se presenta hoy en este certámen con una crónica que refiera y cuente en galano y pintoresco estilo el origen y vicisitudes de los suyos, los *Anales* y el *Prólogo* vienen á ser barras de finísimo oro que suministran abundante material para labrar, con la aleación conveniente, ese volumen histórico que se echa de ménos en un país donde las postas exceden en antigüedad y en perfección á las de muchos pueblos de Europa.

Suponiendo que con lo dicho basta para que el lector forme idea de la publicación que se dejó apuntada al principio de este artículo, queda conseguido mi objeto. Debo, sí, en obsequio á la justicia y poniendo mientes en la verdad del caso, consignar que ideados los *Anales* por el Director general de correos, encontró eficaz ayuda en el activo y laborioso D. Manuel Vazquez, redactor y compilador de la obra; en el diligente D. Francisco de Semir, y en los eruditos Mr. Lerouge, D. Juan Facundo Riaño, D. José Puiggari y D. José Enrique Serrano.

Si se eslabonan con los *Anales* el gran *Mapa* de 1875, el *Diccionario* de 1880, los *Anuarios*, los planos de la futura casa de correos de Madrid, el giro mútuo internacional y la remesa de valores y encargos á diversos pueblos del mundo, notaremos que el hombre á quien se deben tales mejoras, ha sido más devoto de la actividad que del descanso, y por dicha causa el departamento que dirigió el Excmo. Sr. D. Gregorio Cruzada Villaamil, inscribirá su nombre á la par de los de Grimaldo, Villarias, Campomanes, Quinto, Manresa y otros inolvidables jefes, que tan marcada huella y grata memoria dejaron de su permanencia en el centro directivo de los nobles y honrados Correos de España.

EL DOCTOR THEBUSSEM,

Cartero honorario de España y de sus Indias.

Medina-Sidonia; 20 de Abril de 1881 años.

P. S. Acabo de leer con vivísima satisfacción en la *Gaceta de Madrid* del 5 Abril 1881, una real orden tocante á exámenes de los servidores del correo, y en ella se dice por el ministro D. Venancio Gonzalez (juez competentísimo en la materia) que son *preciosos los documentos que encierran los ANALES DE LAS ORDENANZAS DE CORREOS, y que prometen más interés que el puramente histórico.* No es posible hacer, con ménos palabras, un panegírico más galano y completo de la obra que hemos intentado examinar.—DR. TH.





POLYSTORIA ⁽¹⁾

IX.

No es posible determinar á un sólo golpe de vista la direccion de los intereses de tantos pueblos, como tampoco fué dado á todos encaminar sus pasos á un fin comun, y mientras España sentia extenderse por todo el territorio el eco de su decadencia, Francia se levantaba potente, subia Rusia al reinado de Pedro el Grande, Suecia y Holanda, reproduciendo su independiente espíritu, iban á la prosperidad y glorioso desenvolvimiento de Gustavo Adolfo, de Cristina á Cárlos XII, Alemania alentaba aún las discordias civiles y los extremos de la Reforma, é Inglaterra iba purificando sus encontradas aspiraciones en un crisol desastroso: América del Norte y América del Sur, tenian sobre sí el yugo de un poder absoluto, inminente, cuya direccion seguian como astro impulsado en la vía láctea, sin direccion propia. Por esas razones este período de la historia universal, es para muchos como el hilo de Teseo; confusa la generalidad de los actos que la consti-

(1) Véase la pág. 302 del tomo XXX.

tuyen, obedecen á duplicadas intenciones desenvueltas en una fecunda diplomacia, en la ciencia, en el arte y en la poesía: cúbrese este período de un fondo cuya civilizacion no ha tenido nombre, y lo más á que se han atrevido los historiadores ha sido á reseñar muchos reinados sin el mayor enlace social. Buscar el ideal, la aspiracion de la vida en el siglo XVII, ha sido casi imposible á los escritores; la razon está en los mismos acontecimientos de que han nutrido sus obras; ¿podia en tanto perderse la esperanza de hallar el eco fidedigno de esa parte de la edad y de la historia? Tal vez el estudio paulatino del génio histórico nos conduzca, desentrañando las leyes que rigen al universo, á alguna afirmacion positiva.

Dueño ya el arte de referir los acontecimientos de su expresion magestuosa, cada pueblo pone en deleitable concurso el lenguaje de su memoria, y el espíritu de cada nacion imprime en la faz de sus habitantes, un carácter, una vida, cuyo desenvolvimiento no fué igual tampoco en todos los pueblos, sin duda tambien debido al género de vida, al continuo guerrear é irritacion nacional de ese siglo.

Yo no comprendo por qué algunos temen historiar este período; ilustres amigos míos (1), rehuian cantar desdichas, y creo que, por el contrario, de él se pueden sacar lecciones valiosas, y tal vez así lo demuestre la dificultad y la importancia de tantos intereses contrariados, tantas expoliaciones y guerras, tanta insidia y tanta revolucion como en el sombrío cuadro del siglo XVII se cruzan, y lo que vale más, lo que llama la atencion de todos los pueblos y de todos los tiempos, lo que interna en el genio y el espíritu de los hombres, esa nota característica de las costumbres de cada nacion, las ideas nuevamente desenvueltas en sus relaciones más íntimas é inmediatas con la moral, la virtud, las artes y el amor á la patria. No obstante, vemos á Europa como un cuerpo cristiano formado de muchos Estados con una diplomacia aparentemente unida, tratando por todas sus leyes sostener

(1) Amador de los Rios y otros publicistas.

un equilibrio general; esto que parece unidad, no debe considerarse á lo léjos, en la vaga transparencia de los siglos, sino como nos la dan á conocer tantos génios como se han destinado á reproducirla, tantos documentos inéditos custodiados todavía como secreto tesoro de la historia. Ellos mejor que nadie podrian decirnos cómo vieron realizarse la vida total de ese período, quizá el más intrincado de la historia profana.

Mas tan poca analogía ofrece la marcha de los pueblos europeos entónces, que al considerar la produccion histórica de los mismos no puede establecerse un sistema único bajo cuyas bases puedan aquilatarse los tesoros de sus creaciones literarias: fecunda, metódica y detallada la estética de la historia italiana; erudita, elocuente, llena de fuego la francesa; enérgica y trascendental la de Inglaterra; épica y bella la del Norte, magestuosa la de España; llena de esfuerzos y entusiasmo la alemana, más que por los contornos que parcelan los Alpes del Mediterráneo, el Océano y los Pirineos, hállanse apartadas por el diverso modo de referir sus acontecimientos, y sobre todo por el plan y número de obras que han dedicado á la historia patria y universal.

Pero si el número de escritores que pueda contar un pueblo probaran el florecimiento de los estudios en una nacion, en ningun siglo, dice Girolamo Tiraboschi (1) y en ningun país se dirá tan cultivada la historia como lo fué en Italia durante el siglo XVII; tan grande es el número de historiadores en todas sus producciones, apenas habia ciudad que no tuviese escritores de sus orígenes y habitantes como tambien de historia general y particular; pero no corresponde su valor al número, y por lo tanto, el génio histórico apenas se elevó algunos grados sobre su nivel: las historias de este tiempo se resienten casi todas del mal gusto que infestó á la mayor extension de Italia, cuyo ampuloso estilo por otra parte hace insoportable su lectura; la crítica y exactitud de juicios

(1) Storia della Litteratura Italiana. Della compagna de Gesis, tomo VIII, libro III, cap. I; in Modena. 1772.

no fué mejor que el estilo, y la fábula anniana y la conseja popular, se ven sembradas á manos llenas en toda página. No puede ménos de confesarse este defecto en gran número de autores, y si algunos se presentaron dignos de alabanza, en la lectura verdaderamente no llevan ventaja.

Prescindiendo de infinidad de escritores cuyo talento aplicaron á la cronología desde la famosa *Mensura temporum antiquorum*, hasta la *Storia Universale provata con monumenti*; que hubo en mayor número y más escogida série en geografía formando la célebre *Guida allo Studio geografico* de Giambatista Nicolossi; *La Riflessione geografiche sopra le terre incognite* del P. Vitale da Terra Rosea, no llegan en punto alguno todas las ciencias y estudios que sirven de fundamento y de prueba á la historia, cual lo fué mucho más y mejor cultivada y con más ardor volviendo y replegándose á la de la antigüedad. Envolvióse en ella toda la interpretación arqueológica, y las medallas, las inscripciones y toda la epigrafía contribuyeron en el citado siglo á dar en ellas obras como *L' Storia Augusta de Giulio Cesare á Constantino Magno illustrata con la veritá de la antiche Medaglie*, donde como en la de Gian Petro Bellori Romano, *Avertimenti Storici al Tristano*, se estudian y guardan disertaciones encaminadas á esclarecer las costumbres y las leyes de la república romana y otras ciudades antiguas, con gran olvido de la historia moderna, esculpida en otras medallas é inscripciones más nuevas; y notándose sobremanera el doble defecto en que, por una parte, la ciencia de la antigüedad habia descorrido todos los velos de la crítica sin esa perfección que obtuvo muy despues, y por otra, una extraordinaria ambición de mostrarse los hombres doctos, constituia frecuentemente fuera de sentido á eruditos escritores ocupándolos sin fin en inútiles é insulsas (1) digresiones, que además habrian hecho pesada aquella literatura, si Octavio Ferrari, el más docto y más feliz de los escritores italianos de aquel siglo, no hu-

(1) V. Girolamo Tirabosche, *ibid.*

biera escrito sobre antigüedades su *Re Vestiaria*, *l'Analecta* y sus dos libros *Electorum*.

Ahora bien; llegando á los escritores de historia contemporánea, pocos son los que á todo tiempo y á toda nacion extendieron sus investigaciones, y además los Compendios históricos del conde Alfonso Loulin son de poca estima, pues dudosamente tendria algun libro digno de mencion. Antonio Foresti, de la compañía de Jesús, apenas dió á luz su *Mapa mondo storico*; no obstante, fueron muchos los escritores de cosas de su tiempo, y entre Giorgio Piloni, Giambatista Birago, Alexandro Ziliolo, Vicenzó Forti, el conde Majolino Biccaccioni, más célebre por sus aventuras que por sus muchas obras; Pedro Gazzotti y Girolamo Bruxoni dá Lenguago, cuyas vicisitudes podrian ser objeto de nuestro estudio, si Mazuchelli no nos las hubiera enseñado.

Fernando Pallavicino, perseguido por la obscenidad y maledicencia de sus escritos, en sus obras hallaron eco profundo los acontecimientos ocurridos en 1636. El Bayle, el Chaasepie y el Marchand, en su Diccionario, han hablado sobradamente de este escritor, decapitado en Aviñon en 1644 por sus sátiras, publicadas contra Urbano VIII, con ocasion de la guerra de Parma, y para su mayor desgracia, sus escritos no pueden renombrarse con grande aplauso de la literatura italiana. Mucho más correctas son las históricas del conde Galeazzo Gualdo Vicentino, nutridas de acontecimientos de aquel siglo, aunque no muy depuradas, y al lado de este preclaro escritor, otras muchas más, cuyo índice exacto puede verse en la Biografía de Michel Angel Zorzi (1). Fueron de mayor crédito las Historias de Pier Giovanni Capriata, publicadas las dos primeras partes de 1613 á 1644, y la tercera, que llegó hasta 1660, por Giambatista, hijo del autor, y dedicada á Francisco María Imperial Lescari, genovés, y entonces espléndido protector de los literatos. Pero el más célebre entre todos los escritores italianos de este tiempo, fué Vittorio Siri, al que se debe conocer hasta en su vida particular.

(1) Caloger. Racc. d'opus, tomo I.

Parmigiano, á los diez y ocho años de edad, tomó, en 8 de Diciembre de 1625, el hábito de la orden de San Benito, como refiere el padre Armellini (1), dando á conocer muchos pormenores curiosísimos de la vida de este ilustre escritor en el claustro; habiendo obtenido, con los primeros tomos de su *Mercurio*, fama de ilustre escritor histórico, Luis XIV lo llamó á París, donde en posesion de una abadía secular, segun Andrea Raineri, depuso el hábito religioso por el eclesiástico, que conservó hasta 1685, en cuyo año murió á los setenta y ocho de edad.

En algunas de sus obras llámase *D. Vittorio Siri, Consigliere, Elemosinario et historiografo della Maestá Christianissima*. El *Mercurio Político* fué la primera obra que hizo notable su nombre, dividida en quince tomos, que abrazan la historia desde 1635 á 1655, continuóla despues por las *Memoriae recondite*, en ocho tomos, en los cuales, replegando la historia, narraba los acontecimientos, indagando el origen y refiriendo las negociaciones de los Gabinetes y sus consecuencias, con nuevos datos y documentos que comprobaban su recitado. Se vé, pues, gran copia de erudicion y saber en la historia de Siri, gran número de acontecimientos que le manifestaron algunos embajadores, nuncios y ministros de diversos Estados, principalmente de Luis XIV, quien por medio del cardenal Mazarino le concedió dicho título con una estimable pension.

Para cerciorarse de cuanto notable ocurría y ser mejor informado, tenia un vasto cortejo de ministros de muchas córtes, como se desprende del gran número de cartas escritas al mismo historiador, conservadas en el Monasterio de San Juan de Parma y por otros escritos del mismo Siri, conservados en Modena. Fué muy protegido tambien en tiempo del duque Francisco I, segun cartas que igualmente se conservan en el Archivo Ducal secreto. De aquí esa fecundidad de datos y que esa historia no sea de una lectura fácil y amena, teniendo una riqueza tal de hechos, que más bien le hace

(1) Bibliot. Casin. Vol. II.

un tejido de documentos que una seguida narracion: pasa ligeramente el autor por muchos de los acontecimientos, de los que no se tiene clara noticia, y en cambio es en otros extremadamente difuso.

Le Clerc, que ha dado un breve extracto de los estudios de Siri, advierte que muchos tomos de las obras de este ilustre escritor italiano, apenas se leyeron en Francia, y que habla de Luis XIII, del duque de Orleans, de su hermano, y de sus ministros, más libremente que lo habian hecho los franceses. No obstante, se le disculpa, pues á la vez aplaudia á otros, y no estaba exento de los defectos comunes á los escritores pensionados, quienes se veian en el caso de corresponder á los estipendios y mercedes con los elogios de sus Mecenas y exponer de modo favorable y glorioso sus acciones. Aunque esta Historia sea poco leida por el número de volúmenes y su proligidad, se han hecho traducciones numerosas, al francés, especialmente, una muy esmerada, con el título *Memoires secrets des Archives des Souverains d'Europe*; algun otro estudio de Siri, escrito con ocasion de la guerra de Monferrato, se ha impreso tambien, pero con nombre supuesto, *Il Político Soldato Monferrino* y *Lo Scudo e l'Asta del Soldato Monferrino*, contra Juan Birago, que, á su vez, le contestó con otros escritos políticos. Refiere el P. Armellini que en dicho monasterio, de Parma, se conservan diez y ocho tomos de manuscritos de Siri, que contienen una coleccion de narraciones y discursos políticos que serian probablemente los materiales de que formó su historia.

Mas aunque la historia general de Italia no ha tenido tal número ni tal celebridad de escritores que pueda merecer gran fama y no haya uno que dirigiese todos sus esfuerzos á escribir una completa historia desde la más antigua memoria hasta sus dias, se vió á Girolamo Brialmont Modenes, que en 1623 publicó en Venecia su *Storia d'Italia dalla venuta di Annibale sino all'anno de Cristo 1527*, en dos tomos en cuarto, la cual, aunque ayudado por su hermano, extendió al tiempo en que la escribia y puede citarse entre las que su lectura no deja de ser muy útil.

Algunos historiadores, siguiendo los vestigios del Gran Si-

gonio, preferían describir la historia de los tiempos del Bajo Imperio; así en 1624 (1) Luis Rodolfini de Sabioneta dió á la estampa su *Origine dignitate, ac potestate Ducum Italice*; como igualmente hizo á mediados del mismo siglo el conde Emmanuel Tesauro, patricio turinense, publicando entre otras muchas (1664) su obra, *Il Regno d'Italia sotto i Barbari*, en la que, como en todas las otras obras, se descubre un autor dotado de vivo ingenio y que podia tener honroso lugar en la república de las letras, si no se hubiera abandonado excesivamente á las preocupaciones de su siglo. Más notable aún, merced á la educacion que su casa, convertida en sábia academia, recibió Camilo Pellegrini, que aumentó despues con sus viajes y dieron lugar al *Apparato alle antichita de Capua*, impreso en 1651, en la que si demostró interés para su pueblo, luego lo manifestó para su patria en otra obra más excelente en su *Historia Principum Longobardorum*, en la cual publicó la crónica del anónimo Salernitano y otros monumentos históricos parecidos, que todavía no habian visto la luz pública é ilustró con eruditas anotaciones y disertaciones con otras cuatro crónicas ya conocidas, en las que dió mayor noticia, no ya del reino de Nápoles y de la historia de esa famosa provincia, sino tambien de toda Italia. Reproducida en el siglo siguiente, enumeráanse en la edicion, otros muchos estudios y gran coleccion de datos históricos, manuscritos recogidos y de obras comenzadas que con gran daño de la historia patria vinieron á perecer de extraño modo. Viéndose Pellegrini en mal estado de salud, mandó á su criada que al llegar su última hora, lanzase al fuego aquel cúmulo de papeles y cartas; y oyendo ella un dia que el médico anunciaba pocas horas de vida al enfermo, ejecutó fielmente el mandato, con gran dolor de Pellegrini, que viéndose ya mejorado, se halló sin aquel riquísimo tesoro amontonado á fuerza de larguísimas veladas y trabajo. Llegó por extremada actividad á tener gran suma de documentos, y aplicacion suficiente para dejar á Italia un monu-

(1) Methode pour l'Histoire. — Tomo XL, p. 403.

mento imperecedero de su nombre y eterna gloria; pero si la excesiva escrupulosidad de su sierva llevóle á un atentado de tal género, Pellegrini habia ya escrito, y sus estudios le merecieron fama en la posteridad; figura como uno de los que más han contribuido á extender la luz sobre la historia de la Edad-Media, su estudio de las ciudades de la Península, las crónicas y los monumentos arqueológicos, le hicieron digno de su nombre.

En cuanto á la historia particular de Italia en este siglo, tenemos la de las guerras de Italia de 1612 á 1631, de Lúcas Affarino Genovés. La Historia de Italia de Girolamo Brusoni, ásperamente criticada, como obra de escritor mercenario y *bugiardo*; las Memorias históricas de las guerras de Italia de Juan Francisco Foffati, que despues fué obispo de Tortosa y murió en 1693, y la de dos escritores latinos Giuseppe Ricci, que escribió las cosas ocurridas en Italia del año 1613 al 1653, y una historia de la guerra germánica de 1618 á 1648 por Paolo Vaccio Modenes, que se limita á 1635. Pero el autor más célebre que pertenece á este lugar, y en el que por muchos conceptos se puede señalar como escritor notable, es Gregorio Leti, entre cuyas muchas obras, casi todas del género histórico, se lee *La Italia Regnante*, en la que da la idea de esta nacion en el tiempo en que escribia. Pocos escritores se ven tan fecundos como él, y Francia, Flandes, Gran Bretaña, el imperio, Ginebra, la casa real de Brandeburgo y de Sajonia y la Italia, tuvieron en él su historia; lástima es que á su fecunda pluma no asistiese la sinceridad en el recitado: recibia mercedes y cuidábase poco de decir la verdad, con tal de complacer á quien le pagaba: hasta el punto de alabarse en hacer escritos agradables al capricho de los demás, y preguntado por la Delfina si cuanto habia escrito contra Sixto V era verdad, contestóle, que valia más, era mejor y más agradable, una cosa bien imaginada que verdadera; estas palabras forman el juicio exacto de este afamado escritor.

Como en los siglos precedentes, se pueden señalar en éste tambien buenos escritores de la historia extranjera, hasta el punto de confesar Tiraboschi, que los más ilustres historia-

dores italianos de aquel tiempo, se hallaban más inclinados á referir las memorias de los extraños que sus propias glorias: famosas en cuanto á la Germania la *Aquila inter Lilia*, *Aquila Saxonia*, etc., y la *Aquila Romana* de Palazzi.

Ninguna de las guerras civiles de Francia fueron célebres en Europa como las de Flandes, que dieron lugar, ocasion y origen á la nueva república de las Provincias Unidas; y aunque hubo de ellas, y en otros acontecimientos, muchos historiadores, de ésta especialmente el cardenal Guido Bentivoglio y el Padre Famiano Strada, de la Compañía de Jesús, han ofrecido obras de notable mérito. No obstante (movióse entre ámbos discordia notable) del concepto histórico, de la prudencia del cardenal y sábio discernimiento, ha dejado en ella clara muestra, tuvo extremos y detalles poco deseables, en su pugna con Strada, su émulo, afecta ingénio, escribiendo usó frecuentemente la antítesis y el empleo de términos contrapuestos, sin caer en la locuela desagradable de los escritores de aquel tiempo, discurre velozmente en el recitado de los hechos, no cansa en sus descripciones, más bien oratorias que históricas, y aunque alguna vez trate de parecer ingenioso, y por lo mismo ménos pródigo de sentencias, ayuda al que lee á descubrir y prever los resultados, condiciones de las que, si alguna tiene Strada (1), apenas alcanzan el desarrollo que tuvieron en Dávila.

Hombre de acción á la vez que de muchos estudios y conocimientos en la historiosofía patria, continuó Dávila la escuela histórica italiana con gran nombradía, hasta considerarle prudentes historiadores como continuador de la tradición de Guichiardini y Maquiavelo, y ser considerado además como el último historiador, como hombre de Estado que, á semejanza de los de España, describían los negocios en que tomaron parte y los acontecimientos que por sí mismos presenciaron. Su libro de las guerras civiles fué de los más populares en Francia en tiempo de Luis XIV; y es también el único historiador moderno á quien Fenelon ha citado

(1) De bello belgico decades duæ. —Roma 1632-1647.

con elogio: traducida su obra en la mayor parte de los idiomas vivos, dióle un renombre cuya gloria sobrepasaba á los timbres de su familia patricia veneciana. Hijo del último condestable de Chipre, fué á la córte de Francia, cuyo partido seguian los de su sangre; sirvió á las órdenes de los Valois, de quienes refirió sus principales acontecimientos; pero en su país despues y léjos de los mismos, si acaso existia alguno de sus señores, retirado en su patria, pudo correr su pluma con toda libertad y contaba toda la leccion de su sábia y prudente experiencia.

La Storia delle Guerre civile de Francia de Dávila, fué de tanta importancia que segun confiesan los mismos franceses es una de las mejores historias que habian tenido aquellas guerras. Por otra parte, su larga residencia en Francia, la amistad que allí se creó, el conocimiento del lugar visto por él, y los hechos á que se halló presente, le colocaron en estado de escribir con reposo y gran fundamento. El estilo fácil y claro, el órden y la concision de los acontecimientos, las reflexiones sobre el origen y consecuencias de las revoluciones, la exactitud de las descripciones y la veracidad de la narracion, hacen la lectura de esta historia, no sólo útil, sino aún deleitable. Si alguna vez ha intentado penetrar demasiado en el corazon de los príncipes y otros grandes personajes y adivinar sus afectos y pensamientos, si ha ingerido en su historia ocasiones inventadas por él mismo, si ha errado tambien en geografía y en los nombres franceses, lo cual es fácil, puesto que este defecto, no sólo se ve en algun escritor no francés, sino en muchos tambien de la propia nacion, prueba esto mismo que su obra no estuvo exenta de defectos; pero no por eso deja de ser tal, que pocas entre las italianas y francesas de entónces podian comparársela.

Al examinarle prolijamente, hállase en el célebre historiador un eco de la antigua escuela; el espíritu de Guichardini lo dirige en sus empresas; historiador, además, puramente político de una guerra religiosa, no toma parte ni en pro ni en contra del catolicismo, sino solamente por la monarquía: apenas ve en los conflictos sino los juegos de la fuerza, desarrolla con todo interés el curso de los acontecimien-

tos y censura la Saint-Barthelemy, por su ineficacia. Reconociendo Fenelon en esta obra, que el autor se entrega á un lenguaje fluido y agradable, y que se deja leer y penetrar en los asuntos, con placer lento, dijo que solia hablar como si hubiera penetrado en los consejos más secretos. Así es como el sábio historiador ha llegado á exponer, con acierto, los profundos motivos en todas las acciones, objeto de sus estudios, áun de aquellas que frecuentemente eran fortuitas, ú obedecian á pensamientos personales: y en su idea y en su narracion, cincelado su númen, parece levantarse hasta el punto culminante que le descubre la verdad. A este propósito viene, no ya la obra misma por sí, sino el testimonio que le fué, como rendido homenaje de otro pensador, y aficionado con aplauso, á los mismos estudios. Mr. Girard, secretario y biógrafo de d'Epernon, refiere, que leia esta obra á su anciano duque, y que éste, confirmando los recitados del ilustre escritor, admiraba cómo pudo ser tan bien informado de muchos secretos de Estado, y de grandes medidas adoptadas con el mayor misterio (1). Pero en medio de toda esa perfeccion, que le costaron las mayores aficiones de su vida, apenas si pudo sobrevivir á la terminacion, no conoció el resultado de su obra.

Nótase que tuvo más esmero respecto que de la forma, en las narraciones de su obra; y esto le dió ocasion para librarse de los errores en la investigacion del espíritu en que los escritores de aquel siglo, generalmente se les nota defectuosamente imbuidos. Además, Giodani compara con demasiada indulgencia su período á fecundosa corriente del Tesino (2), y difícilmente podrá desconocerse en su composicion un plan y propósito preestablecido, mezclando á este fin discursos en la historia.

No parece sea reo de tal defecto, censurado por algunos, el cardenal Bentivoglio en sus *Guerras de Flandes*; y así es, porque sus discursos, colocados, á su vez, en labios de cató-

(1) Bolingbroke, letters on history, p. 136. —London, 1752.

(2) T. 8, p. 187, edic. de Milan.

licos y protestantes, mantienen en la obra una especie de balanza imparcial, que difícilmente había sabido conservar de otro modo el príncipe de la Iglesia. Por el contrario, es tan florido y atildado, como sencillo fué Dávila. Por lo demás, sus cartas le han conservado más reputación que su historia; están mejor estudiadas, y el interés que despierta esta correspondencia, sobre todo cuando era nuncio, hace su lectura más agradable y útil al historiador. Esto que hallamos en el siglo XVII, nos da una idea bien clara del alto rango que las letras italianas conquistaron, merced á un detalle infinito, y que no lo era menor en la historia eclesiástica.

Un acontecimiento poderoso de inmensa trascendencia, no á Europa, sino en el mundo cristiano, había de llamarles justamente su atención, y el Concilio de Trento les daría motivo abundoso para notables y buen número de estudios históricos, muchos de ellos impregnados del calor de su partido. Paolo Sarpi, servita, muy conocido en Francia en el siglo XVII con el nombre de *Padre Pablo*, escribió la historia de esta célebre asamblea, como adversario de la corte romana; Sforza Pallavicino, jesuita, más tarde cardenal, le contestó, haciéndolo á su vez en sentido opuesto á este escritor: el primero de una lectura más insinuante, como de oposición, apoyándose en las teorías de todos los escritores independientes que le habían precedido, como de Thou y de protestantes cual Sleidam, autor de los *Comentarios históricos* y delegado de la villa de Sharbourg en el Concilio, llevaba además todo el impulso de su pluma atrevida y llena de vigor: Bossuet le ha señalado de heregía; profesaba la libre interpretación de los textos sagrados, apartaba la exégesis de la doctrina de los Santos Padres; se adhería á los protestantes en las cuestiones de gracia y justificación, pero los condenaba por haberse separado de la Iglesia, y defendiendo la misma causa que los galicanos, combatía por las libertades de las Iglesias nacionales, y muchos le consideraban como el teólogo de Estado de la república veneciana. Méenos nuevo Pallavicino, pues se reducía á la apología, caía en el defecto contrario de querer defenderlo todo, atenúa cuando no puede

negar, disimula ciertas objeciones, y no es rigorista en la interpretacion de muchos documentos. Es verdad que hace notables relaciones marcando muchos errores de su contrario; pero debe no obstante mirar sobre sí, y notar que le faltan en cambio tanta energía y vivacidad como posee Sarpi, aunque son condiciones bien sustituibles por la elevacion, elocuencia y cierta nobleza en que Giordani cree entrever la educacion aristocrática y alto nacimiento de Pallavicino en Roma, y de familia principal de Lombardía. Aunque no tan dotado de esfuerzo y ardor, nótasele un deseo igual de gloria para sí como por su causa en el resultado de su libro: la satisfaccion además de ser incluido en el vocabulario de la Crusca, no le parecia ménos envidiable que la dignidad cardenalicia. De aquí que su estudio sea fecundísimo en figuras, tantos efectos de estilo, tantos ornamentos, antítesis como emanan en su libro, imprimian en sus páginas el sello de su siglo. Es de notar ese dualismo persistente y curioso, el teólogo de Venecia conserva la sencillez de su toga; cuando los venecianos, interesados en las pugnas, quisieron defenderse del interdicto en que los constituia el Papa Paulo V, buscaron un abogado que tuviera la reputacion conveniente, el conocimiento necesario de todas las finezas de la lengua y poseyera todas las gracias; encargando al propio tiempo al monge buscara y le suministrase todas las memorias y datos que fueran del caso. Este procedimiento adoptado para hacer al procurador de la república más elocuente produjo el efecto contrario, y fué preciso dejar esta mision al que habia encontrado las razones, el cuidado de expresarlas, y desde entónces Sarpi no fué ya solamente el teólogo sino el abogado de San Márcos: acontecimiento que pudo contribuir sobremanera en la experiencia de la república en cuanto representaba intereses morales, políticos y literarios para la misma.

Mas de este modo llegó á constituirse en extremada altura el émulo de Pallavicino, y con quien habia de contender éste en no pequeña lid: los dos campeones de Roma y de Venecia llevaron su elocuencia y sus escritos al extremo, acrecieron sus enemistades, traduciéndose por el romano en dia-

tribas las más violentas y por el veneciano en puñaladas; oriundos de diferentes generaciones, murieron en años también distintos, dejando el recuerdo de dos carreras tan opuestas como lo fué su carácter y su talento, y dejando también los primeros ejemplos de una historia escrita de un extremo á otro, totalmente infundidas en el espíritu de partido. Esta misma condicion pudo acentuar los caracteres y depurar la forma del estudio; pero la historiosofía no lo aplaude y la historiografía no la señala sin más relacion que la cita de sus obras.

Tanto más, que llegamos á ver con cierta novedad que Roma ofrece escritores más célebres en este género de historia, y la Compañía de Jesús forma numeroso certámen de escritores clásicos en la lengua nacional á la prosa toscana de los maestros, que no habian visto el dia en Florencia ni en Siena y Pisa, con Paolo Seguerir, jesuita romano, como Pallavicino, Daniel Bartoli, jesuita florentino, y otros, ofreciéndonos sábios en muchos conceptos.

Presentan autores modernos, unidos tres historiadores que merecen distinta mencion por varios conceptos, y ni Giannone, Vico y Muratori, tienen el mismo rango, ni su talento corrió por un sólo y mismo género, comparables recíprocamente. Escritores profundos del siglo XVIII, no en absoluto han merecido el renombre que se les han dado por sus estudios; abogado el primero, que hallaba en los litigios entre el poder temporal y espiritual la ocasion de escribir la historia; Vico apenas puede enumerarse como historiador, y el tercero, llevado por una erudicion inmensa, escasamente llenó su mision, y en cuanto al arte de la historia y al contexto de la misma, los tres á lo más compilan en vez de narrar. Procurador de Nápoles Pedro Giannone, habia de llevar á término unos procesos, con cuyo estudio hubo de buscar en la legislacion de su país, los títulos de la independendencia civil ante la Iglesia y la historia de la pugna de ámbos poderes. En ninguna parte eran más vivos y más constantes que en esta monarquía, que la Santa Sede consideraba como su vasallo: en ninguna parte la libertad de los escritores era más precaria que en un Estado que no tenia ninguna política nacional,

donde el príncipe era extranjero, residia léjos y sujeto al cambio, donde los grandes no tenían poder ni influencia, era su territorio como un país conquistado, y el pueblo vegetaba en la ignorancia. El estudio así desarrollado por Giannone habia de ofrecerle inmensas dificultades: en su *Storia civile del regno di Napoli*, con sus ideas, por otra parte, poco fijas, aunque muy determinadas por el calvinismo, y variando á cada acontecimiento, sólo llegó á reunir una suma de recuerdos entre animosidades, destierros y prisiones, que no obstante de su carácter primitivo, le alentaron en sus escritos y le dieron la reputacion con ellos de historiador liberal. Su liberalismo era el de un partidario de la monarquía absoluta, de un jurisconsulto napolitano, que desprecia la multitud y sostiene el derecho de conquista, hasta el punto de creer que los tronos tenían derecho sobre Italia como sucesores de los emperadores de Constantinopla (1). Su composicion especial consiste en hacer en cada uno de los cuarenta libros, el recitado de los acontecimientos enlazándolos á otros, deducidos como consecuencias con no ménos extensas digresiones jurídicas, con lo que adquiria una lectura interminable. Juzgada severamente por Manzoni, y alabada sin término su obra por Botta, no puede ostentar una carrera honorable, y todo lo más que ha ganado para el autor, fué jefatura de lo que en Italia se llamó escuela de Luitprando ó de los partidarios de los lombardos.

Con ménos popularidad, entónces, que en la actualidad, Juan Bautista Vico dió comienzo en la hermosa region napolitana á la filosofía de la historia; el título nada más de su obra, ofrece horizontes fecundísimos, que apenas se conocieron en su época: mas, aparte de la importancia que despues adquirió y la base filosófica, llamada positiva, que sentó en el campo intelectual, para que Augusto Comte escogiese la misma division de épocas históricas, como punto de partida en su Sociología; á Buckle, para sus ideas sobre la produccion espontánea de la civilizacion en cada pueblo, mezclán-

(1) Giannone, *Storia civile del regno di Napoli*, lib. XXVIII.

dose también las de Herder, sobre la influencia de la naturaleza, fácilmente se comprende que esta obra es de otro concepto del que nos ocupamos.

Fundador á la vez que enriquecía la ciencia de la Edad Media, de la escuela histórica nacional de este siglo, la generalidad de sus trabajos parecen formados, más bien para autores que para lectores; sus *Annali d'Italia*, redactados año por año, obtienen gran lauro, más que por su importancia, por el mérito de su composición y estilo, así como para mayores inteligencias y actividades.

En el siglo actual, Carlos Botta, Pedro Colletta y César Balbo, se distribuyen los honores de la historia nacional; mas la Historia de Italia, del primero, continuación de la de Guichardini, desde 1534 á 1789, fué escrita muy á la ligera, sin gran detenimiento en las fuentes auténticas, y como escritor, seguro del suceso que obtendría en su pueblo, no reparó en improvisar y llevar á cabo una obra en solo cuatro años, cuando examinada rigurosamente, exigiría la vida de un hombre estudioso. Colletta, reducido á la Historia del reinado de Nápoles, continúa en Giannone, y Balbo restringió toda su actividad á estudios y cuestiones puramente literarias. No obstante, *Las Meditaciones históricas* y los *Pensamientos sobre la Historia de Italia*, colocan á Balbo entre los escritores que han mezclado la filosofía á los recitados del pasado, si bien nótasele la influencia de los acontecimientos de su época.

A seguir con todo ajustamiento la idea vertida por un notable escritor, habríamos de considerar á Italia como un país cuya situación política dejara entonces mucho que desear, si al siglo presente hubiéramos de acudir para calcular la altura de su valor social y político, demostrado en el modo con que se ha escrito la historia. En manera alguna puede creerse tal sentencia como justo apotegma lanzado en las aspiraciones de un noble pueblo, que, por otra parte, las tuvo también, y muy levantadas, principalmente en sus historiadores. Completó Italia su historiosofía como le fué dado conseguir, y en medio de tantos principados y gobiernos é intereses distintos, llegó á formularse el pensamiento histórico á notable exple-

dor; ¡lástima es que la veracidad y los intereses nacionales de la época no se hubieran desenvuelto en mayor grado! Mas de este casi no defecto, á lo que se pretende por modernos tratadistas, va una diferencia inmensa, sobre todo cuando esos detalles no son tan grandes que anublen el espíritu histórico de un gran pueblo, grande tambien por su historia.

En ellos aprendemos el conocimiento de las fuentes de vida en su patria, y leyendo las páginas de Paolo Paruta, de quien tanto se sirvió Montesquieu, las de Botero, diplomático, difícilmente podria ocultársenos las tendencias unitarias que marcó Maquiavelo en sus teorías disolventes, y que tanto impugnan aquéllos con la práctica de todas las virtudes y los principios que rigen la justicia y la humanidad, tendiendo á esa última aspiracion realizada por Italia.

Con la presente cultura dáse á conocer el espíritu histórico actual, retratando las tendencias del siglo XVII con mayor inclinacion á los ideales del dia, como imbuido el génio artístico, hoy, en la esencia de esos mismos ideales; así es como se presentan más libres é independientes, mejor informados si cabe, cual parece Ricotti, en cuanto nos dice del siglo que, por otra parte, tan pocos descriptores mereció. Discípulo de la sábia escuela piamontesa, fundada bajo los auspicios del Rey Carlos Alberto, para continuar la obra de Muratori, el futuro historiador de la casa de Saboya, se daba á conocer desde muy temprano con su *Storia delle Compagnie di Ventura*.

Danos con notable exactitud idea de tantos ódios y lides inusitadas entre aquellos guerreros que por muchos siglos proporcionaron á Italia un campo de miserias y desventuras; á menudo, diestros *condottieri*, despues de haber guerreado á servicio de la mejor paga, concluyeron por anexionarse señoríos y principados, y en este punto, Ricotti habla con un conocimiento de causa, tal vivacidad y tal detalle, que nada deja por esclarecer respecto al establecimiento y desarrollo progresivo de las soberanías de Milan, de Verona y de Ferrara, de los Visconti y los Sforza, los Scaliger y los príncipes de la casa de Este, al propio tiempo que leemos la formacion paulatina y lenta de la república de Venecia, la vemos

constituirse sobre base firme, y asistimos á la fundacion de un nuevo órden de cosas, con la gradual destruccion de pequeños Estados.

Para llevar á feliz término un trabajo tan complicado y vasto, el jóven erudito, debió sacar y explotar riquísimos venenos de los archivos, compulsar y comparar innumerables documentos, y si se le examina en el punto de vista de la ciencia pura, la *Storia delle Compagnie di Ventura*, merece un rango distinguido entre las obras de este género que han visto la luz en nuestro siglo. Por el contrario, este escritor concienzudo y prudente, si se le mira en la parte literaria, deja bastante que desear: mas sea lo que quiera la historia particular de este escritor en cuanto al órden de sus estudios y desarrollo de su estilo, y la variedad que pueda ofrecernos á veces su estilo brillante matando la idea ó sobresaliendo ésta en forma poco atildada, fruto tal vez de su inesperiencia, es lo cierto que al cabo de ocho años de continuo trabajo para escribir la historia de los *condottieri*, hubo de emplear más de quince para terminar la historia de la monarquía, sobre cuya base constituyó su fama de escritor público y con gran resultado para la historia tambien de Italia en el siglo XVII.

Autor sério cuyos afanes acrisolados en los archivos del reino sardo, descubrieron aún más riqueza de conocimientos que los expresados en su obra, con la historia diplomática financiera de su país, ha revelado en sus antecesores gran número de defectos sobre que han pasado incólumes hasta el dia los cronistas subvencionados del siglo XVII: apareciendo en todos conceptos prudente explorador, quiere ántes consumir todas las fuerzas de su inteligencia que hacerse eco de supercherías, y entrando en todo el desenvolvimiento que puedan exigir los intereses sociales, expone con acierto y tacto profundo en su libro I, la historia de sus soberanos durante la Edad Media, y el resto de la misma, que abraza diez y siete libros, lo dedica al período moderno, que empezándolo en 1503, termina en 1675. A tal grado pueden en cuanto se refiere á esta época, extenderse ya con alguna confianza los recuerdos descubiertos y trasmitidos en obras tan impor-

tantes como la de Ricotti: cuenta ya Italia en este punto con base firme, y en vano es acudir al exámen de su historiosofía completa, porque aparte de los estudios de Lumia, Giudici, Celesia, Oliari, Peluso, Gaetano di Giovanni, Guglielmotti, Villamarina y Guerrazzi, Bonghi, d'Azeglio Governatis y otros; áun despues de Muratori y Bota, Cantú, más universal que ninguno, no ha dado la última pincelada á ese siglo, en su obra, suficiente, por lo demás, para honrar á un pueblo civilizado y culto.

VICENTE TINAJERO Y MARTINEZ.

(Se continuará.)





LA JUVENTUD DORADA⁽¹⁾

V.

LA ÚLTIMA CENA DE NERON.

LAS primeras estrellas de una noche mirábanse en inmensos estanques de agua cristalina, que regaban los espesos bosquecillos en cuyo centro estaba la casa de Neron; toda de blanco mármol, semejaba á un jarrón de flores rodeado de verdura. Allí esperaba á sus mejores amigos para obsequiarlos con una cena.

Después de haber tenido el pueblo aquella tarde sus juegos, en los cuales trescientos gladiadores cayeron sobre la arena degollados, las galeras pelearon unas con otras en el gran lago donde se hacían los simulacros de combates navales, lucha de fieras en que innumerables tigres y leones murieron heridos por el cuerno de los rinocerontes, una carnicería de hombres y de animales, era natural que el hijo de Agripina participara del público regocijo.

(1) Véase la pág. 331 de este tomo.

Faon, su liberto favorito, á quien consultó, respondióle: —Tu capricho será nuestra ley; ¿no está el universo bajo tu dominio?

Él entónces, sonriendo á Faon, exclamó: «¡lo que más me gusta en tí es tu profunda aversion á la lisonja!»—Su orgullo, su soberbia eran tan grandes, que la más vil adulacion parecíale expresion de la verdad, justicia á su mérito.

Así, como Lúculo decia á sus servidores cuando iba á dar un banquete: «Lúculo come en casa de Lúculo,» así habia dicho Neron á los suyos: «Neron cena en casa de Neron.» —Faon, encargado de prepararla, se excedió á sí mismo.

Las invitaciones á esa fiesta sorprendieron á algunos, que no sólo no eran amigos íntimos, sino que le habian censurado más de una vez; Thrasea, viejo austero, muy popular y respetado; Casio Lonjino, el jurisconsulto; Isidoro, filósofo cínico; Táuro, senador; el jóven Aulio Placio, primo del César; á quien Agripina amó tiernamente. Aunque los mensajes dirigidos á éstos decian que Neron, el nuevo Orfeo, invitábalos para dulcificar los corazones irritados contra él; viendo caras extrañas que nunca concurrían al Palatino, los amigos de César temblaron, llegando muchos á decir á Faon, que iba y venia:

—¿Has señalado bien las ánforas!... No beberemos más vino que el que beba Neron.

Él, en vez de tranquilizarlos, divertíase con ellos diciéndoles:

—Las copas amigas y enemigas se llenarán en la misma fuente, el vino lo escanciará Locusta á todos los convidados sin excepcion.

Hallábanse en un salon que su amo prefería; estaba cerca de las salas de baño, cuyo techo, sostenido por columnas de mármol, cubrian lascivas pinturas.

Pásfa perseguida por el toro; á Diana y Endimion en la enramada más sombría; á Baco en medio de las ninfas; Aquiles loqueando con las jóvenes compañeras suyas de Syra, y mil otros del mismo género, debidos al pincel de Amulio, ese Apeles romano que Neron queria, veíanse allí.

Lámparas de oro esparcian una mágica claridad en aque-

llas estancias; el pavimento de mosaico, con sus brillantes y variados colores, parecía un tapiz de Siria; brisas perfumadas ondeaban en la atmósfera, y de tiempo en tiempo, en el fondo de las galerías, oíanse largos acordes de arpa, cual si voces celestes hubieran pasado sobre la morada de César.

Vestia el dueño del mundo una túnica blanca; en los hombros llevaba por corchetes dos grandes perlas cercadas de rubíes, una cinta de púrpura sujetaba sus hermosos cabellos; sus coturnos eran blancos como la túnica, sin un sólo hilo de oro ni una sola piedra preciosa. Neron esa noche tenía toda la gracia y toda la magestad de una vestal.

Cuando entró, quisieron los familiares besarle las manos; pero él, con el rubor en la frente y dulcificando el tono de voz, les rogó no le rendieran ese homenaje, y besándolos les llamaba sus amigos. Vió á Thrasea, que se envolvía en su toga, se fué á él afable y sonriente; cambiaron palabras conciliadoras; el austero anciano tuvo un momento de esperanza para Roma y el universo.

—¡Qué! se preguntó, ¿es una conversión á la virtud?

Neron estuvo conciliador también con Longinos, Isidoro y Tauro el senador; luego, deteniéndose delante del jóven Aulio:

—Cuando mi madre, le dijo, quería asustarme, te designaba como mi sucesor en el imperio y aún me amenazaba con sublevar legiones en tu favor; yo te debía odiar... y me vengo, ya lo ves, obligándote á quererme.

Y tomándole por la mano, pasó con él al salon de los festines, seguido por todos los convidados, que aplaudían.

Mesas de marfil colocadas en semicírculo delante de lechos de púrpura, había en un salon; gotas de esencia caían de la techumbre, disolviéndose en el aire sin mojar á los convidados; peces del Ganges nadaban en cristalina onda contenida en una piscina situada en el centro del hemiciclo. Era de pórvido la piscina y los flamígeros que, como tantos soles, esparcían su ondeante claridad; eran uno Prometeo, llevando en su mano el fuego robado al cielo; otro Mercurio alado, precediendo á las almas, con una antorcha en la mano; es otra la diosa Aurora, levantando su velo de donde se escapa

la purísima luz de la mañana. Todos esos magníficos candelabros estaban hechos por manos griegas ó los habían traído de templos de los dioses, cambiando sólo de santuario, según Neron.

Antes de reclinarse en las camas, eleváronse las copas y se brindó á la eternidad de César; él, después de dar gracias con una sonrisa, encarándose con el grave Thrasea, le dijo:

—¿No se harán también votos por la eternidad de mi voz? ¡Ah! si la perdiese, ¿qué sería de Roma y del imperio?...

¡Los dioses mayores no lo permitan!

—Ya veis, continuó, cuán dulce es la vida en casa de Neron; ya veis la injusticia de mis enemigos; que van sembrando rumores siniestros por la ciudad, haciéndome pasar á los ojos de las gentes honradas por un nuevo Saturno devorando á sus hijos. Que los dioses inmortales castiguen á esas lenguas viperinas paralizándolas; en cuanto á mí, renuncio á vengarme: la música conciliadora me restituirá todos los corazones.

La cena, por supuesto, había empezado; mas él hablaba, hablaba sin cesar, tanto, que uno de los convidados preguntó secretamente á Faon:

—¿Ha bebido tu amo ya una copa más!

—No, no; pero ha comenzado la cena hablando de sí mismo, y no hay vino más espirituoso para Neron.

—César, dijo Thrasea, dicen que hemos sufrido una derrota sangrienta en Armenia, invadida por el Partho.

—¡Bueno! dijo Neron, ved á Thrasea hacer como el buitre; huele el cadáver.

—Se supone, añadió Isidoro un poco enardecido por el vino, que en vez de naves cargadas de trigo, tan impacientemente esperado por el pueblo, llegan de Alejandría galeras llenas de arena para el cuidado de los circos y de los jardines del Palatino.

—De veras, repuso Neron, ¿dicen eso?... Y bien, Isidoro, ¿si llenamos de arena las bocas hambrientas... y empezamos por la tuya?...

—En cuanto á mí, dijo el senador Tauro, sólo tengo que alabar las bondades del César en obsequio mio; y una vez

que nos trata esta noche como amigo sincero, le pediré el indulto de dos hombres consulares condenados á la sangría por órden suya.

—¡Ah! sí, exclamó Neron, ¿tus dos amigos? ¿Los que se sientan á tu lado en el Senado?... ¡Comprendo! tienes razon. Son dos hombres de bien. Anulo la sentencia de la sangría... los ahorcarán.

A estas palabras rompieron á reir los familiares de César, y Neron se asoció á su loca alegría.

Faon, á todo esto, arreglaba los cabellos del Emperador que, revolcándose en su purpúreo lecho, se habia despeinado; en medio de la general embriaguez, el liberto le decia:

—¿Es hora de hacer entrar á Hebé?

—Sí, dijo Neron.

—Felices convidados, gritó Faon, el divino Señor de la tierra reemplaza á su Ganimedes, que soy yo mismo, por una Hebé, jóven y agradable beldad.

Levantada la cortina de un pórtico, apareció ¡horrible vision! Locusta, vieja, asquerosa y coronada de flores, su túnica corta y abierta por el costado, dejaba ver piernas descarnadas y cubiertas de cicatrices; sus flacos y largos brazos encorvábanse enrededor de un ánfora; lanzaban sus ojos hundidos una ténue llama verdosa; sus pálidos y delgados lábios, contraídos por siniestra, fatal sonrisa, dejaban ver unos dientes largos é irregulares, que armaban una inmensa boca. Ella sonreia mirando á Neron; y él, con el dedo, la señalaba á la Asamblea.

—¡Dioses inmortales! exclamaron los convidados.

Y muchos de ellos quisieron saltar de sus camas y huir; pero un gesto del señor los detuvo sobre la púrpura.

—¡Ah! César..... gritó el jóven Aulio echándose en sus brazos.

—Pobre niño, dijo Neron, ¿cómo habrias luchado con los espectros que asedian el lecho imperial, si no puedes mirar á mi buena Locusta?..... Tranquilízate, Aulio, ésta es un gran médico; sus remedios curan todas las enfermedades.

—Vamos, mi jóven Hebé, da vuelta á las camas y escancia á todos estos convidados mortales el bálsamo del olvido

de los pesares; únicamente yo, que siendo dios, nada tengo de qué consolarme, no beberé de tu mágico vino.

Con paso lento y solemne fué Locusta acercándose á cada convidado hasta llenar todas las copas; en medio de un silencio no interrumpido más que por el ruido metálico del ánfora infernal, á medida que tocaba los cráteres (1) de oro. En ese momento pidió Neron su gran cítara y entonó un himno dedicado al jóven Aulio.

Hijo mio, la vida voluptuosa
no vale lo que el sueño de los muertos;
en fealdad se trueca la belleza
y que engendra la edad remordimientos.

No temas, hijo mio; apura el cáliz,
de Locusta es sagrado el sortilegio;
en plácido soñar cierra los ojos,
tal vez los muertos son dioses del cielo.

—
Guia á mis bulliciosos convidados,
siendo el Mercurio, de Neron, Marcelo,
pon alas á tus pies, y hendiendo el aire,
sus almas lleva al infernal barquero,
y le dirás que en la mansion dorada
á la muerte se rinde culto ciego,
que unas veces es vírgen adorada
y otras es jóven de cabello negro.

Yo he dado juventud, belleza y vida
á un deforme y escuálido esqueleto,
y coroné de mirto's su cabeza,
y ya mi lira á su costado he puesto,

No temas, hijo mio; apura el cáliz,
de Locusta sorprende el sortilegio,
en plácido soñar cierra los ojos
que hace dioses Neron con sólo un gesto.

(1) Copas grandes.

Vibraban todavía las cuerdas de su arpa, cuando Neron hizo señal de beber el brebaje de Locusta y todas las copas se vaciaron, oyéronse gemidos é imprecaciones; algunos convidados se tapaban la cabeza con almohadones de púrpura y derramaban lágrimas pensando 'en las delicias de la vida que iban á abandonar; otros injuriaban á los dioses inmortales dando puñadas en las mesas de marfil; otros, más pálidos ya que las sombras, miraban á todos lados para ver si la muerte entraba en el salon; Aulio, el pobre niño, no podía soltar el brazo del homicida César y le rogaba le volviese á la vida.—Tres rostros únicamente estaban serenos: Tauro, Longinos y Thrasea se miraban como para exhortarse á morir sin flaqueza de ánimo. Isidoro, el cínico, lanzaba á César, á Locusta y á Faon todo lo que su bilis tenia de más amargo; veíase vibrar su lengua silbando entre sus dientes, tan rápidas eran sus invectivas y sus blasfemias. Aunque el festin era lúgubre, llovian del techo flores y esencias aromáticas; los flamígeros arrojaban una claridad más viva, y se oían á lo léjos, en las inmensas galerías, los armoniosos coros de las arpas eólicas.

En esto Faon se inclinó hácia su amo y le dijo:

—¿Quieres que variemos la escena?

—Sí.

Faon recobró la palabra.

—Venturosos convidados, para dulcificar vuestros últimos momentos, una bella divinidad va á venir y á sentarse en este festin; así lo quiere César el magnánimo.

Salió, y cuando volvió, daba la mano á una tímida doncella: podía creerse que era el pudor enviado á consolar al mundo.

César la hizo colocar entre él y el jóven Aulio, ya casi exánime; la bella ninfa era blanca como el mármol de Páros, coronaba su frente una guirnalda de hojas verdes; miraba con ojos húmedos y tiernos á la asamblea temblando.

—Felicítadme, dijo Neron á los convidados; hé aquí una paloma que me traen de la isla Pandalaria.

Y en ese momento elevó su copa á Faon, que le escanciaba vino de Cirenáica, un vino selecto y señalado para él

sólo; mas una mano furtiva, deslizándose rápidamente, tocó la copa imperial; Faon se volvió en seguida, pero... la aparición se había desvanecido.

Faon detuvo el brazo del señor y éste, pálido y agitado por un temblor nervioso, buscaba con ansiosa mirada al *impío* que venia á echar veneno en su brebaje. En este momento vió pasar como un espectro sobre la muralla el rostro amenazador de Vindex.

—¡Ah! exclamó Neron, el propretor de la Gália.

—¡Piedad! contestó Apolonia cogiendo el cráter imperial y bebiéndose esa copa envenenada para expiar el crimen de Vindex.

Gritos desgarradores resonaron; pero era tarde, la hija de Flavia Metela, la hermosa vírgen, caia inerte sobre la púrpura del festin, como en otra ocasion cayó Británico. Desprendida su corona, sus cabellos inundaron de negros rizos sobre su espalda y seno alabastrinos.

Como impetuoso huracan, atronaban el espacio las impreaciones; sublevada la guardia pretoriana por la voz tonante de Vindex, ruido de armas hacia vibrar los ecos de mármol; el miedo tocó con su helada mano el corazon de César; para calmar el tumulto, hizo una seña á Faon, quien declaró á los convidados que era vano su terror: el envenenamiento de sus copas había sido una broma de Neron.

Mas los puñales brillaban en el fondo de la sala, y un gran relámpago abrió súbitamente el tempestuoso cielo al Occidente; César se levanta asustado; huye y corre á encerrarse en las habitaciones secretas del Palatino. Muy pronto el silencio y la noche invadieron la *Casa dorada*.

La del alba seria, diremos como el autor del Ingenioso Hidalgo en cierta ocasion, cuando acostado en su lecho y la mano puesta sobre dos puñales, Neron escuchaba la lectura Faon le hacia de varios mensajes llegados de España; de tiempo en tiempo brincaba de cólera y mordía el manto de púrpura con que se abrigaba: esos mensajes anunciaban la rebelion de las legiones y de Galva.

—¡Ah! exclamó, ¡hasta ese viejo borracho! ¡hasta ese vientre monstruoso!...

El liberto seguía leyendo, sin cambiar nada el texto, la verdad pura; verdad, por cierto, muy amarga; una sola lámpara ardía á la cabecera del lecho de César; era de oro macizo y que representaba un leon muerto; la llama salía como una lengua ardiente; pero á Neron le pareció un momento verde, siniestro presagio que le hizo volver los ojos y suspirar profundamente. En medio de las tinieblas se oyeron pasos; César se incorporó sobre su cama:

—Mira, Faon, ¿vendrán ya á degollarme?

—¿Quién, pues? contestó el liberto; ¿de quién quieres hablar, César?

Neron no nombró á los pretorianos é hizo seña de guardar la puerta del *cubiculum*; mas el liberto reconoció una voz amiga y abrió á Locusta.

Era tal la turbacion de César, que palideció creyendo ver entrar el esqueleto inmortal que venia á buscarle; la voz de la maga le tranquilizó; Locusta tenía aún su corona de rosas en su cabeza gris; llevaba también la misma túnica griega abierta por la cadera derecha, le gustaban sus vestidos de gala. En la mano tenía una cajita de oro llamada *pixida*, llena de un veneno violento como el rayo.

—¿Y qué? dijo Neron, ¿es la hora tan fatal?

Entonces Lacusta le refirió cómo los pretorianos se habían sublevado en su campo; cómo todos los ciudadanos de Roma cerraban sus casas, y cómo la guardia alemana abandonó el Palatino.

Comprendiendo César que el momento se acercaba, estrechó la mano de Locusta, cuyo descarnado rostro se inclinó para derramar una lágrima. ¡Llorar por Neron... y Locusta! Sin embargo, se despidió del amo.

El cielo seguía cargado de tempestuosas nubes, frecuentes relámpagos iluminaban la ciudad eterna, que volvía á quedar sumida en las tinieblas. A sus lívidos resplandores, Neron espiaba á Roma como un condenado pegado á sus barrotes; Faon levantaba una cortina y le mostraba la ciudad sombría y desierta.—Ninguna lumbre encendida—el gran circo—el templo de Julio César,—los de la Fortuna y de Júpiter, los arcos triunfales, todo estaba oscuro. Vino de occidente un

relámpago más asombroso, inmenso, como nunca hubo abrasado el espacio; Neron retrocedió:—Roma acababa de aparecérsese como un gran sudario, y luego, de repente, color de sangre; quiso escaparse del Palatino (1) y buscar asilo en casa de sus amigos.

Disfrazado con un ancho *cúculum*, que le tapaba hasta la cabeza, César abandonó la *Casa dorada*; siguiendo las largas galerías abiertas y solitarias, pasó á los jardines de Serucho, llegó á las cercanías del Foro, y llamó á muchas puertas, guiándose por la claridad de la tormenta, sin que nadie le abriera.

Maldijo entónces el dia en que nació, y pateando, conjuró á la tierra para que se lo tragase.—Cansado de suplicar en vano, estenuado de cansancio, viendo espectros que le asustaban, quiso volver al Palatino. A medida que atravesaba las arcadas del gran Circo, las fieras pusiéronse á rugir en sus profundas cuevas; el colosal edificio se conmovia. Los ecos se enviaban espantosas quejas. Neron, aterrado, se apoyó en un lindero de la arena; los bramidos de leones y panteras parecian llantos; diríase que se lamentaban, previendo el fin de su magnífico señor. En este momento, César se acordó de la fiesta imperial, buscando con los ojos el palco donde daba la señal de los juegos; creyó ver la sombra de un cristiano errante por las gradas del *podium* (2), lo cual le hizo volver la cabeza y salir precipitadamente.

Cuando el dueño del mundo entró sólo en palacio, supo por Faon que los soldados del pretorio habian venido armados hasta el lecho imperial, y se llevaron la caja de oro donde estaba el veneno; dióle los dos puñales, y le propuso salir de Roma. Como en ese momento pasara un esclavo, César, que le conocia, le dijo:

—Véte á buscar al gladiador Spicilus para que me dé muerte.

El esclavo volvió en seguida, anunciando que Spicilus no obedecia la órden.

(1) Suetonio.

(2) Palabras de Neron. Suetonio.

—¡Eh! qué, exclamó Neron, ¿no tengo, pues, amigos ni enemigos?.....

Habiéndole decidido Faon á refugiarse en una casita de campo, que él, el liberto, poseía á cuatro millas de la ciudad, entre la vía Salavia y la vía Nomentana, salieron con el esclavo y el jóven Sporo que los habia encontrado. Neron, el vencedor de los juegos olímpicos, montaba un mal caballo de labrador; Neron se tapaba la cara con un velo, por miedo de ser conocido. Anduvieron algun trecho de camino sin encontrar á nadie; pero en la vía Nomentana, á una milla de Roma, oyeron rumor de gritos.—Esos clamores venian del campamento de las legiones.

Muy pronto se hallaron entre bandas de soldados, esparcidos en el campo. Viéndolos andar con gran prisa, un tribuno del pretorio dijo:

—¡Son gentes que persiguen á Neron, ese mal músico!...

Mordió éste su velo de rábía y echó mano á sus puñales. Llegados á la casa del liberto, Faon escondió á su señor en una cueva arenosa; el calor era sofocante; no habia allí más que un agua salobre y corrompida. Neron hubo de inclinarse sobre el pantano y bebió ávidamente. Un esclavo *cursor* llega; esportador de Tabletetas.

César las toma; lee que el Senado ha sentenciado al suplicio *usual en tiempo de los abuelos*; se le dice que ese suplicio consiste en fustigar al condenado hasta el último suspiro; asustado, coge sus hierros y prueba las puntas. Tan pronto exhorta al jóven Sporus á llorar y á lamentarse como quiere que alguno le dé el ejemplo de morir; al fin, avergonzado, exclama:

—Lo que hago es indigno de Neron. ¡Vamos, Neron, ánimo!

En esto se oye el galope de ginetes que corren á toda rienda, para cogerle vivo; los vé de léjos y recita un verso griego.

Un gran ruido de caballos hiere mi oido.

Luego, añadió: «qué gran artista muere en mí» (1).

(1) ¡Qualis artifex pereo!

Diciendo y haciendo, se hundía un hierro en la garganta, con el auxilio de Faon.

Así murió Neron el olímpico, asesino de su madre, de Burrho y de Séneca; de su hermano Británico y de su esposa Octavia: había violado vestales, hizo mutilar al joven Sporo para casarse con él; casóse él mismo, en otra ocasión, en calidad de mujer, con Doríforo, uno de sus libertos; quemó la mitad de las casas de Roma: pródigo, derramó el oro sin tasa, bebía sangre con delectación, gozaba lanzando fieras á la muchedumbre.

Su existencia era una ofensa á la humanidad abrumada bajo el peso de sus vicios; debía morir.

Roma respiró libremente. Los ciudadanos iban por las calles con la gorra de pelo, símbolo de autonomía. Risueño porvenir, era de bienandanza parecía sonreír á la libertad; mas no fué así: entregóse la gran ciudad á los pretorianos, continuó rindiendo culto al oro corruptor, causas ámbas de su ya iniciada decadencia, y Juvenal pudo decir en su sexta sátira, hablando de la virtud de las mujeres:

—¡Quiere Póstumo para esposa precisamente una mujer de costumbres antiguas!

¡Venga pronto un médico y que le sangren!—Prostérnate largas horas en el templo de Júpiter Tarpeyo; inmola una becerra de cuernos dorados, si consigues encontrar, oh tú el más favorecido de los hombres, una mujer casta. Las vírgenes dignas de tocar las vestiduras de Ceres, son hoy muy raras.

VI.

LA ASAMBLEA DE LAS MUJERES.

Comedia la más graciosa de Aristófanes, es un estudio de las costumbres públicas de la antigua Grecia, y tiene escenas de la vida privada, tan animadas, que vamos á hacer de ella un brevísimo extracto.

Convocadas por Lysistrata, reuníanse en su casa de Atenas algunas mujeres notables por su belleza, elegancia y alegre carácter; así los días pasaban cantando y bailando. Ningun profano, es decir, ningun hombre, ni aún los esclavos, eran admitidos en la mansión donde se celebraban los misterios de Ceres; el pueblo estaba convencido de ello y habia tomado la casa bajo su proteccion; al caer de la tarde, se las veía en los terrados, deliciosos jardines, desde los cuales se divisan la Acrópolis, el Pireo y el golfo de Sarónica; á la luz de las antorchas distinguíanse ora sentadas á la mesa, ora bailando al son de los sistros, de los tímpanos ó de las flautas de Lidia.

Como á la media noche del cuarto dia, se presentaron algunos viejos bajo los terrados de la casa, esperando contestacion á los mensajes que Lysistrata y sus compañeras recibieran de parte de sus maridos, rogándoles que abreviasen la celebracion de los misterios y se rindieran á sus ardientes deseos; las más hermosas mujeres no se habian dignado responder; avisadas de la llegada de los viejos, avanzaron hácia las galerías para gozar del espectáculo de la mímica irritacion de esos respetables atenienses.—Al verlas, aumentó su cólera, y la manifestaron con amenazas é imprecaciones.

—Vedlas, exclamó Strimodoro, ved ahí á esas perversas criaturas que han jurado la pérdida de la ciudad de Minerva; ellas quieren obligar á sus maridos á hacer una paz desastrosa para Atenas, privándoles... ¡dioses inmortales! bien sabeis de lo que nos quieren privar.

—Mujeres alevés, repuso á su vez Filurgo, ¿quereis que demos el asalto á esa casa? Habeis perturbado el cerebro de vuestros maridos, jefes y diputados de las ciudades helenas, hasta el punto de no poder tomar ninguna resolucioin; no discuten, disputan en el templo de Minerva como insensatos; os mando salir de vuestra cueva á todas y volver al lado de vuestros maridos, puesto que están tan abandonados de los dioses por amaros aún.

—Ved, pues, su impudencia, dijo iracundo Dracés; nos miran desde lo alto de los terrados riéndose á carcajadas; ¿no era motivo para fustigarlas? ¡Ah! si tuviera una escala, yo

me encargaria de hacerlo. Eurípides tiene razon cuando dice que la mujer es una calamidad.

Otros ancianos arengaron á las más perversas de las criaturas; pero Lysistrata y Lampito, cogiendo á cuatro manos una enorme ánfora, hicieron caer una tromba de agua sobre los cráneos calvos y venerables.

—¡Ahí va! recibid, os ruego, el rio Aquelus; debeis tener sed, grandes oradores, gritó Lysistrata.

—Sí, dijo Stralis, reguémosles, eso quizás les hará reverdecer.

—Necesitaban un baño, añadió Calonisa; creo debe repetirse la inmersion, ¡tienen tantas cosas que purificar!

—¡Execrable sexo! exclamaba Filurgo, vas á hacer mitos crónica.

—¡Oh, dioses! dijo Strimodoro, mis dolores de tripas volverán.

—Divinidades de Epidauro, gimió Dracés, ¡me harán enteramente paralítico!

Mientras los esclavos cuidaban á esos viejos irritados, la bella Lysistrata les dirigió un elocuentísimo discurso, que por demasiado extenso, no reproducimos; mas, ¿cómo los trataria, que, despues de decirles ellos mil injurias, insistian en dar el asalto á la casa? Pero sus esclavos no quisieron ir á traer las escalas por miedo á los pritanos (1). Un gran tumulto se oyó en la mansion de Lysistrata: habian visto á un hombre buscando el medio de esconderse en la espesura de los laureles plantados en el terrado por el lado del mar; ¿cómo habia entrado? ¿quién era ese hombre?.... Cuando más alarmadas estaban las bellas jóvenes, aparece Mirrina, se tira al cuello de Lysistrata y llorando le dice:

—Mi querida ateniense, dispensa; ten lástima de mi desgraciado esposo, es el mismo Cineas... Ha conseguido escalar la muralla arrebatado por el vehemente deseo de verme.

—¡Feliz esposa! dijo la otra sonriendo; pero, escucha Mirrina; tú puedes contribuir á que se haga la paz. En este mo-

(1) Magistrados.

mento están nuestros maridos en el templo de Minerva congregados para deliberar sobre ella; aunque el tuyo se ha escapado, es por poco tiempo; debe volver á la asamblea, quiere verte absolutamente, delira por tí... Y bien, vé á su encuentro, imponle condiciones, exige que traiga aquí mismo el tratado de paz firmado por todos los jefes de la Grecia, sin lo cual se negará todo de tu parte y de la nuestra.

—¿Arriesgarme yo á reunirme con mi esposo cerca de los grandes laureles? ¿Es eso posible Lysistrata? ¿y nuestros juramentos?

—Los cumplirás, Mirrina; hasta el regreso de tu marido si trae el tratado de paz.

—¿Los cumpliré? preguntó la esposa de Cineas, con un aire y un tono un poco indeciso.

—Sí, mi bella amiga, dijo Lysistrata con solemne acento.

É inclinándose al oído de Mirrina, le habló en voz baja; Mirrina, tranquila y habiendo comprendido muy bien las órdenes de su bello general, se dirigió hácia los laureles del lado del mar.

Poco tiempo despues, Cineas salia de casa de Lysistrata, con aire muy preocupado y bastante triste; atravesaba el grupo de ancianos sin apercibirse de que allí estaban.

—¡Eh! ¿No es uno de los delegados de Atenas á la asamblea de los jefes de la Grecia? ¿No es Cineas, nuestro amigo? dijo el viejo Strimodoro.

—El mismo es, replicó Filurgo.

—¿De dónde vienes? preguntó Dracés.

Detúvose el jóven ateniense, y viendo las calvas cabezas que le miraban:

—Venerables abuelos, dijo, ¿cómo no estais en la cama á hora tan avanzada de la noche?

—Estamos salvando á Atenas de una conjuracion, repuso uno de ellos. La conjuracion está ahí dentro; baila, se sienta á la mesa del festin y amenaza perder la ciudad, las islas, las colonias, todo el poder ateniense.

—Vengo del foco de esa conjuracion, dijo Cineas con un gran suspiro.

—¡Y bien! ¡Y bien! exclamaron los viejos.

—¡Y bien! yo creo que los conjurados empiezan á triunfar.

—¿Es posible? pero entónces habria que echar de ménos la tiranía de Pisistrato; no conozco nada peor que la de esas mujeres.

—Calla, Filurgo; tú no sabes cuán seductoras están en esa casa, perfumadas, casi desnudas, adorables.

—Tu mujer te ha dado un filtro, Cineas.

—No; la he visto, me ha hablado, nos dimos las manos.

—¿Y luego?

—Luego me ordenó ir á convencer á los jefes de la necesidad de hacer la paz, firmarla y traerla á casa de Lysistrata.

—¿E irás?

—Sí, iré, la paz se firmará; es el único medio de que vuelvan nuestras esposas.

—Quieres la discordia, exclamó uno.

—Quieres á las furias, dijo otro.

Cineas no quiso oír más; apresuróse á llegar al templo de Minerva y abandonó á los viejos, obstinados en quedarse bajo los terrados de la casa de Lysistrata.

Amanecía cuando aparecieron los jefes de la Grecia; al verlos, se animan, creyendo venian decididos á castigar á sus mujeres; pero su alegría trocóse en ira al oír la voz de Arquidamo gritando:

—¡Dioses inmortales! ¡Qué hermosas son!

—Lysistrata, ten lástima de nosotros; apenas nos queda juicio para firmar el tratado de paz que te traemos; ya es tiempo de dejar los misterios de Céres.

—¡Se acabó, exclamaron los viejos, Grecia está perdida! Mejor seria la invasion de los medos, de los persas ó de los scitas, de todos los bárbaros reunidos, que la dominacion de ese sexo disoluto de quien depende el porvenir del mundo, por un raro capricho de los dioses. Vamos á borrar los nombres de nuestras victorias inscritos en las columnas del Pnyx; arranquemos los trofeos de la Tetrápolis (1); anulemos el pasado, toda vez que no podemos detener la marcha de los

(1) Santuario donde los trofeos se colgaban.

tiempos ni someter á una generacion como ésta, preocupada de ella misma, á la contemplacion eterna.

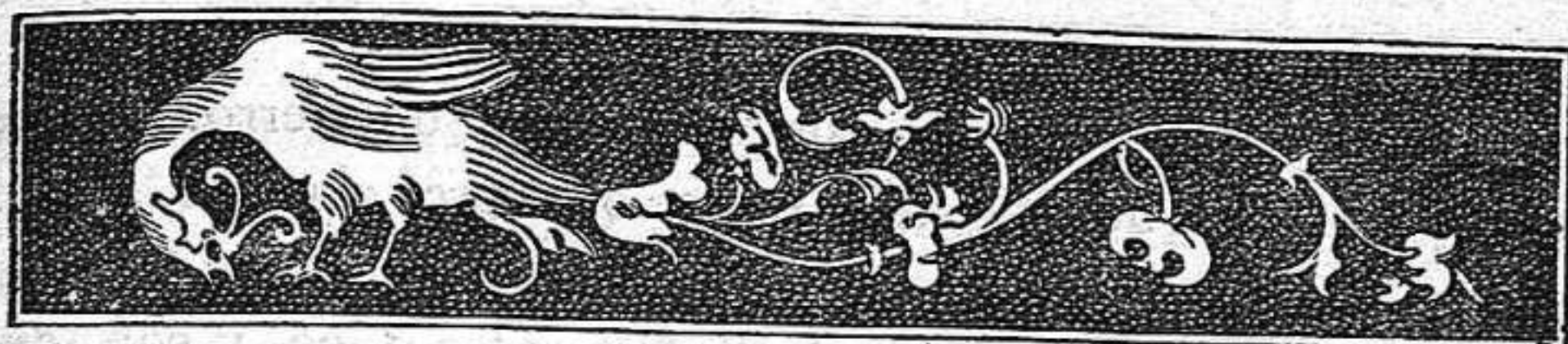
Ahora, en casa de Lysistrata habia una gran fiesta, los esposos entraron triunfalmente; firmado el tratado de paz, sólo quedaba invocar las divinidades de Atenas: Minerva, la del casco de oro; Baco, el dios de Nysa; las gracias desnudas y púdicas, y Vénus, de arrogante mirada.

Así acabó la guerra de Peloponeso.

Ahora, dejando á la discrecion de nuestros lectores comparar una sociedad con otra, el pueblo griego lleno de vida, entusiasta, soñador, ansioso de llegar á la realizacion de sus grandes ideas, lanzado en la ancha luminosa vía del progreso, con el romano que, en la época á que nos referimos, no era ya el mismo que venció en Africa con Scipion, con Julio César en las Galias, en Bretaña con Germánico, con Pompeyo en Asia y así en todo el mundo entónces conocido, conservaba vastísimos dominios, el Imperio mayor que ha existido; pero coloso de bronce y pies de barro, gigante debilitado, anémico, rendido por sus propios excesos, la irrupcion de los bárbaros del Norte vino, cual providencial castigo, á descuartizarlos extirpando un cáncer gangrenoso, purificando el huracan levantado por el raudo galope de sus innumerables escuadrones, juntamente con la llama de los incendios, aquella mefítica atmósfera, evocaremos sólo un recuerdo, otra expiacion: el fuego celeste que abrasó cinco ciudades situadas allá cerca de las orillas del Jordán, y de las cuales no queda el menor vestigio. Sus habitantes eran sin duda muy culpables, habian ofendido á Dios; pero las naciones sujetas al dominio de los romanos no fueron siquiera cómplices de sus crímenes, sino víctimas; pasemos á la Edad Media.

(Se continuará.)

ADOLFO MENTABERRY.



REFRANES Y DESVERGÜENZAS. ⁽¹⁾

APÉNDICE.



El respetado y querido amigo el Sr. D. Vicente de la Fuente me ha dirigido una carta afectuosa que, entre otras cosas, dice:

«Se ha dejado Vd., amigo mio, las mejores desvergüenzas, prescindiendo de la del cura de Villalpando, que hizo bien en omitir.

»En Salamanca me contaron que los frailes dominicos tenían un Estatuto que decia: *Fratres nostri non morabuntur nisi per tres annos in civitate Taurensi, ne forte brutescant*. Pedí la fecha del acuerdo, y lo estoy esperando, y lo esperaré hasta el dia del juicio.

»Allí no es solamente admirable la consabida torre; son notables, además, *Una cruz de jaspe, que no se sabe de qué es,* y tambien la Virgen del Canto, *que pesa catorce arrobas en canal.*

»En efecto, es un gran trozo de pedernal (*silex*, que deci-

(1) Véase la página 21 de este tomo.

mos ahora *los cultos*), sobre cuatro barrotes de hierro, que he visto, y no dudo que pesará las doce ó catorce arrobas, *sin los vestidos, ó en canal, como dicen que dicen.*

» Cuando sale en procesion la llevan entre doce, y son determinados sujetos los que tienen derecho á cargar con ella, sobre lo cual hubo ruidosos pleitos.

» Durante la expedicion que hice por aquella tierra en el verano de 1857, me citaron la siguiente desvergüenza que echo de ménos en la coleccion de Vd.:

No compres mula en Orense,
Ni en Rioseco paño,
Ni mujer en Benavente,
Ni amigo en Villalpando.

La mula te saldrá falsa,
El paño será quemado,
La mujer te saldrá zorra
Y el amigo tu contrario.

» En contraposicion á los deseos de tierra de Campos, he oido decir:

Lo que Armuña desea,
Tierra de Campos no lo vea.»

Agradeciendo las noticias de mi erudito amigo, pongo comentarios por seguir el sistema de las anteriores.

Extraña como es la locucion de *Una cruz de jaspe, que no se sabe de lo que es*, tiene fácil explicacion en la tendencia á sin copar de nuestro pueblo. La frase quiere decir que en la Colegiata de Toro existe una cruz procesional donada por un señor llamado Jaspe, de materia que nadie sabe discernir. Yo la he examinado con detencion y me ha parecido que el material es cristal de roca. Tallado en grandes trozos, de forma prismática, con un taladro longitudinal que atraviesan las barras de la cruz, tiene viso amarillento ú acaramelado, que en alguno de los prismas se acerca al color del topacio, y por el material mismo, como por la perfeccion de la obra

del lapidario, constituye una antigualla de merito, á mi juicio.

De la vírgen del Canto trató el conde de Fabraquer en su *Historia, tradiciones y leyendas de las imágenes de la Vírgen aparecida en España*; Gomez de la Torre menciona su memoria desde el año 1344, y describe las procesiones á que concurrían treinta y cuatro pueblos de la vicaría con cruces y estandartes y con la fé que trasciende de la relacion que escribió Luis de Ulloa Pereira, poeta toresano del siglo XVII, diciendo:

Labrada con providencia
en pedernal, que repite
centellas de la piedad
á cada plegaria humilde.

En uno de los historiadores de Indias he leído que despues de la conquista de Méjico envió Hernan Cortés, con otras ofrendas para el santuario de Guadalupe, «un escarabajo de oro y unos plumajes de indios á la Vírgen de Toro.» ¿Querrá decir esto que recordara el descubridor haber llevado acuestas en algun tiempo y en participacion las catorce arrobas? Averígüelo Vargas.

Para el estatuto, verdaderamente desvergonzado de los frailes dominicos, hallo tambien fundamento en añejas calificaciones. Nada ménos que el sábio Merlin llamó á Toro *Fuente de vino* en una sibilítica adivinanza de que allí mataria el leon de España al lobo montaraz.

Cuando se realizó, puso Yañez la explicacion en el *Poema de Alfonso onceno*, escribiendo:

«El el rrey quando era ninno
Mató á don Iohan el Tuerto
Toro es la fuente del vino
A do don Juan fué muerto.»

Sin andarse por las ramas, un famoso médico judío de Toledo, que floreció á fines del siglo XIII, enseñaba los efectos del jugo de las vides toresanas en *Disertacion sobre la natura-*

leza y calidad de los vinos de Castilla (1), que Juan de Espinosa, en su *Diálogo en laude de las mujeres* (2) y de algunas cosas más, no dejaba de encontrar muy de su gusto en esta magistral enumeración:

«Dime, ¿qué cosa hay en el mundo más suave, más deleitosa y agradable al gusto, ni que más alegre el espíritu, conforte el estómago, restaure y avive las fuerzas que un moscatel de Zaragoza de Sicilia; una garnachía de San Luchino de Calabria; un griego *mangia guerra*, falso amigo; una lágrima y una raspada de Nápoles; un mazacan latino; otros de Cápua, Aversa, Nola, Sorrento, Vico, Castellamar, Pusílipoy otras partes de Campania, provincia de Nápoles; una malvasía de Candía; una romanía de Lepanto y otras partes de Levante; un cernical y renvola de Trieste, y otros delicadísimos vinos del Fruil, de Teolo, de Arguate y otras montañas de Pádua; un gropelo, un marcemin de Vicenza; guar-nachiola de Verona; un vino tinto del monte de Brianzo; blanco de San Colomban y de Tridá, en Lombardía; y así del Monferrato, y Astesano, Coca, Madrigal, Monviedro, Illanas, Toro, Rivadavia, Yepes y San Martín, en España?.....»

No dejan mentir á estos encomiadores *el donado hablador* Alonso, mozo de muchos amos, que tan á sus anchas se hallaba en la ciudad taurina, ni el reverendo obispo de Mondoñedo don Antonio de Guevara, que con fecha 18 de Junio de 1532, escribió:

«El banquete que hizo el cardenal fué generoso en el gasto y prolijo en el tiempo, en que comenzamos á comer á la una y acabamos á las cuatro. Acerca del beber, hallándose allí buenos vinos y áun buenos bebedores, porque Toro, San Martín, Madrigal y Arenas causaron que algunos diesen allí algunas zancadillas.

»Preguntáisme, señor, si hay mucha gente en la córte; á mi parecer hay pocos hombres y muchas mujeres; porque de Avila vinieron con la córte hartas, y aquí, en Medina, habia

(1) Hernandez Morejon, *Biblioteca escogida de Medicina*, tomo I, página 88.

(2) Milan, 1580.

muchas, y allende de estas, *Toro*, *Zamora*, *Salamanca* y *Olmedo* han enviado otras aventureras, de manera que si en palacio hay para un galan siete damas, hay en la córte para un cortesano siete cortesanas.»

Pero no nos metamos en dibujos, que á fé que por este camino no faltaria qué registrar de autores de la época. A la *f fuente de vino* me atengo por añadir esta inspiracion de don Luis de Góngora y Argote:

«En el dedo de un doctor
engastado en oro ví
un finísimo rubí.
Porque es siempre este color
el antídoto mejor
contra la melancolía,
yo por alegrar la mia
un rubí desaté en oro.
El rubí me lo dió Toro,
el oro Ciudad-Real.
¿Hice mal?»

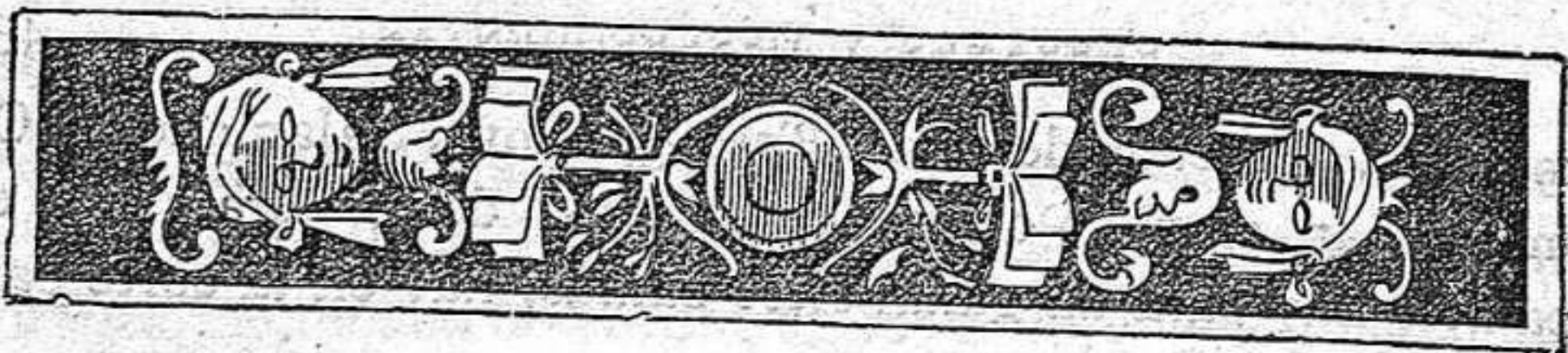
De todo esto se deduce, primero, que las de *Toro* no son como

La viña de Valverde,
el que más pone, más pierde.

y despues, que si los dominicos menudeaban en refectorio aquella salutación de *Hasta verte Jesus mio*, era muy cuerdo el estatuto *ne forte brutescant*. Por lo demás, conste que el referido Góngora, en soneto dedicado al tambien citado poeta Luis de Ulloa, confesaba:

«Generoso esplendor, si no luciente,
No sólo es ya de cuanto el Duero baña
Toro, mas del Zodíaco de España,
Y gloria vos de la murada frente...»

CESÁREO FERNANDEZ DURO.



ESTUDIOS

POLÍTICOS Y SOCIALES SOBRE MARRUECOS (I).

ORÍGENES DE LA DECADENCIA.

POBLACION: ÁRABES, MOROS Y NEGROS.

I.

LA religion hebrea, la idolatría y un cristianismo convencional, se disputaban, á la terminacion del siglo VI, el dominio de las conciencias en la Arabia, ofreciendo ancho campo para acrecentar el ódio de las numerosas tribus que la poblaban, y que se hacian entre sí la más cruda y encarnizada de las guerras; la que, tomando por pretesto las creencias religiosas, lleva consigo el terror, la desolacion, la lucha sin cuartel, el olvido del derecho y la perturbacion á los corazones.

Aquellos hombres, libres como la arena del desierto, nómadas por necesidad y por costumbre, de carácter violento,

(1) Véase la pág. 306 de este tomo.

apasionados y valerosos; hondamente perturbados por las más extrañas prácticas de la idolatría; dudando del judaísmo, que había recibido un golpe mortal á la aparición de Jesús; sin comprender bien una doctrina que, como la cristiana, sólo les ofrecía, á cambio de grandes sacrificios, la esperanza de un mañana, en que los purísimos goces del espíritu se sobreponen al grosero materialismo de la carne, y gobernados por ambiciosos emires que carecían de las difíciles dotes de mando que aquel caos reclamaba, se destruían mutuamente en estéril y continua lucha, sin poder constituir una gran nacionalidad.

Un hombre, adornado de las más brillantes cualidades, de claro talento, sólido juicio, notable instrucción, político sagaz, un génio extraordinario, de esos que aparecen muy de tarde en tarde en la historia de la humanidad, concibió el atrevido proyecto de reunir en un lazo comun tan diversas como valiosas fuerzas, y llamándose Profeta de Dios, predica una nueva doctrina religiosa, cuyas bases había tomado de la cristiana y la judía.

Conociendo el carácter de sus compatriotas y los males que les aquejaban, destruye la idolatría proclamando la unidad de Dios como dogma principal de su creencia; une el mando político y militar al poder religioso, que emanado del Altísimo es superior á todos los poderes, y hace olvidar á sus creyentes los efímeros placeres de esta vida, por otra no tan espiritual como la cristiana, pero más adecuada á la imaginación soñadora y sensualista de aquellos hijos de Oriente, nerviosos, exaltados, y que sentían circular por sus venas un fuego semejante al del sol que tostaba sus desnudos miembros.

Mahoma, ese gran legislador que supo arrastrar á sus creencias á la quinta parte de la humanidad, aprovechó hábilmente todas las virtudes y todos los vicios desparramados en el hermoso suelo de la Arabia; hombre de gobierno, al par que reformista, filósofo y guerrero, había estudiado con fruto las flaquezas de aquellas gentes, y conocía los resortes que daban paso á sus fogosas pasiones. Aquel delicioso vergel cubierto de exquisitos frutales y de gratas, frescas y olorosas flores,

regado por numerosos y apacibles arroyuelos, cuyas puras y cristalinas aguas reflejaban los divinos rostros de hechiceras y cándidas huríes, de mirada honesta, y de grandes y rasgados ojos, más negros que la noche; aquellas mujeres dulces como la miel y la ambrosía, rodeadas de suaves perfumes que embalsaman el ambiente, reclinadas en muelles lechos bordados de seda, oro, rubíes, esmeraldas, perlas y brillantes, esperando á los bienaventurados hijos del Profeta, con la sonrisa en los lábios y la alegría en el corazón, y mostrándose siempre amables, siempre complacientes y siempre vírgenes, y todas aquellas promesas de juventud eterna, *fuerza inestinguible*, delicados manjares, ricas vestiduras y preciadas joyas, que constituyen en conjunto el Paraíso reservado á los creyentes musulmanes, habian de excitar la exuberante fantasía de los árabes, que con tan loco ensueño no dudaron en lanzarse á las más arriesgadas empresas.

II.

El islamismo se extendió con inusitada rapidez, y los discípulos de Mahoma, aprovechando las lecciones del Maestro y la disposición guerrera de aquellas tribus fuertes y valerosas, que se ahogaban en el ya estrecho suelo de la Arabia, llevaron con sus armas la nueva doctrina y la forma de gobierno á que dió origen hasta el extremo occidental de Africa y más tarde á Europa.

Doce siglos han trascurrido desde los albores del islamismo, en los que esta religion ha contado dias de verdadera gloria y de grandeza; pero como todas las obras humanas, hijas de las necesidades del momento, está llamada á desaparecer ó eclipsarse con las causas que la motivaron. El ideal de Mahoma no responde solamente á los fines de una creencia religiosa; es al mismo tiempo todo un sistema de gobierno, que si en épocas pasadas tuvo una misión que cumplir, hoy en manera alguna satisface las justas aspiraciones

de la humanidad; y como quiera que su doctrina es incompatible con otras instituciones y con los adelantos de la civilización, todos los países que aún la rinden culto, vacilan, languidecen ó mueren. En Asia, en la misma cuna del islamismo, Inglaterra y Rusia ejercen una presión que cada día empobrece más sus fuerzas; Turquía, el más formidable de sus reductos, se ha visto obligada á admitir reformas en su gobierno, impuestas por pueblos cristianos, y sólo se mantiene gracias á la ambición, al recelo y á la envidia de las potencias europeas; Egipto y Túnez disfrutaban una independencia nominal; y en Argel, ántes terror del Mediterráneo, flota desplegada la bandera de una nación católica.

Marruecos, país musulman, y el más fanático y atrasado de todos, no puede rehuir la triste suerte que amenaza á sus correligionarios, tanto ménos, cuanto que, sin contar con los poderosos elementos de vida que éstos poseen, se halla rodeado por otras dificultades que por sí solas le harían sucumbir; no obstante, es preciso reconocer que la primera causa de su decadencia y su ruina se encuentra en el principio político-religioso por que se gobierna.

El *Koran*, interpretado más ó ménos literalmente, es el fundamento y la razón de todas las instituciones sociales en el imperio marroquí: gobierno, justicia y administración están inspirados en ese código religioso, cuyas leyes, en su mayor parte, se encuentran en abierta oposición con los ideales que informan al espíritu de la época presente.

Si fuera posible el aislamiento del Mogreb, como ya lo procura su gobierno por instinto de conservación, tal vez se conseguiría prolongar su mísera existencia; pero el comercio, vanguardia de la civilización en esos pueblos, abre un camino, que en vano quieren cegar las impotentes fuerzas de los sultanes, que desde las batallas de Isly y Tetuan han demostrado sobre cuán débil cimiento se levanta el imperio marroquí. La ignorancia y el fanatismo, consecuencias naturales del sistema de gobierno que rige á los mogrebinos, no pueden dar lugar sino á la decadencia en que yacen, precursora de su próxima desaparición.

III.

Otra de las principales causas que contribuyen á la ruina de Marruecos es la heterogénea poblacion que le compone: formada por cinco razas distintas, de opuestas tendencias y costumbres, ha de impedir la constitution de una nacionalidad fuerte y respetable. Además de los bereberes y judíos, de que ya me he ocupado, pueblan el Mogreb los árabes, descendientes de los conquistadores, en escaso número, pero conservando los caracteres peculiares de sus progenitores; los moros, producto del cruzamiento de estos últimos con las diversas razas que habitaban el Africa septentrional y España durante su dominacion; y los negros, originarios en su mayor parte del Sudan.

Si tan difícil es fijar aproximadamente el número de judíos existentes en el litoral de Marruecos; á pesar de sus relaciones de comercio con Europa y de su organizacion, que favorecen estos trabajos, ya se pueden deducir las contrariedades con que ha de lucharse para hacer un cálculo de la poblacion general del imperio, y la distribucion de habitantes que corresponde á cada una de las razas. En una nacion cuyos moradores ocultan cuantos datos facilitan el estudio del país al extranjero, donde no se ha hecho ningun trabajo para determinar el censo, y cuya geografía es tan vaga, que no podemos apreciar con exactitud los kilómetros cuadrados que ocupa su superficie, es aventurado sentar como indubitable ningun dato que á su estadística se refiera. No obstante, los estudios practicados por sábios eminentes, las noticias facilitadas por resueltos é ilustres viajeros, y los trabajos de los publicistas, unidos al conocimiento del Mogreb, adquirido despues de las guerras de 1844 y 1859, dan una idea de la poblacion marroquí, que si no satisface escrupulosas exigencias, sirve por lo ménos para esclarecer algun tanto la cuestion.

No juzgándome con la suficiente competencia para hacer un estado general de la población de Marruecos, pero considerando este dato como uno de los más importantes para la resolución de muchas cuestiones, creo prudente exponer los trabajos practicados al efecto por los autores que revelan mayor criterio y fundamento en sus juicios, para que el lector pueda apreciar y juzgar por sí mismo tan oscura cuestión.

Hassan ibn-Mohammed, vulgarmente conocido por Leon el Africano, fué el primero que hizo un estudio científico de Marruecos (en 1526) en su obra *Descripcion del Africa*, que sirvió como de base á los mapas publicados en 1588 por el veneciano Livio Sanuto; pero ni en estos trabajos, ni en los ménos científicos de misioneros, embajadores, cónsules, cautivos y viajeros, que han escrito sobre el imperio marroquí hasta fines del siglo XVIII, se encuentran datos positivos para determinar aproximadamente su población general. Luis Chenier en 1787 y Guillermo Lampriére en 1791, la reducen á seis millones de habitantes.

El 29 de Junio de 1803 desembarcó en Tánger un español, natural de Barcelona, llamado D. Domingo Badia y Lebllich; hombre de rara instrucción, resuelto como pocos, profundamente versado en el estudio de las lenguas orientales, y que haciéndose pasar, con el fingido nombre de *Ali Bey el Abassi*, por un príncipe de la ilustré descendencia de *Abul-Abbas*, tío de Mahoma, se captó las simpatías del sultan, que le colmó de honores y distinciones, sin sospechar las patrióticas ideas que germinaban en la mente del atrevido viajero, que hubiera hecho volar su trono, á mediar otras circunstancias ménos calamitosas en España á principios del siglo XIX. Badia publicó en París (1814) sus viajes por Marruecos y Asia, dando importantes y curiosas noticias, que hoy mismo son la fuente más rica á que pueden acudir cuantos se ocupan del estudio de aquel imperio: gobierno, religion, costumbres, producciones, todo cuanto pudo examinar, está expuesto en su obra con precision y claridad; y aunque no da ninguna estadística de la población en general, sus preciosos trabajos eran necesarios al que inten-

tara éste, facilitándole datos indispensables para el conocimiento del país y sus moradores.

Un sábio eminente, crítico profundo, distinguido bibliófilo, hombre sensato y razonador, correspondiente del Instituto de Francia, y miembro de muchas sociedades sábias, Gräber de Hemsö, despues de haber estudiado cuantas obras se habian escrito hasta su época sobre Marruecos y publicado su *Precis de la littérature historique du Moghrib ul-Acsa*, deseoso de conocer aquel país, objeto de sus afanes, se trasformó en viajero y le recorrió por espacio de seis años, dando á luz (en 1834) los primeros datos fundados en algo sólido y científico para formar su estadística. Estos estudios merecieron insertarse en las Memorias de la Sociedad francesa de Estadística universal y han sido la base de otros, quizás más acertados, pero que con seguridad no tienen el mérito *relativo* que los primeros.

Hé aquí los más importantes, debidos á Gräber de Hemsö, referentes á la poblacion del imperio marroquí en 1833:

	Superficie en leguas cuadradas.	Poblacion.	Número de habitantes por legua cuadrada.
Reino de Fez.....	9.852	3.200.000	324
Reino de Marruecos	5.710	3.600.000	630
Tafilete y otras pro- vincias.....	8.817	1.700.000	192
TOTAL.....	24.379	8.500.000	348

Distribucion por razas:

Bereberes y tuareks.....	2.350.000
Chelojs.....	1.400.000
Arabes puros, beduinos, etc.....	740.000
Razas mezcladas, moros, etc.....	3.550.000
Judíos.....	339.000
Negros del Sudan, etc.....	120.000
Europeos, cristianos.....	300
Renegados.....	200
Total.....	<u>8.500.000</u>

La conquista de Argelia y la guerra que la vecina república sostuvo con Marruecos en 1844, dieron origen á muy notables trabajos, que en forma de libros, folletos, artículos y cartas geográficas, levantaron la punta del velo que ocultaba al misterioso imperio mogrebino. Mr. Leon Godard, profesor de historia y arqueología del Gran Seminario de Langres, de la Sociedad de Historia de Argel é historiador muy apreciable de Marruecos, publicó sus impresiones de viaje, durante los años de 1858 á 59 en el *Akhbar* de Argel y más tarde (1860) en dos tomos, la *Description et histoire du Maroc*; y en ambos escritos, que revelan un estudio concienzudo, la siguiente estadística de población, que si en el resultado de la suma es algun tanto semejante á la de Gräber de Hemsö, se diferencia mucho en cuanto á la distribución por razas:

Amacirgas.....	2.300.000
Chelojs.....	1.450.000
Moros ó árabes mezclados.....	2.800.000
Arabes beduinos.....	750.000
Negros.....	500.000
Judíos.....	450.000
Europeos, cristianos.....	600
Renegados.....	200
	<hr/>
Total.....	8.250.800
	<hr/>

La guerra de 1859 á 60, abriendo la vía terrestre de Marruecos al comercio extranjero, y más fecunda en resultados para otras naciones que para España, facilitó extraordinariamente el estudio del Mogreb. Numerosas embajadas, comisiones de todo género, viajeros, hombres de ciencia y curiosos han visitado este país, y se han publicado muchos trabajos oficiales y científicos, referentes á su geografía, política, costumbres y comercio. Los grandes adelantos alcanzados en las ciencias históricas, antropológicas y etnográficas, han contribuido no poco al esclarecimiento de muchas dudas.

La raza indígena, la bereber, que por su independencia relativa no está sujeta á las causas que impiden el desarrollo

de las otras, es indudablemente más numerosa que lo indicado en los cálculos anteriores; solamente el Riff, poblado por ella exclusivamente, ocupa una superficie de 330 kilómetros de longitud y por término medio de 50 de anchura, en cuyo suelo se asientan muchas y poderosas tribus (1), y el número de hombres que forman las de Guad-Nun y Tekna sometidas á los *Scheiks Beiruk*, asciende, según datos fidedignos, á 99.100.

En 1873, en el tomo X del *Gran Diccionario Universal del siglo XIX*, y fundada en datos, tomados de los trabajos de las diversas legaciones en Tánger, se publicó una nueva estadística de la población marroquí, y en 1878, en los *Viajes por Marruecos* del hijo de aquel país, y laborioso escritor Sr. Urrestarazu, aparece otra muy semejante. Las dos están en armonía con las consideraciones expuestas en el párrafo anterior, y de ellas se deduce, teniendo presente el cálculo más aproximado de la extensión territorial del imperio, que corresponden 16 habitantes por kilómetro cuadrado. Como puede verse, hay muy poca diferencia entre ambas estadísticas; en la segunda, el número de europeos se acerca más á la verdad, debiendo tener presente que la mayor parte son españoles.

POBLACION MARROQUÍ.	DICCIONARIO UNIVERSAL	SR. URRESTARAZU.
Bereberes .. } Amacirgas.....	3.300.000	3.300.000
} Chelojs.....	1.450.000	1.450.000
Moros ó árabes mezclados.....	3.550.000	3.550.000
Arabes beduinos.....	740.000	760.000
Negros.....	140.000	140.000
Judíos.....	340.000	350.000
Europeos (cristianos y renegados).....	500	2.000
	9.520.000	9.552.000

(1) En el *Boletín de la Sociedad geográfica de Madrid* (tomo 8, pág. 180), se afirma que la kábila *Quib-dana* puede poner en pie de guerra, en caso extremo, 100.000 infantes y 25.000 caballos. A pesar de que en esos momentos empuñan las armas desde los adolescentes á los ancianos, creo hay enorme exageración en estos números, que cito para demostrar que ya no se tiene en tan poco la raza bereber.

Con todas las salvedades posibles, sin pretensiones de ningún género, que estoy muy léjos de abrigar, creo que estos estados pueden aceptarse, como los más aproximados, entre los escritos hasta el día.

IV.

La raza conquistadora del Mogreb, aquella que contaba sus primeros combates por victorias, y sus pasos por triunfos irresistibles; que semejante al rayo se dejaba sentir cuando habia hendido las más robustas encinas; que imprimió con el filo de sus cimitarras el sello de su religion y de su idioma en los vencidos, y que produjo la civilizacion más brillante de la Edad Media, se halla reducida á escaso número en el imperio marroquí.

Los árabes, como otros pueblos tostados por el sol del Mediodía, bravos hasta el heroismo, enérgicos, sufridos, capaces de realizar las empresas más absurdas, y hábiles para conquistar cuanta tierra se puso al alcance de su espada, no supieron conservar el fruto sazonado de sus victorias. Un historiador ilustre, una autoridad de los suyos, *Ibn-Kaldun*, escribia en el siglo XIV: «*De todos los pueblos, los árabes son los ménos capaces de gobernar un imperio.—Todo país ocupado por los árabes será arruinado en breve.*»—Así ha sucedido con los de Marruecos: poco despues de la conquista ya se ve en la impotencia de sus gobernadores la debilidad de los kalifas de Oriente; pasa un siglo y Bagdad pierde toda su autoridad en el Mogreb, que proclama su independendencia; un momento brilla la estrella de los hijos del Yemen para desaparecer, no ménos pronto, ante las hordas africanas, que, guiadas por los almoravides y los almohades, arrebatan para siempre el poder supremo de las incapaces manos de los árabes, que van á ocultar su desesperacion y su vergüenza en los límites de Sahara, ó se confunden cruzándose con los indígenas.

Los restos de esta hermosa raza, vencidos pero no hu-

millados, se conservan puros en Marruecos, gracias á la perseverancia de su indomable orgullo, viviendo al lado de las tribus bereberes más independientes. Dedicados al pastoreo, son nómadas, y por su género de vida y natural condicion guerreros; pero indolentes y perezosos, poco amigos de la industria y de crearse ficticias necesidades, no se alejan mucho de círculos determinados, y sus costumbres son sencillas y verdaderamente patriarcales. Su pasión á las historias y cuentos maravillosos, su amor al caballo, que casi forma parte de su sér, su delirio por la independencia y la vida libre de toda traba para su tribu, y sobre todo sus ideas sobre el fatalismo, son los caracteres más singulares que les distinguen.

Su organizacion y la del pueblo bereber, parecen semejantes á primera vista, pero se diferencian mucho en el fondo. El árabe es en religion creyente y hasta fanático; el bereber tibio y hasta escéptico; y como el principio religioso es en los mahometanos la norma de toda ley y gobierno, se observa en el primero un régimen aristocrático y teocrático, que es la antítesis de los ideales democráticos del segundo. Ama el bereber la igualdad absoluta y repele toda idea de grandeza organizada: el árabe reconoce y respeta la nobleza religiosa hereditaria, y entre ella elige sus autoridades políticas, sus jefes militares y sus administradores: en aquél la familia es la unidad social; en éste el *Duar*, ó mejor dicho, su jefe ó *Scheik*, en cuyas manos está concentrado el mando absoluto.

El *Duar* se compone de varias chozas ó cabañas cuando es fijo, ó de tiendas muy sencillas, pero resistentes, formadas por una pieza de tela, cuando es de árabes pastores y nómadas; en ellas vive un número determinado de familias, unidas generalmente por lazos de parentesco. Varios *Duars* componen la *Ferka*, y la confederacion de algunas de éstas, el *Arch* ó tribu. Los *Scheiks* de los *Duars*, como entre los bereberes, se constituyen en *Dchemáa* ó asamblea para la resolucion de cuanto interesa á la tribu, cuyo jefe eligen entre ellos.

Tanto el *Scheik* como el jefe de la tribu deben sus cargos

por lo general á su nacimiento; son respetados y queridos y no se soñaría discutir su autoridad por los que tan dócilmente se sujetan á su blando yugo; como no puede menos de ser el que el hijo se deja imponer de su padre, pues como tales se producen con sus subordinados, y como tales son considerados por éstos. La autoridad de estos jefes no tiene más límite que el reconocimiento de la soberanía del sultan, á quien pagan los tributos correspondientes.

Los árabes marroquíes que he tenido ocasion de ver á su paso en la peregrinacion para la Meca, ofrecen un tipo especial (1), que llama la atencion por lo bello y magestuoso: son altos, de buena constitucion, carnes enjutas, piel dura y curtida, que dibuja perfectamente el contorno de unos músculos delgados pero resistentes y unos tendones fuertes como el acero; y de una soltura en los movimientos que demuestra su notable agilidad. Las facciones del árabe presentan perfiles muy acentuados y son finas y blancas; pero tostadas por el sol y expuestas constantemente á la intemperie, aparecen muy morenas; su rostro es oval; ojos negros, mirada viva y penetrante; nariz aguileña; lábios finos; boca pequeña; cabellos gruesos, rudos y del color de los ojos y la barba, que pocas veces se afeita, y que termina en punta. Su traje se compone de una camisa larga, de tela gruesa y resistente, y un *jhaik* de lo mismo; no cubren con nada la cabeza, que llevan casi siempre afeitada, y algunos se la rodean con una trenza, que me dijeron ser de pelo de camello (2), y usarla como preservativo de los dolores nerviosos, ó cefalalgias que experimentan.

El árabe es muy sóbrio; con un pedazo de pan medio cocido, hecho de harina de centeno ó de cebada, ó con un pu-

(1) Muy conforme con el de Argelia, estudiado á la perfeccion por. Faidherve, Topinard, Guillebert D'Hercourt, Bertillon y otros.

(2) En Marruecos no existe el camello, por lo ménos yo no he visto ninguno, ni nadie me ha informado afirmativamente á las preguntas que hice sobre este particular. El camello (*C. bactrianus* L.) se distingue por tener dos jorobas sobre el dorso y ser de color pardo oscuro; el dromedario sólo tiene una de esas protuberancias, y su color siempre es más claro; esta es la espe-

ñado de dátiles, acomete sus empresas, sin que le arredren las más duras fatigas, y desafiando sin temor la intemperie; contento con su suerte, orgulloso de ella, desprecia al moro de la ciudad, con el que no tiene sino las relaciones más indispensables, siendo pagado en la misma moneda por éste, que le engaña con frecuencia y comete con él toda clase de tropelías. El árabe y el moro son vecinos que se toleran, pero entre los que media el desprecio ó el odio.

V.

Los *νομάδες* de los griegos, los *numidas* de los romanos, los *baraber* de los árabes; que nosotros conocemos con el nombre de bereberes, ó sean los primeros habitantes de Marruecos, no pudieron evitar mezclarse en las poblaciones de la costa con los pueblos que en son de conquista ó colonización se establecieron en el país; y á los hijos producto de esos cruzamientos llamaron los romanos *mauri*, palabra que dió origen á la de moros.

Cuando en el siglo VII los árabes realizaron la conquista del Africa septentrional, aumentaron los cruzamientos, y con ellos esa raza mezclada, en la que predominó la sangre de los últimos y más numerosos invasores; más tarde tomó nuevo incremento con muchos cristianos españoles, que bien por alianzas voluntarias, ó porque, hechos prisioneros y trasladados de su patria, sin esperanzas de regresar á ella, renegaban de su fé. Las expulsiones de la Península de los mo-

cie que abunda en el país, y que impropriamente conocida con el primer nombre (que siguiendo esa costumbre yo tambien adoptaré para lo sucesivo), es una providencia para el marroquí, que saca de estos animales grande utilidad, usándolos como bestias de carga, pues son dóciles y forzudos, y aprovechando su carne, leche, piel, pelo y hasta los excrementos que en viajes y en ciertos sitios es el único combustible á que pueden recurrir. Nuevamente he de hablar de él, al ocuparme de las producciones de Marruecos.

ros andaluces, en diversos tiempos, la de los granadinos más que otra, y la de los moriscos, todos ellos mezcla del español, del árabe y del mauritano, aumentó asimismo en Marruecos, especialmente en la costa, el número de los moros, entre los cuales circula también sangre de la raza negra, por efecto de las relaciones que sostienen con las esclavas de este color (1).

Los moros actuales son los descendientes de los mauritanos, mezclados con los fenicios, sirios, greco-romanos, vándalos, árabes, españoles y negros; hay entre ellos diferencias marcadísimas que indican la diversidad de su origen, siendo dos tan importantes, que han merecido que muchos autores las estudien separadamente. Los moros españoles, ó andaluces, que habitan en las ciudades, y los moros campesinos, que también se conocen, por algunos, con el nombre de árabes mezclados, son las variedades que encierran en sí todos los caracteres genéricos de la raza que trato de describir á la ligera.

Los moros, que son los verdaderos amos de Marruecos, tienen todos los vicios y toda la astucia de las razas mezcladas; aunque en ellos predomine el elemento árabe, está profundamente modificado por efecto de la mezcla de costumbres, y en el mismo idioma se encuentran palabras españolas y bereberes, y una diferencia de pronunciación, que hacen del árabe del Mogreb un dialecto particular.

Los moros del campo parecen tener origen en la unión del árabe y el bereber, de los que tienen muchos caracteres anatómicos: son los seres más desdichados de Marruecos, como podrá juzgarse cuando me ocupe de la organización general del imperio; viven pobres y explotados por los moros de la ciudad, por el Gobierno, y sobre todo, por sus autoridades locales; son trabajadores, visten con más esmero que el bereber, su vida es sedentaria y sus costumbres sencillas; fanáticos en religión, ven llegar la muerte sin temor, y hasta con placer.

(1) El actual Emperador, Muley-Hassem, se encuentra en este caso.

Son sufridos, como pocos, y ante el tormento más duro su valor es admirable; más de una vez he tenido ocasión de comprobarlo. En todas sus fiestas acostumbran á correr la pólvora, juego que consiste en disparar sus espingardas dando saltos y haciendo verdaderos ejercicios gimnásticos; al cargar el arma en medio de la confusión, que naturalmente provoca la algazara, lo hacen sin precaución, ni cuidado alguno; así es que no hay fiesta en que no se ocasionen grandes quemaduras, ó en que no reviente algún cañon de su instrumento favorito de guerra, dando lugar á heridas con tan horribles destrozos, que se hace precisa para remediarlas la intervencion de la mano armada del cirujano: entonces se resisten á que se les administre ningun anestésico, y sufren impasibles los dolores más agudos sin lanzar un gemido; cuando el dolor era superior á sus fuerzas, les he visto palidecer, cubrirse de un sudor frio y, perdiendo el conocimiento, caer desmayados. Tambien he visto, en casos análogos, desmayarse á los moros de las ciudades, especialmente á los que forman la aristocracia del país, con la diferencia que éstos perdian el sentido cuando me veian hacer los preparativos que preceden á la cura, ó á más tardar, en el momento de emprenderla.

VI.

Muchos moros de las ciudades, y muy particularmente los que habitan en las poblaciones de mayor importancia del interior y en las de la costa, son conocidos por algunos geógrafos con el nombre de moros andaluces. Proceden de los expulsados de España en la época de la reconquista, y de no pocos antepasados nuestros, como claramente lo indican muchos de sus apellidos; por otra parte, abunda tanto el tipo europeo, y se ven unos hombres tan parecidos á los de nuestras provincias meridionales, que no es posible dudar. Antes, en el siglo IX, habian sido desterrados á Marruecos más de

20.000 moros cordobeses, de los más nobles y ricos, que fundaron en Fez un barrio que lleva su nombre; en los siglos XI y XII, y á consecuencia de batallas desgraciadísimas por nuestra parte, y en las que perdimos mucha gente, fueron conducidos á la ciudad de Marruecos y á la de Rabat buen número de prisioneros castellanos, que con el tiempo se afiliaron á sus vencedores; y más tarde, durante los reinados de Felipe II y su sucesor, la desdichada expulsion de los moriscos fué á dar incremento á esa raza llamada á concluir muy pronto por consuncion.

Estos moros forman la parte más instruida, más rica y poderosa del Mogreb, y siendo la más ilustrada, es al mismo tiempo la más viciosa y corrompida; tienen todos nuestros defectos y los de los árabes, sin que estén compensados con las buenas cualidades de sus progenitores. Es preciso conocerlos bien, porque nada engaña tanto como su aspecto, y siendo tan interesante para España todo cuanto se relaciona con Marruecos, bueno es que se sepa lo que son estos hombres, que más de una vez se burlan de nosotros por no tener una idea exacta de lo que son.

Antes debo declarar, que en este punto, como en todos, mis palabras no son ni pueden ser la expresion de la regla general; hay excepciones, pocas, pero muy honrosas; moros conozco que son un modelo de la hidalguía y caballeridad de aquellos ilustres granadinos, tan nobles y bravos guerreros como sus vencedores; su número podrá ser reducido, pero no por eso valen ménos. Hecha esta advertencia, que debo á la imparcialidad, enumeraré algunos de sus defectos.

El peor defecto del moro no es el egoismo, ni la lujuria, ni la pereza, ni la avaricia; es la hipocresía, porque con ella oculta á primera vista las demás; para él debió inventarse la frase: ni palabra mala, ni obra buena; no se le verá que falte á todas las ceremonias de la mezquita, donde muestra una beatitud demasiado afectada para ser sincera, y pertenecerá á una ó más de esas asociaciones, ó cofradías religiosas, que tanto abundan en Marruecos, pero como se le presente á tiempo ó sin ocasion de escándalo una botella de Champagne ó un negocio oscuro, tampoco les hará muchos

ascos. Su aspecto es respetable, se muestra reservado en sus palabras, pródigo en promesas, considerado, circunspecto y cauto, pareciendo un dechado de formalidad y de hombría de bien; pero sus palabras son más ligeras que una pluma y desaparecan al más leve soplo del viento; su reserva es el silencio de la ignorancia, cuando no es hija de suspicacia maliciosa; sus promesas son tan pronto olvidadas como hechas, y la circunspeccion, la prudencia, la humildad y el respeto son otras tantas máscaras que emplea con el fuerte, así como la insolencia, la soberbia y el despotismo son sus favoritos con el desheredado.

Sus trajes, airosos y elegantes, y la forma galana con que los llevan, predisponen en su favor al europeo que se deje guiar por las apariencias; se componen de una camisa bastante larga y de anchurosas mangas abrochada sobre uno de los hombros; zaragüelles de hilo ó de algodón desmesuradamente holgados; un *kaftan*, especie de gaban-saco que baja hasta la mitad de la pierna; en los días de gala unos como pantalones, más estrechos y más largos que los zaragüelles, pero de corte parecido y confeccionados como el *kaftan* con paño ó seda de colores vivos; faja, gorro encarnado sujeto á la cabeza por el turbante, medias ó calcetines en invierno y babuchas ó botines largos cuando montan á caballo. Cubren sus vestiduras con la chilaba (saco ancho con capucha); con el *selham*, albornoz muy semejante á nuestras capas, que quizás de él tuvieron origen, diferenciándose de ellas en ser más largo y en que la esclavina está reemplazada por un capuchon; y por último, el *jhaik*, pieza de tela de lana ó seda, muy amplia, para cuya colocacion se necesita costumbre y habilidad, siendo esta prenda la que imprime más belleza y magestad á su traje, cuando envueltos en sus graciosos pliegues, se presentan á nuestra vista.

Los moros de las ciudades sólo tienen por lo general una mujer legítima, pero en cambio mantienen en su casa cuantas esclavas ó criadas les permite su fortuna, que disputan las caricias de su señor: los hijos de estas esclavas, entre las que hay muchas negras y mulatas, son considerados lo mismo que los de legítimo matrimonio y tienen los mismos

derechos. En cambio ningun moro principal contraeria alianzas matrimoniales con una mujer del campo.

Todos los cargos que traen consigo honores y riquezas están desempeñados, en su inmensa mayoría, por estos moros, que esprimen á los individuos de las otras razas, para ser estrujados ellos á su vez por el sultan. Algunos se dedican al comercio con resultado, y todos los principales tienen una tienda ó portal pequeños, que es un pretexto para recibir y hablar con amigos y conocidos, porque en casa propia no se usa el *visiteo* en el Mogreb. Son de mediana estatura; cuando jóvenes, bien formados; más tarde, por la ociosidad y el género de vida sedentario, se hacen obesos; su fisonomía es grave y no exenta de agrado; el color blanco; los ojos, que es lástima estropeen á fuerza de pintura, son negros y vivos; la cara redonda ó ancha, y, en general, su constitucion es buena; los pobres y algunos ricos llevan la cabeza rapada por completo.

A pesar de los muchos vicios de que adolecen, yo no me atreveria á condenarlos en absoluto; la décima parte de sus faltas, podrá reconocer por origen su natural condicion; pero las otras nueve son debidas á la funesta organizacion y al absurdo gobierno que les oprime. Los moros de la ciudad miran con increíble orgullo y desprecian al resto de sus compatriotas, y éstos les envidian y les aborrecen.

VII.

Como si esas razas no fueran bastante á producir una perturbacion tan marcada, hay que añadir otra, cuya sangre circula en abundancia en el Mogreb, imprimiéndole un aspecto de ferocidad que le distingue de los otros pueblos musulmanes; la raza negra, cuya presencia tiene fácil explicacion en el imperio, por su proximidad al Sudán, por el infame comercio de hombres, y por sus relaciones políticas con Timbuctú.

Casi todos los negros marroquíes proceden del Sudan y la Senegambia; gran parte descienden, como diré cuando me ocupe del ejército imperial, de los que fueron llamados á formar la guardia negra en tiempo de Muley-Ismael, y su número no decrece por la trata que introduce anualmente en el país sobre tres mil negros, casi todos de ocho á diez años, cuya mayor parte sucumben de nostalgia al poco tiempo.

La esclavitud, que no es tan rígida ni cruel como lo ha sido en otros países, alienta todavía en el Mogreb, y casi todos los jueves y domingos, días de *soco* ó mercado, he visto pasar por delante de mi casa negros y mulatos de ambos sexos y de todas edades, seguidos del pregonero, que en alta voz exponía la clase y precio del género puesto á la venta. Un negro ó negra, mayores de veinte años, se vendían de 30 á 100 napoleones, y los niños de seis á ocho no bajaban de 200.

Tan repugnante espectáculo se verifica delante de las legaciones europeas, incluso de aquella cuya bandera recorrió los mares, consumiendo grandes esfuerzos y dinero para concluir con ese infame tráfico que empañaba el brillo de la civilización, hería las más sensibles y humanitarias fibras del corazón inglés, y... ocasionaba no pequeños perjuicios al comercio de sus colonias.

Otros Estados, aunque sea vergonzoso confesarlo, que por herencia de lejanos tiempos, ó por respetar intereses más ó ménos discutibles, se han visto obligados á tolerar la trata, no tendrían la autoridad de que, para oponerse á ella, podría disponer Inglaterra, cuya influencia en el imperio es desgraciadamente decisiva; pero la Gran Bretaña tiene una moral para su uso particular, y en el Mogreb, como en la India, como en la misma Irlanda, la sabe aplicar de modo que sus intereses políticos y metálicos crezcan como la espuma.

Afortunadamente, los esclavos son tratados con mucha benignidad en Marruecos por sus amos, que los llegan á considerar como individuos de su familia; y una vez libres, para lo que no encuentran grandes obstáculos, son mirados como los demás musulmanes, y pueden aspirar á todos los cargos del imperio. Muchos ocupan grandes posiciones, y en la

misma familia reinante predomina tanto el color negro como el blanco.

Sus caracteres físicos son los generales de su raza; moralmente suelen ser envidiosos, vengativos y lujuriosos; tienen poco desenvuelto el sentido moral, y son de torpe inteligencia; pero estos defectos se subsanan, en parte, por la decidida fidelidad que guardan á sus amos y protectores, por contentarse con poco, ó nada, y por su aptitud para el trabajo material, que exige grandes fatigas. Fácilmente adoptan la religion de sus dueños, llegando á ser los musulmanes más fanáticos, por más que conserven algunas supersticiones, resto del culto que rendian á sus fetiches.

VIII.

He de tratar extensamente la organizacion político-social de los moros, al describir su sistema de gobierno; no así la de los árabes y bereberes, de la que me resta poco que añadir. Decidido á no dar cuenta de ningun hecho que no me conste por mí mismo, ó por datos de personas de verdadera fé, buen criterio, imparcialidad y ciencia, me he limitado á exponer los rasgos más salientes que en costumbres y sistema de gobierno distinguen á esas dos razas del resto de las de Marruecos.

Si no hubiera tenido más que las vagas y oscuras noticias que pude adquirir en el imperio marroquí de estas dos razas, no habria molestado á los lectores con el inhábil relato que he hecho de ellas; pero los trabajos de hombres muy notables, en el terreno de la ciencia, me han permitido fijar ciertos hechos, de que seria aventurado dudar. Débense, en primer término, á la comision científica de exploracion de la Argelia, que con razon la considera Renan como uno de los títulos de gloria de la Francia del siglo XIX. No se limitaron los trabajos de esta comision á la colonia francesa; se extendieron tambien á Marruecos, consignando sus laboriosas ta-

reas en el más acabado estudio geográfico que se ha hecho hasta el día del imperio mogrebino.

Al baron de Slane deben la historia y la etnografía muy bellos trabajos sobre el Africa occidental y es acreedor á elogio por su laboriosidad y mérito; aunque no tanto, que dé motivo á decir, entre otras cosas, á un afamado crítico francés, que ha sido el primero que ha reconocido la superioridad numérica de los africanos sobre los árabes en Berbería: basta examinar la estadística de Gräber de Hemsö, anterior á Mr. Slane, para comprender la parcialidad de nuestros vecinos de allende el Pirineo.

El general Hanoteau es sin disputa uno de los hombres de más disposicion para estos trabajos; con facilidad admirable para la lingüística, y con verdadero amor á los viajes y á las ciencias antropológicas, desde que desempeñaba el empleo de capitan, se dedicó á observar las costumbres de las kábilas bereberes y los pueblos que habitan el Sahara, mezclándose con ellos y estudiando concienzudamente su idioma desde Trípoli hasta cerca del Sudan, y publicando dos gramáticas de sus dialectos más principales: á él y á Mr. Letourneux se debe una descripción completa de la organizacion de los antiguos numidas y de los árabes.

Muchos otros pudiera citar que, como éstos, han esclarecido mis dudas, y cuyos datos me han servido y me servirán de guia en algunas ocasiones. Mencionaré entre otros al general Faidherve y al Dr. Topinard, cuyas disertaciones antropológicas acerca de estas razas nada dejan que desear. Poco se ha escrito en España sobre instituciones árabes y bereberes; yo, y quisiera equivocarme, sólo conozco las ideas generales que de su organizacion política dá el Sr. Urrestarazu, en sus *Viajes por Marruecos*.

*
* *

Moros, árabes, bereberes, judíos y negros, todos de distintas razas y opuestas aspiraciones, se ven amalgamados en el Mogreb, sin que el fanatismo de una religion que ántes los

conducia á la victoria, pueda ser ya el instrumento que los aliente para acometer con éxito venturosas empresas.

El temor, la envidia, el desprecio y el ódio son las cordiales relaciones que los unen: olvidando su origen é intereses, se hacen la guerra y se destrozan en provecho de sus enemigos; sin aspirar á su mejoramiento, ni á los beneficios de la civilizacion, rechazan por sistema cuanto tiende á su progreso; y maltratados por su Gobierno, perdida la confianza en sus instituciones, con las que no se atreven á romper, vegetan miserables en un suelo, sobre el que ha derramado la Providencia sus más ricos dones.

¿Cómo han de formar una nacionalidad respetable hombres cuyas ideas y caracteres son tan antitéticos?

En religion se vé al árabe, aunque creyente, fatalista; al moro fanático; al judío supersticioso; al bereber indiferente y hasta escéptico, y al negro seguir la marcha que le imprimen las circunstancias ó la casualidad. En política unos muestran sus tendencias democráticas, otros las aristocráticas, algunos un culto ferviente por el absolutismo teocrático, y todos en último caso la obediencia y la humillacion ante el fuerte y poderoso. Aman el bereber y el árabe la independencia de sus campos y montañas, y miran á los moros como á gentes de espíritu empobrecido y miserable; éstos los consideran como muy inferiores á ellos, y los vejan con el desprecio y el desden; los negros, reducidos hoy á la impotencia, no tienen otra voluntad que la de sus amos, y los judíos, oprimidos, maltratados y mal vistos por todos, tascan en silencio, pero con ánsia de venganza en el corazon, el freno de una esclavitud mal disfrazada.

Con tan diversos elementos; con una religion que le arrastra en su vértiginosa caída, no es posible que pueda sostenerse mucho tiempo el imperio marroquí, que, aparte de otras causas, encu entra en esas dos el origen principal de su decadencia.

FELIPE OVILO CANALES.



JUSTICIA HUMANA.

*Para hacer bien por el alma
del que van á ajusticiar.*

(LA PAZ Y CARIDAD.)

Donde el mundo sujeta
sus enemigos,
y ellos cantan las glorias
de sus caudillos;
Donde mora el escándalo
y crece el vicio;
en la cárcel de hombres...
no se oye un ruido.
Era Sodoma,
sumergida en el fondo
de un mar sin olas.

El no escuchar la vida
casi da miedo,
que hasta los que nos dañan
son compañeros.

Como á la tribu errante
por el desierto
del Africa sedienta,
ahoga el viento...
Del mismo soplo
parece que una muerte
los hirió á todos.

Sólo dos centinelas,
las armas fijas,
cruzan frente á la entrada
de la capilla.

Dentro mide las horas
de su agonía
reo de última pena,
un homicida.

¡Amor cristiano,
tú me pones la cítara
entre las manos!

Lloró David su culpa
yo las del mundo:

¡Oh rio de dolores
en sangre turbio!

No visten las paredes
paños de luto,
que allí suplen las sombras
del tosco muro.

De vez en cuando
la bóveda desprende
gotas de llanto.

A tiempo que la aurora
rie á la tierra,
sólo en el fondo tétrico
arden dos velas,
y las gotas que caen,
son lastimeras

lágrimas de familia
lloradas fuera.
El reo contrito
mira ante sí el desnudo
cuerpo de Cristo.

Le parece lo llama
á un cielo hermoso,
vé le abre los brazos,
siente su ósculo.

El confesor del mísero,
pálido el rostro,
sometido al cansancio
cierra los ojos.

Está despierto
un seglar á quien toca
llenar su empleo.

Es cofrade piadoso
de los que entienden
cerca á los que al patíbulo
mandan las leyes.

La paz les dá su nombre
(es cuanto tiene),
donde la paz no alcanza
ponen la higiene.

Dan de almorzar
y hacen pública muestra
de caridad.

Mientras otros hermanos
van por la calle
con un esquiloncillo
dale que dale,
pidiendo por el alma
de un semejante,
tan pobre que lo ahorcan
casi de balde...

A este de adentro
le ocurrió una pregunta
y dijo el reo:

«Hermano, diré el cómo
» con el motivo,
» para que se comprenda
» que me han perdido.
» No siempre el hombre es causa
» de su delito:
» ¡Cada hombre es un caso
» y uno el castigo!
» La pena es una
» y sólo quien la sufre
» mide su culpa.

» Yo me hallaba en la cárcel
» como está el preso,
» acompañado siempre
» de sus deseos.
» Estábame á mis solas
» con mis recuerdos,
» diciéndole á la nada
» mis pensamientos.
» Y repetía
» junto con mis pesares
» mis alegrías.

» ¡Ay, mi jaca cervuna,
» que no te he visto
» desde que me sujetan
» á hierro frío!
» Ya no peso en tus lomos,
» ni tu relincho
» le dice á mi adorada
» que vas conmigo.
» Si amor es fuego,

»¿cómo el suyo no ablanda
»mis duros hierros?

»Y oí á la puerta
»del calabozo
»muy despacito
»correr cerrojos.

»No sé qué cosa viva
»anda en el aire,
»que nos dice quién llega
»sin verlo ántes.

»No fué el calabocero,
»no era el alcaide,
»en la luz de sus ojos
»ví que era un ángel.
»¡Bendita sea,
»el ángel de mi guarda
»me abrió la puerta!

»¿Quién te puso en el caso
»de mi llavero?
»¡Las llaves que has traído
»son las del cielo!
»Hazme oír tu palabra
»revuelta en besos...
»No me digas pesares
»que no da tiempo...
»¡Besa á tu hombre!
»Háblame como cantan
»los ruseñores.

»Mi bien no me decia
»ni me besaba;
»y quedó como queda
»la cierva mansa:
»Temblábanle las carnes,
»y arrodillada,

»era la cierva herida
 »que se desmaya...
 »Si ahora yo tiemblo,
 »no es flaqueza del alma
 »sino del cuerpo.

»Despues me dió un cuchillo,
 »me dió dos limas,
 »me dió el escapulario
 »que llevo encima...

»Y me nombró con miedo
 »al de Justicia,
 »que me enredó la causa
 »por sus malicias.
 »Juro ví en ella,
 »penando sus pecados
 »la Magdalena.

»Luego á la puerta
 »del calabozo
 »sentí con rabia
 »correr cerrojos.

»El corazon me dijo:
 »¡ahí le tienes!
 »Entró el juez de mi causa,
 »me lo ví enfrente;
 »Le dí tres puñaladas...
 »¡y fueran veinte,
 »á no hallarme sujeto
 »por los corchetes!»

.....
 Crugió los grillos...
 Despertó el sacerdote...
 Se abatió el mísero...

A punto vió el hermano
 el caso higiénico;

y á fuer de prevenido
para el efecto,
le servia en bandeja,
(sin el cubierto)
salmon con aceitunas
y vino añejo.

Al desayuno,
se acababan las velas
y entró el verdugo.

ANTONIO ROS DE OLANO.





EL PRIVILEGIO DE LA UNION ⁽¹⁾

CAPÍTULO XXXIX.

EN QUE SE VÉ QUE CANTONCILLO NO SE CANSABA DE SER
LA PROVIDENCIA DE BRIANDA.

I.



DEJAMOS desmayada, á consecuencia de un elocuentísimo beso de Brianda, que no hay nada más elocuente que un beso, á doña Beatriz de Aytona.

Tal impresion habia causado el beso en su alma.

De tal manera habia sentido la revelacion que aquel beso la habia hecho.

Pero estos desmayos, que son compresiones del corazon, pasan en cuanto se restablece el equilibrio de la sangre.

II.

Doña Beatriz gimió, abrió al fin los ojos y fijó su mirada vaga en Brianda.

(1) Véase la pág. 231 de este tomo.

Cuando aquella mirada se fijó, dijo elocuentemente todo lo que doña Beatriz sentía en su alma.

Reconocía á su hija.

No habia nada que decir.

Doña Beatriz, que siempre habia sentido hambre de acariciar á su buen placer á su hija, se satisfizo.

La inundó de caricias, que fueron cumplidamente pagadas por Brianda.

Lloró, rió, se volvió loca.

Fué aquella una verdadera tempestad de amor.

Cuando se calmó, sobrevino para doña Beatriz una situación difícil.

No podia dudar de que Brianda sabia que era su hija.

¿Pero quién se lo habia revelado?

¿Qué podia haberla dicho de su madre el que la hubiera hecho la revelacion?

¿Habia provenido esta revelacion del infante don Jaime?

Doña Beatriz necesitaba saberlo.

Preguntó á Brianda.

—¡El rey!—respondió ésta.

—¿Y quién ha dicho al rey que tú eres mi hija?—insistió doña Beatriz.

—Lo ignoro, madre mia,—contestó Brianda.

—¿Y el rey te ha dicho,—preguntó tímidamente doña Beatriz,—el nombre de tu padre?

—Sí,—dijo Brianda,—el infante don Jaime.

Doña Beatriz se inundó de un vivísimo color, y permaneció algunos instantes en silencio.

—¿Y has visto tú, has hablado al infante don Jaime, despues de esta revelacion del rey?

—No, madre mia.

—De modo, que ignoras..... que no sabes más.....—dijo, creciendo en confusion, doña Beatriz.

—No sé más sino que soy hija vuestra y del infante don Jaime,—respondió Brianda.

Sobrevino un nuevo silencio.

—Pero puedo saber mucho más,—dijo Brianda,—tal vez puedo saberlo todo.

—¡Todo!.....

—Sí, todo.

—¿Y cómo?

—Por medio de unos papeles que tenia sobre sí el judío Abi-Jonatham, antiguo médico del rey. Esos papeles están en mi poder; los tengo yo en mi seno; los tomé de sobre el corazon de Abi-Jonatham.

Brianda creia que el judío habia muerto.

—Abi-Jonatham,—continuó Brianda,—habia ido á buscarme á Granada. El rey Ismail (y ha llegado la hora de que yo prosiga la relacion que quedó suspendida por la llegada del rey al hostel de las Tres Cruces Rojas); el rey Ismail sentia por mí una pasion funesta: me habia propuesto hacerme su esposa, su sultana: «No reniegues de tu Dios, me decia, adórale; y si es necesario para que me ames que yo adore á tu Dios, le adoraré: yo relegaré al fondo de mi haren á mis otras esposas, á mis concubinas; yo viviré únicamente por tí y para tí.»

Yo me estremecí.

El rey moro no me inspiraba más que respeto.

Además de esto, yo amaba con toda mi alma.

Yo no podia olvidar á mi don Jaime Ferriz de Lizana, por cuya suerte estaba aterrada.

No sabía lo que habria sido de él.

Pero aunque hubiera sabido su muerte, hubiera continuado siendo fiel á su memoria.

Mi terror se aumentaba, porque veia que el amor del rey Ismail se iba convirtiendo en locura.

Era de temer que su rendimiento se convirtiese en tiranía.

Su súplica en mandato.

¿Quién habria podido defenderme?

Cuando yo temia con más razon esto, llegó á Granada Abi-Jonatham.

El rey Ismail le trajo ante mí.

Yo le conocia porque le habia visto en la córte del rey don Pedro.

Sabia que por haber tenido más amistad que la que habia debido con los descontentos del rey, habia caido en desgracia

de éste, y hasta tal punto, que para salvar su cabeza y evitar que el rey le prendiese había huido.

Había desaparecido.

Yo extrañé su presencia en Granada.

—Por tí viene, para llevarte á tu tierra,—me dijo el rey Ismail.

—Qué,—dije yo,—¿le envia mi padre? ¿no teme mi padre la tiranía del rey?

—¡Tu padre!... ¡tu padre!...—exclamó el rey Ismail.

Yo no le comprendí.

No supe á qué atribuir sus palabras, que me parecieron extrañas.

¿Pero cómo habia yo de comprender, yo que me creia hija de don Pedro de Luesia, que el rey de Granada sabia, como es de suponer, por una declaracion de Abi-Jonatham, que don Pedro de Luesia no era mi padre?

—A ver á vuestro padre vamos,—me dijo Abi-Jonatham.—El rey don Pedro se hace cada dia más tirano; el descontento crece entre los nobles y se comunica al reino: el rey no tiene más que hijas, y pretende romper el fuero llamando á su primogénita á la corona, á la que sólo puede ser llamado un varon. Su hermano el infante don Jaime se rebela; pero el resultado de la lucha es dudoso. No lo será si vuestro padre entra en la liga, y no se cuenta con él: no es ambicioso, vive oscurecido y no hay nada que pueda sacarle de su oscuridad como no seais vos, vos á quien estima tanto el tirano, para defenderos del cual ha sido necesario haceros pasar por muerta, y esconderos en el alcázar de vuestro amigo el noble rey de Granada; vos podeis acudir á vuestro padre, que os adora, que está sediento de vos.

Yo creia siempre que se trataba de don Pedro de Luesia.

—Así, pues,—continuó Abi-Jonatham,—por vos he venido, y habiendo informado de todo al noble rey de Granada, éste ha consentido en que yo os lleve á Aragon conmigo.

—Sí,—dijo Ismail:—llévatela: hace tiempo está siendo para mí una carga pesada el depósito de Brianda. Dile á su padre lo que he hecho por ella, y que espero me lo tenga en cuenta, para si un dia necesito su ayuda.

Yo continuaba creyendo que se trataba de don Pedro de Luesia.

Se preparó todo para la partida.

El rey me dió un riquísimo presente, y tal, que para conducirlo fueron necesarias cuatro acémilas.

Para hacer el viaje con seguridad, Abi-Jonatham me disfrazó de mancebo judío.

Antes de partir, el rey Ismail me dijo:

—Contigo se van mis entrañas: pero me temo á mí mismo: siento que voy enloqueciendo, vete en buen hora: yo quiero librarme del dolor del remordimiento de hacerte mi esclava.

—Si yo pudiera amaros,—dije á Ismail,—vuestra generosidad me enamoraria de vos; pero Dios no lo quiere; en cambio, tened por seguros mi estimacion, mi respeto, mi profundo afecto.

—Que se cumpla la voluntad del Altísimo,—dijo Ismail. Y me besó suspirando una mano.

No volví á verlo.

Al dia siguiente, con una taifa de ginetes granadinos que nos escoltaban, salimos de Granada hácia Málaga.

No quiso Abi-Jonatham que llegásemos á Aragon, atravesando las tierras del rey de Castilla, que estaba en amistad con el de Aragon.

En Málaga nos embarcamos en un falucho que nos llevó á Barcelona.

Allí desembarcamos con el tesoro que me habia regalado el espléndido amor de Ismail.

Tomamos un resguardo en Barcelona y nos dirigimos por tierra á Zaragoza.

Pero ya cerca, cuando sólo faltaban cuatro jornadas, nos salieron salteadores.

Los hombres que nos resguardaban huyeron.

Los salteadores se apoderaron del equipaje en que llevábamos lo que poseiamos, y se contentaron con dejarnos atados á unos árboles, de los cuales nos soltaron unos campesinos.

—Sea lo que Dios quiera,—dijo Abi-Jonatham;—nada te-

nemos: yo no llevaba dineros sobre mí; mendigando habremos de hacer el camino que nos falta, y muchas gracias á Dios, pues que los bandoleros no nos han quitado los papeles que llevo sobre mí y que hacen que vuestro padre se decida á ayudar á los de la Liga. Yo le he enviado un correo, y cuando lleguemos al castillo de Luesia le encontraremos esperándonos en él.

Yo creí que continuaba tratándose de don Pedro de Luesia.

—Además,—continuó Abi-Jonatham,—he enviado otro correo al abad de los benedictinos de Santa Fé, Mosen Arnaldo de Loaysa, á fin de que con otra persona que os alegrareis de conocer, nos espere en el castillo de Luesia.

—Esa persona era yo,—dijo doña Beatriz;—en efecto, el abad habia recibido una carta por un correo que le habia enviado Abi-Jonatham, en que le rogaba fuese á buscarme á mi castillo de Aytona, donde vivia retirada, y me llevara, para algo que era importantísimo, al castillo de Luesia; pero la tormenta no nos dejó pasar y nos detuvimos en el hostal de las Tres Cruces Rojas, al cual vos llegasteis con don Jaime.

—Esa misma tormenta nos cogió en el camino,—dijo Brianda,—cuando Abi-Jonatham, ya anciano y débil, despues de trece dias de jornada hechos mendigando, y sufriendo hambres y durmiendo en los pajares de las posadas, no podia soportar la fatiga. Yo conocia el terreno y sabia que cerca habia una cueva. Logré llevar á ella á Abi-Jonatham, pero ya era tarde; el desdichado falleció.

Yo, que no habia olvidado que llevaba sobre sí unos papeles muy importantes, se los tomé; y en aquellos momentos fuí sorprendida por el suceso más dichoso que podia haberme acontecido: por la presencia de mi don Jaime Ferriz de Lizana, que, sin duda, venia á unirse con los de la Liga de Zaragoza.

Salí con él de la cueva.

El hizo que su esclavo pusiera en su caballo el cadáver de Abi-Jonatham, y nos fuimos al hostal de las Tres Cruces Rojas, donde os encontramos.

Lo demás ya lo sabeis.

Hé aquí que he acabado de relataros la historia que en el hostal dejé suspendida por la llegada del rey.

—¿Y has visto lo que contienen los papeles que quitaste á Abi-Jonatham?—dijo con anhelo doña Beatriz.

—No he tenido tiempo de verlos; pero podemos verlos ahora, madre mia.

Brianda se desajustó, y de debajo de su rico coletillo sacó los papeles que estaban encerrados en una bolsa de seda azul, que no abultaban mucho.

Eran como un paquete de cartas.

En el momento de sacarlos, Brianda sintió que se los arrebataban.

Se volvió y vió, así como doña Beatriz, á Cantoncillo, que habia entrado poco ántes silenciosamente, y dando vueltas por los pilares, habia llegado, sin ser sentido, detrás de las dos damas.

III.

—¡Ah, eres tú!—exclamó Brianda.

—Ciertamente; tu libertador, que viene á buscarte para ponerte en completa seguridad, hija mia,—dijo Cantoncillo.

—¿Qué hubiera sido de tí sin mí? Tienes buenas razones para creer que soy tu grande amigo, y te doy una prueba más quitándote estos papeles. Indudablemente pruebas de traicion puesto que los traia consigo Abi-Jonatham, que á pesar de toda su ciencia, es un imbécil; y digo *es* y no *era*, porque vive.

—¡Que vive!—exclamó Brianda.

—Sí, hija mia, sí,—dijo Cantoncillo:—lo que á tí te parecia su muerte, no fué más que el espasmo de un paroxismo causado por el cansancio, por el frio y tal vez por el hambre. Vive, y tambien por él debes destruir estos papeles, que no tengo duda, son pruebas de traicion. Si el rey los hubiera cogido ó los cogiera, no habria medio de salvar á ese pobre diablo. Yo haré que el rey le perdone y le vuelva á su gracia. En cuanto á tí, te he salvado ya una vez del rey, y despues te salvaré de todo punto y te casaré con tu don Jaime. Es

necesario que se acabe en tu vida la peregrinacion por las penas; que seas feliz, y lo serás por este monstruoso Cantoncillo, á quien sin razon has mirado siempre y aún conti-
núas mirando con espanto.

—Tú me has salvado del rey,—dijo Brianda;—¿pero puedo yo fiar en tí? ¿no eres tú el demonio del rey?

—¡Demonio, demonio!—dijo con acento burlon Cantoncillo;—pues qué, ¿acaso mi real hijo necesita que ningun demonio le aconseje? ¿No le basta con tener unas fauces insaciables que no se cansan de tragar estados? ¡Y buen atracon que le espera! van á llover confiscaciones; cuando al rey se le rebela un gran vasallo, se alegra, y cuando no piensan en rebelarse, él los pone en el resbaladero; que lo diga si no su cuñado Jaime de Mallorca y te digo esío, para que te cures de la aprension de que yo soy el demonio tentador del rey. Él no necesita de que nadie le incite. Pero estamos perdiendo el tiempo. Tú deseabas saber lo que son estos papeles; pues bien, vamos á verlo.

—Tú cometes un delito,—dijo Brianda,—apoderándote de un secreto que no te pertenece.

—Además de pruebas de traicion, que yo destruiré,—dijo Cantoncillo,—porque bastantes cabezas quedarán al descubierto para que el rey haga lo que baste para que el escarmiento no se les olvide á los traidores en cien años, todo el secreto que puede haber aquí, no es para mí un secreto. ¿Crees tú que yo ignoro quiénes son tus padres? No tembleis, mi buena doña Beatriz de Aytona: yo no soy un confesor que haya de cargaros con una ágría penitencia; confiad las dos en mí, señoras mias: este demonio os parecerá dentro de poco un ángel de luz. Pero veamos.

IV.

Cantoncillo se echó en tierra junto al farol, para que su luz le permitiese leer aquellos papeles.

Abrió uno y le examinó rápidamente.

—Sentenciado al fuego,—dijo;—esto no tiene necesidad de saberlo nadie; es una declaracion de la esposa moribunda de

don Pedro de Luesia, en que manifiesta que mi buena hija, doña Brianda, no es hija suya, y en que por salvar su alma revela los amores de una noble dama con un poderoso señor infante, á quien estos amores costaron una corona, por un exceso de remordimiento. ¡La vieja imbécil! ¡Si creeria que Dios la iba á perdonar sus pecados por la infamia que cometia al morir!

Cantoncillo abrió el farol, y acercó aquel papel á la luz que prendió en él.

Muy pronto quedó reducido á pavesas.

—Tú no necesitas para nada ser infanta bastarda de Aragon, mi buena hija,—dijo Cantoncillo;—esto dificultaria gravemente tu casamiento con don Jaime Ferriz de Lizana.

—Pero yo no debo heredar unos estados que no son míos,—dijo Brianda.

—Estados que serian confiscados por el rey,—dijo Cantoncillo, que examinaba otro papel,—si yo no quemase esta carta de don Pedro de Luesia á Abi-Jonatham, en que le dice los rebeldes con quienes debe entenderse; el rey mandaria sacar de su sepulcro el cadáver de tu padre aparente, para colgarle de la horca, y se tragaria su patrimonio. Además de esto, tú no sabes que no eres hija de don Pedro de Luesia, porque no debes saberlo, y aquello que no se debe saber, porque nos perjudica, no se sabe.

El bufon quemó aquella carta.

Las dos damas estaban dominadas.

Miraban con ansiedad á Cantoncillo.

Este acabó de revisar los restantes papeles, que no llegaban á cuatro.

—Más y más pruebas de traicion,—dijo:—cuerpos que se roban al verdugo: nobles que escarmentados servirán lealmente al rey: él ganará estos servidores y ellos ganarán sus cabezas: ¿te pareceria á tí bien, mi buena hija, que á don Miguel de Gurrea le degollasen? ¿Te parece que haria buena figura colgado de la horca el reverendo abad mitrado de los benedictinos de Santa Fé, Mosen Arnaldo de Loaysa? El demonio los salva quemando estas cartas. Mira, pavesas; nada más que pavesas. Hombres que han nacido segunda vez en

el fuego que ha devorado esos papeles. Ahora bien, mi buena rica hembra doña Brianda de Luesia, y vos, mi respetable señora doña Beatriz de Aytona, seguidme, á fin de que yo pueda llevaros á donde estareis completamente en salvo. Y se levantó y tomó el farol.

V.

Las dos damas le siguieron aturdiditas.

—Cuando llegaron á la entrada de la gruta, Cantoncillo dijo: —Es necesario que yo tome en mis hombros á la una despues de la otra. La bajada es demasiado ágría; siéntate sobre mi corcoba, mi buena hija, como si yo fuese un camello,—añadió dirigiéndose á Brianda.

Y la asió por la cintura, la levantó, y la puso sobre sus hombros.

A seguida bajó con ella y la dejó junto á Cañaheja, que tenia los caballos de la mano. Subió y descendió con doña Beatriz.

—Tú, doña Brianda,—la dijo,—cabalga como un caballero; ten mis manos por estribo.

Brianda, ayudada por Cantoncillo, montó en el caballo de Cañaheja.

Despues cabalgó en el suyo Cantoncillo, y tomó en sus brazos á doña Beatriz.

—¿Y yo, mi amo?—dijo Cañaheja, que de buena gana hubiera tomado en sus brazos á Brianda.

—Tú te quedas aquí esperándome,—dijo Cantoncillo.

—Muy bien, mi amo.

—Ahora, mi buena hija doña Brianda,—dijo Cantoncillo,—sígueme.

Y partió.

Muy pronto desaparecieron por una revuelta del camino, al que habian descendido.

VI.

Pasó un espacio, como el de una hora de nuestro tiempo. Cañaheja tiritaba, y aumentaba su frio al miedo. Temia que saliesen ligueros de entre las breñas. Y no era porque fuese cobarde, sino porque uno contra muchos nada vale.

Al fin sonó la carrera de un caballo.

Apareció éste.

Cañaheja se lanzó al camino.

El que venia era Cantoncillo.

—A nadie digas lo que has visto, Cañaheja,—le dijo.

—Mudo como un muerto, mi amo.

—Salta á la grupa.

Cantoncillo puso su caballo al galope.

Poco despues llegaban al castillo de Luesia y entraban en él.

VII.

Cantoncillo subió á la cámara donde estaba el rey.

Dormia don Pedro.

—¡Ah!—dijo Cantoncillo.—¡Ya sabia yo que habia para dos horas por lo ménos! pues durmamos tambien, que harto lo hemos menester. ¡Si á lo ménos soñara con ella! ¡Ah y qué pesado es tenerse que contentar con deseos!

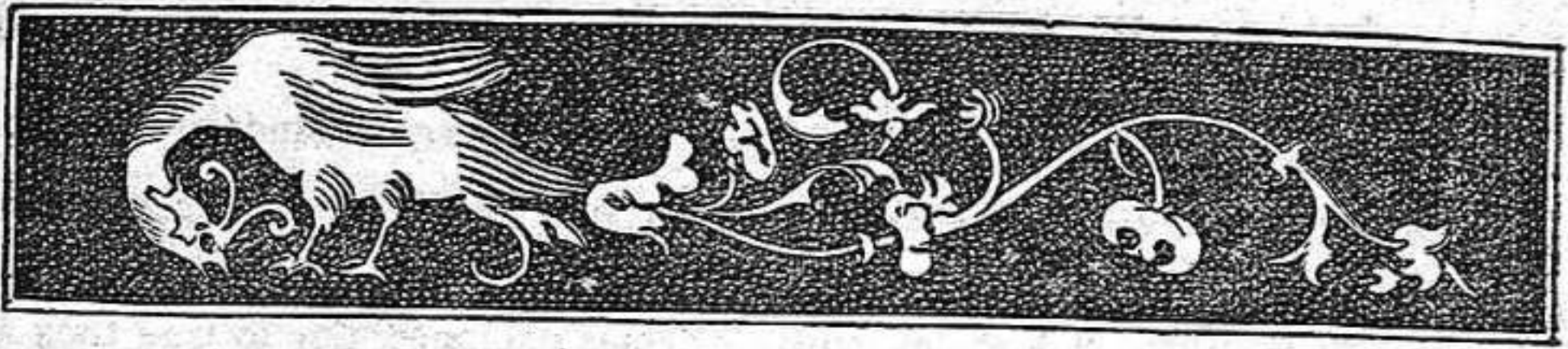
Y Cantoncillo se tendió á los pies del lecho del rey.

Poco despues dormia profundamente y sonreia.

Tal vez soñaba que era amado por Brianda.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(Se continuará.)



BOLETIN BIBLIOGRÁFICO (1)

Gustave Barcion.—*La Magistratura y los decretos del 29 de Marzo de 1880.*—2 tomos.—Paris.—Precio, 3 fr. 50 cs. cada volumen.

Este libro no trata precisamente de condenar los proyectos de Mr. Julio Ferry, bajo el punto de vista social y político. Su objeto es más práctico y responde á otros fines, sin que por eso deje de hablar, con no ménos elocuencia, en contra del célebre ministro francés.

Encontramos en esta obra los nombres de todos los magistrados que han dimitido sus cargos ó han sido forzados á abandonar sus puestos, con motivo de la ejecucion de los decretos del 29 de Marzo, y de esta suerte, se estudia, con los datos á la vista, la

honda perturbacion que han llevado al seno de la Francia los mismos que más debian interesarse por su reposo.

Mr. Barcion, con órden y claridad perfectísimos, analiza las causas en que estos magistrados se fundaron para renunciar á sus empleos profesionales, sus servicios y los nombres de los que hubieron de reemplazarlos. Con este motivo, el autor explica las causas á que obedeció la noble actitud de la magistratura, y responde con argumentos poderosos á las injurias de que ha sido víctima esta respetable clase, por parte de los partidarios de los famosos decretos.

Mr. Barcion, antiguo magistrado y persona que por su competencia habia de dar á un trabajo de esta ín-

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicacion.

dole grande interés, ha logrado, así por su forma como por su modo de argumentar, que se impresionen los lectores de su libro. Todas las convicciones de Mr. Barcion se transmiten al que lee su obra, y en este sentido creemos que ha influido en la opinion de su país más que otros autores que se han propuesto tratar el mismo asunto en distinta forma.

*
* *

Francisco Fernandez y Gonzalez.—*Instituciones Jurídicas del pueblo de Israel en los diferentes Estados de la Península Ibérica.*—Tomo I.—Imprenta de la "Revista de Legislacion."—Madrid.

La Biblioteca Jurídica de autores españoles ha empezado á publicar una nueva obra, cuya importancia no puede ser desconocida entre los hombres que se consagran á este linaje de estudios.

Titúlas: ésta *Instituciones Jurídicas del pueblo de Israel en los diferentes Estados de la Península Ibérica*, y es debida á la autorizada pluma del Sr. D. Francisco Fernandez y Gonzalez, senador del reino é individuo de la R. Academia de la Historia.

El tomo primero, que es el único publicado hasta la fecha, sólo comprende lo que el autor llama Introducción histórico-crítica, y, dada la importancia y la grande erudicion de que allí se hace alarde, es fácil presumir que esta obra ha de ser, en su género, una de las más útiles y mejor meditadas.

Dice el Sr. Fernandez y Gonzalez: "En el discurso de las edades históricas parecen aventajados entre las demás naciones, por lo que toca á las instituciones jurídicas, dos pueblos que ejercen poderosa y legítima influencia en la organizacion de la familia y de la sociedad humana: el de Israel y el de Roma. En éste, rodeada la ley desde el principio con la magestad de sus símbolos, el misterio de sus fórmulas y la autoridad de las interpretaciones, constituida en breve la funcion legislativa en institucion superior del Estado, mostrábase al sentido nacional como algo divino, á tenor de la mision tradicional *iura dare*, que, segun los poetas y los mitólogos, habian recibido Rómulo y Remo de sus celestiales progenitores. En aquél, recibida la ley fundamental del mismo Dios como expresion terminante de su voluntad y declaracion de los principios de la justicia divina, sus estatutos preexisten á la nacion que debia organizarse con arreglo á ellos, ofreciéndose como elemento informador de la vida del pueblo escogido; con un sello de perfeccion que presta á cada una de sus prescripciones una autoridad verdaderamente divina....

.....
.....
"Aun limitada la consideracion á la fecundidad é influencia de ambas legislaciones sobre los pueblos modernos, no puede fallarse la disputa á favor del romano porque, aparte de su condicion meramente humana, si son indisputables sus merecimientos é importancia en este punto, es por

otra parte óbvio y muy conocido el influjo de las instituciones del pueblo de Israel, ya en disposiciones, de que dan noticia las Pandectas de Justiniano, ya en el sistema jurídico del pueblo musulmán, influyente y poderosísimo en Oriente y Occidente durante la Edad Media, ya, en fin, en el derecho de la Iglesia católica, cuyos sagrados cánones informan parte no escasa del derecho recibido en las naciones modernas de Europa.

Acrécese aún dicha importancia, al considerar el campo vastísimo que ofrece á sus efectos la materia objeto de las prescripciones jurídicas, dado que la ley hebrea para los judíos, así como la eclesiástica para los fieles, y en particular para los clérigos, cual lo pretenden también los alfaquies de sus instituciones musulmanas, comprenden bajo el carácter de prescripciones de orden divino, una legislación comprensiva de lo civil, de lo moral y de lo estrictamente religioso; como quiera que el supremo legislador que todo lo averigua y en último término ha de juzgar todas las acciones, en lo que toca á legislar y sancionar no puede tener otra limitación que su voluntad divina, dado que manifestada ésta históricamente, pueda descomponerse en la parte de ejecución delegada á las potestades de la tierra, en dos elementos más ó menos deslindados, es á saber: el código religioso y el civil en lo general, y en lo que cumple al primero en los principios del código dogmático, por decirlo así, y en las reglas disciplinarias.

Hemos reproducido estos párrafos

para que se comprenda, siquiera sea de modo harto incompleto, la importancia del libro del Sr. Fernandez y Gonzalez. Ya hemos indicado que se trata de un trabajo de grande erudición y digno bajo todos conceptos de ser conocido por las personas ilustradas en estas materias. Ahora sólo nos resta felicitar al autor, del que nos ocuparemos nuevamente tan pronto como publique el segundo tomo de su obra.

* * *

Ernesto Lavisse.—*"Sully."*—
Un tomo de 192 páginas.—París.—
Precio, 1 franco.

Se trata de un estudio biográfico que recae sobre una de las individualidades más simpáticas y dignas de estudio de la Francia. Sully fué, sin duda alguna, el ministro más leal, y al propio tiempo más inteligente del reinado de Enrique IV el Grande, y así se explica la omnímoda confianza que en él depositaba su soberano.

Es preciso conocer el carácter del fundador de la dinastía de los Borbones en Francia, para comprender la utilidad, los buenos servicios que podía prestarle un carácter firme y enérgico como el de Sully.

¿Quién no conoce las grandezas y debilidades de Enrique IV?

Fué tan valiente como generoso y tan sencillo como impresionable. Tenía entre todos sus enemigos uno terrible, sobre el cual era tanto más difícil alcanzar una victoria cuanto más cerca de sí se encontraba. Su enemigo

existía dentro de su propia persona; era su amor invencible hácia las mujeres, que, como es sabido, puso más de una vez en peligro la paz del reino y la persona del monarca.

En todos los momentos críticos Enrique consultaba con Sully, y éste aconsejaba siempre al Rey lo que más le convenia. En otras ocasiones solicitaba el monarca cantidades para satisfacer los caprichos de sus mancebas, y Sully se negaba cuanto le era posible á dar cumplimiento á tales abusos.

Sin duda por esto, es notoria la antipatía con que miraban al ministro las favoritas de Enrique.

Los grandes servicios que Sully prestó á su pátria, son de todos conocidos y no necesitamos por lo mismo entrar en cierto género de pormenores, impropios de la índole de nuestro trabajo. A él se deben, más que á ningun otro, las reformas que dieron el bienestar material al pueblo de Enrique IV, quien mereció el sobrenombre de *Grande*. En el orden administrativo principalmente, se deben inmensos beneficios al talento de Sully, pues él fué el primero que ordenó y metodizó en Francia este género importantísimo de estudios.

La noble y simpática figura de este ilustre político adquiere mayores proporciones despues de haber leído la concienzuda biografía de Mr. Lavissee. Este no se limita, como es lógico, á satisfacer la curiosidad de sus lectores, apuntando datos y más datos, referentes á la vida y costumbres del susodicho personaje, sino que, aceptando un criterio más elevado, estudia

la significacion, la influencia de Sully sobre los trabajos rentísticos, el ejército, la agricultura, la industria, etc. El autor, á fin de hacer un trabajo completo, no sólo nos presenta á su héroe en medio de la agitacion de su vida pública, sino que tambien nos lo describe gozando de los honestos placeres de su retiro, hasta el momento de su muerte, que fué treinta y cinco años despues del asesinato del noble Rey, á quien tanto y tan lealmente amó siempre. Mr. Lavissee termina su interesante libro haciendo un juicio crítico, minucioso y detallado de Sully bajo todos los aspectos que comprende su interesante personalidad.

La obra está además ilustrada con grabados.

* * *

Hipólito Casas y Gomez de Andino.—*Retórica y Poética ó literatura preceptiva*.—Un tomo de 276 páginas.—Imprenta de Gaviria y Zapatero.—Valladolid.—Precio, 24 rs.

El Sr. Casas, catedrático por oposicion de esta asignatura en el Instituto provincial de Leon, ha logrado demostrar de nuevo su competencia, dando á la estampa un libro de texto, que nosotros consideramos digno de figurar entre los mejores de su índole.

Si bien se considera no es cosa fácil, y la experiencia viene en nuestro apoyo, hacer un buen plan de la asignatura de que nos ocupamos. Se trata de una materia cuyo concepto no aparece bien determinado, y si á esto se agrega la necesidad de que estos estu-

dios se aparten del sistema empírico que ántes imperaba, sin dejar por eso de aparecer bajo una forma sencilla y comprensible á la inteligencia de los alumnos de un instituto, se comprenderá mejor lo que acabamos de decir.

Por esta razon dice en su prólogo el Sr. Casas:

“La publicacion de un nuevo tratado de *Retórica y Poética* exige alguna explicacion por parte del autor, si quiera sea para dejar á salvo sus propósitos, superiores tal vez á sus fuerzas; pero que no se reducen ciertamente á añadir un libro más á los numerosos que sobre el mismo asunto se han publicado en los últimos años. Desde hace muchos, la asignatura de que tratamos reclamaba profundas reformas para librarse del método exageradamente empírico y del fárrago inútil de figuras impertinentes y reglas injustificadas, que debió á los encargados de su enseñanza durante la decadencia de nuestra literatura.

Casi por completo se vé ya realizado este trabajo, gracias á los distinguidos escritores que vienen cultivando estos estudios desde fines del siglo pasado, en que principia la restauracion del buen gusto, y muy especialmente á varios de los que lo han hecho en los últimos años.

Pero si en este punto puede considerarse resuelto el problema, ha surgido otro nuevo, cual es el de armonizar estos estudios con la sencillez que reclama en general la segunda enseñanza. A procurar por nuestra parte remedio á esta dificultad, responde la publicacion de este libro.”

El Sr. Casas puede estar satisfecho, toda vez que ha logrado el fin que se propuso. Su obra responde completamente á las necesidades de la asignatura, tal como debe entenderse en nuestro tiempo.

Entrando en otro orden de consideraciones, explica el autor los motivos en que se funda para titular su obra *Literatura preceptiva*, y, á decir verdad, son tan sólidas las razones en que se funda, que creemos oportuno detenernos á analizarlas, si quiera sea ligeramente.

Habla el autor:

“Nuestra asignatura se conoce históricamente con el nombre de *Retórica y Poética*, título que no responde al verdadero y acabado concepto de la misma.

“La palabra *Retórica* trae origen de la griega *rhetoriké*,—de *reho*, en latin *elocuo*, yo digo, yo hablo, sobrentendido *techne*, arte,—que significa *arte de hablar*. Ahora bien; segun el valor etimológico de la palabra, nuestra asignatura puede confundirse con la gramática, que tambien es arte de hablar, y limita nuestro estudio al conocimiento de la *oratoria*, excluyendo géneros importantes que en él tienen legítima cabida.

La voz *Poética*, que juntamente con la de *Retórica*, da nombre á esta enseñanza, indica solamente uno de los diferentes géneros que comprende el arte literario, el género *poético*.

Más propio seria titular nuestra enseñanza con el nombre de *Literatura preceptiva*, nombre que precisa y completa su verdadero contenido, segun

se desprende del concepto que vamos á exponer.

La *Literatura preceptiva* se refiere al arte literario, como lo indican las palabras *literatura* y *preceptiva*—preceptos que sirven para la formación de las composiciones literarias.

El arte, en uno de los sentidos bajo los cuales lo hemos considerado, aparece como una actividad especial, diferente de la ordinaria, ó sea como cierta habilidad para hacer alguna cosa con singulares condiciones. Las prescripciones que marcan al artista un hacer determinado para que sus obras realicen el fin que en ellas se propone, se llaman *reglas ó preceptos*.

Las artes todas comprenden una parte importantísima, formada por las reglas á las que el artista se somete para la ejecución de sus obras. El estudio de estas reglas constituye la preceptiva artística.

El conocimiento de la aplicación práctica de los principios del arte literario y el de los procedimientos conducentes al desempeño de este arte, forman la *Retórica y Poética*, que no debe confundirse con la gramática ni con la literatura.

Gramática es el arte de hablar con propiedad y de escribir correctamente. Será buen gramático el que conozca y aplique á la práctica las reglas de analogía, sintáxis, prosodia y ortografía. La *Literatura preceptiva*, que supone el conocimiento y la aplicación de las reglas gramaticales, como base y fundamento del lenguaje—elemento de forma de la obra literaria—es además un arte que tiene por objeto el

estudio de las reglas técnicas y prácticas del arte literario."

Bajo este punto de vista, los nombres de *Retórica y Poética*, aunque sancionados por el uso, no indican fielmente la índole del conocimiento que se trata de alcanzar; en tanto que, cuando decimos *Literatura preceptiva*, tenemos sintetizada la definición de este importante ramo del saber humano.

Para dar fin á nuestra tarea, sólo nos falta añadir que, sin desconocer las necesidades de una obra elemental, la del Sr. Casas no sólo reúne las condiciones propias de los mejores libros de su género, sino que puede decirse que en muy cortas páginas ha logrado condensar un excelente tratado de principios de literatura general.

Felicitemos, pues, al laborioso é inteligente catedrático del instituto de Leon.

*
* *

Marcelino Menendez Pelayo.—*Conferencias dadas en el Círculo de la Union Católica (Calderon y sus críticos).*—Imprenta de A. P. Du-brull.—Madrid.

Muy importante es el tema elegido por el Sr. Menendez Pelayo para sus conferencias en el Círculo de la Union Católica; pero actualmente el asunto tiene doble interés, en atención á las grandes solemnidades con que se proyecta conmemorar el centenario del gran poeta.

Nuestro carácter impresionable nos ha hecho, durante años enteros, per-

manecer indiferentes ante las más grandes concepciones del ilustre autor de *La vida es sueño*; hoy nuestro entusiasmo no tiene límites, y vamos á festejar con fiestas, carros triunfales y caballos empenachados la memoria del unas veces deprimido y otras ponderado D. Pedro Calderon de la Barca.

En este sentido no puede negarse la grande oportunidad con que el señor Menendez ha inaugurado sus conferencias en el Círculo de la Union Católica, ni la razon que le asiste al decir que ahora que vamos á oír todo género de elogios y ponderaciones sin análisis ni exámen, en montón y en forma de continuado panegírico, "es necesario fijar las ideas, aclarar el puesto que le pertenece en la historia del arte español, analizar un poco minuciosamente su teatro, discernir la paja del grano, poner en su punto la significacion del gran poeta dentro de su siglo y de su raza; en suma, no hacer de él un ídolo, un maniquí ó un fetiche, como desgraciadamente me temo que va á suceder, como ha pasado ya con Cervantes, hasta el punto de que veamos nacer una secta de calderonianos no ménos abominable é indigesta que la secta cervantista que anualmente apedrea al mismo ídolo que pretende incensar."

A juicio del jóven y erudito académico, para conocer lo que es Calderon conviene tener presente, ante todo, lo que son sus críticos.

Entre sus contemporáneos, Calderon logró un puesto que á nadie le fué dado alcanzar. "La multitud acudía en tropel á sus comedias; el Rey,

los magnates, las altas clases de la sociedad le aplaudian en coro; le comprendia hasta la ínfima plebe; sus discreteos eran gustados por todo el mundo; ni una voz se levantó á criticar su teatro; el triunfo de la escuela revolucionaria y española fué completo. Calderon dominó como soberano casi todo el siglo XVII, puesto que nacido en 1600, era ya aplaudido en 1620 á par de Lope y Montalvan, y poco ántes de morir, en 1680, aún componia autos sacramentales. Pocas vidas literarias ha habido tan largas, felices y bien aprovechadas."

Despues de su muerte, hubo quien lo censurase en nombre de algun principio moral. La crítica del siglo XVIII, la escuela galo-clásica atacó duramente las obras del gran poeta. Luzan en su *Poética* consagra un capítulo á hacer resaltar los defectos de éste, fijándose principalmente en sus dramas históricos, que juzga como un conjunto de absurdos y de anacronismos. En cuanto á las comedias de costumbres, las tacha de muchos defectos por su poca naturalidad y el abuso de hipérbolos, sutilezas y discreteos. Si bien muchas de las apreciaciones de Luzan son justas, no puede decirse otro tanto de sus amigos y discípulos Montiano, Nasarre y Velazquez, que dirigieron las más atroces invectivas contra Calderon, sin conocer como debian sus obras, dejándose llevar por el fanatismo y las prevenciones de su escuela. Los defensores del género clásico triunfaron durante algun tiempo, y el teatro de Calderon fué tan mal visto, que en tiempos de Cár-

los III llegaron á prohibirse los autos sacramentales en nombre de la religion y del buen gusto. Lo que primero se hizo en estas obras siguió practicándose con las comedias, pudiendo citarse como ejemplo la prohibicion que se ordenó en los últimos años del pasado siglo, por real decreto, de la representacion de *El Príncipe Constante*, de *La vida es sueño* y del *Gran Príncipe de Fez*.

Cosa es sabida y bien probada, que la reaccion es más fuerte, cuanto más violentas son las causas que la determinan, y por tanto se comprende sin gran esfuerzo, que pasando el dominio del gusto francés, se sintiese en los primeros treinta años de este siglo una reaccion enérgica contra él, venida, en primer término, de Alemania. "De ella,—dice el Sr. Menendez,—han nacido dos tendencias igualmente encomiásticas de Calderon. En primer término, la que se llama el *romanticismo alemán*, que ensalzó el catolicismo de la Edad Media, y que vió en las catedrales góticas, en la *Divina Comedia* de Dante, y en las tablas del Beato Angélico, el ideal del arte. Esa escuela puso sobre su cabeza á Calderon, le declaró superior á Shakespeare, y lo consideró como el artista más grande que habian visto las edades despues de Dante. Este primer período de la crítica calderoniana lo representan especialmente Guillermo y Federico Shlegel."

Despues añade el Sr. Menendez: "Esta fué la primera época; pero luego viene una especie de romanticismo trascendental, una evolucion de

la crítica traída por la escuela hegeliana, que se dió á buscar en el arte la *manifestacion de la idea*, dando poca importancia á todo lo que se referia á la forma pura."

.....
"Despues de esas críticas ha venido otra escuela que, dando á las obras de arte no más importancia que la de su valor histórico, y prescindiendo de toda nocion *a priori*, aprecia á Calderon dentro de su raza, de su escuela, de su civilizacion, ni más ni ménos que si se tratara de un poeta caribe ú hotentote. Los positivistas y los críticos de la escuela histórica consideran á Calderon, en la esfera de los hechos, como el poeta de la Inquisicion y de todas las ideas y preocupaciones del siglo XVII español, y desde ese punto de vista les parece grande y admirable artista."

En estos últimos tiempos se han hecho notables estudios. Schack consagra al insigne poeta un concienzudo análisis en la *Historia del Teatro Español*; pero es más notable todavía un libro publicado con tal objeto por Schmidt en 1867. En este importantísimo trabajo se estudian las producciones de Calderon acto por acto y escena por escena. Es, sin disputa, el mejor estudio analítico que se conoce en este sentido, pues supera á todos los extranjeros, y en España, forzoso es confesarlo, nos hemos limitado hasta el dia á comentarios y observaciones ligeras.

Antes del año 30 empezaron entre nosotros á ponerse de moda sus comedias de capa y espada, y entón-

ces se hicieron algunas colecciones de dichas obras. Posteriormente, la influencia ejercida por la revolucion romántica dió al nombre de Calderon mayor popularidad. Hízose entónces del autor de *La vida es sueño* el emblema, la personificacion de una escuela; pero sus partidarios se hicieron unos imitadores y otros panegiristas insaciables de sus cualidades. De suerte que en España se ha escrito muy poco de fundamento sobre Calderon, excepcion hecha del estudio de Pedroso sobre los *autos sacramentales*. Tambien el venerable Hartzenbusch coleccionó en cuatro tomos el teatro de Calderon, en la coleccion de autores españoles de Rivadeneyra.

Los Sres. Canalejas y Ayala han hecho asimismo estudios sobre Calderon en sus discursos de recepcion en la Academia, y algo tambien se ha

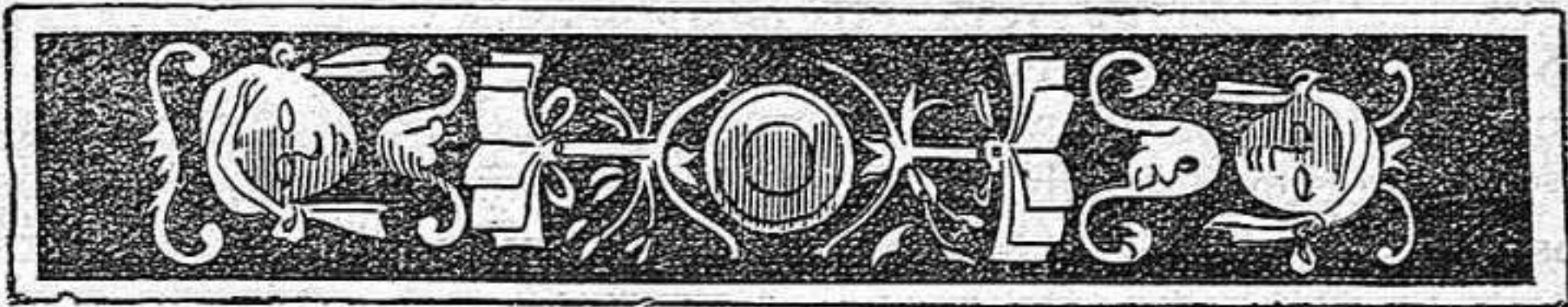
escrito en Francia en el mismo sentido, aunque sin profundidad ni gran detenimiento.

Es preciso estudiar á fondo la importancia de Calderon en nuestra literatura; y sin exageraciones que á nada conducen, ni cuando ensalzan, ni cuando deprimen, presentar su carácter y su inspiracion dramática en su verdadero terreno, para saber el lugar que de derecho le corresponde.

Esto es lo que se propone hacer el Sr. Menendez Pelayo, en las conferencias siguientes. Nosotros nos limitaremos á resumir sus ideas, con toda la exactitud posible y ciñéndonos casi al texto de su discurso. De los sucesivos daremos oportunamente cuenta á nuestros lectores en la misma forma que hoy lo hacemos.

H.





CRÓNICA POLITICA.

INTERIOR.

Los ejércitos se aprestan á la lucha; en los opuestos campos se observa el agitado movimiento que precede á la batalla; organizanse las huestes; desfúndanse las armas, suenan voces de mando y toques de llamada... La política sale del letargo en que yacia para inaugurar un período de encarnizada guerra entre los partidos y las personalidades. ¡Las elecciones! Siquiera sean las de ayuntamientos, traen consigo peligrosa cohorte de intrigas, cabildeos, excesos y atropellos, puestos á contribucion para alcanzar el anhelado triunfo.

Se ha dicho que el régimen representativo está falseado. Defensores de ese régimen, no podemos ménos de conocer su falseamiento. El espectáculo que ofrece el país, en los instantes en que el cuerpo electoral se dispone á ejercer sus derechos, es tan angustioso como significativo. Las corporaciones populares, á quienes se atribuye poderosa influencia en los fallos del sufragio, caen á merced de la arbitrariedad de los gobernadores, poco felices ciertamente en la eleccion de pretextos para destituir las ó suspenderlas. Quién obliga á los mandatarios del pueblo ó de la provincia á presentar sus dimisiones y se funda luego en este mismo hecho, realmente contrario á la ley, para proceder á su destitucion; quién promueve una desobediencia inevitable, para suspenderlos desde luego; gobernador ha habido que ha espiado el momento en que, ausentes de sus casas, no podian recibir la órden de presentacion inmediata que les comu-

nicaba para considerarse formalmente desacatado; quién, en fin, obliga á rendir cuentas de la administracion de los pósitos ayuntamientos que no los administran hace treinta años... Ni más ni menos que el portero de cierto museo, encargado de recoger los bastones á los concurrentes, tan celoso de su cargo, que al que no llevaba baston le exigia que fuera por él para recogerse... La verdad es que el asunto deberia tomarse á broma, si no resultaran comprometidos tantos y tan trascendentales intereses.

Pero el gobernador que descuella entre los que se han propuesto montar la máquina electoral en perjuicio de los conservadores, es el de cierta provincia del Mediodía, que, no pudiendo disponer de personal adicto á la situacion, ha nombrado diputados provinciales á enemigos declarados de la legalidad vigente. Tratóse de hacer una manifestacion de respeto á los poderes, y aquellos diputados, escogidos por el delegado del Gobierno, opusieron su voto al pretendido acto de lealtad al Soberano. El gobernador continúa, no obstante, en su puesto.

¿Qué extraño es que, en vista de tan repetidos escándalos, los partidos revolucionarios anuncien como seguro, próximo y facilísimo su triunfo, halagando la esperanza de que no encontrarán seria resistencia para derrocar el orden legal existente?

No tienen, en verdad, motivo alguno para quejarse del Gobierno, que tan cara paga su benevolencia, preparándoles el camino, proporcionándoles toda clase de armas y entregándoles indiscretamente las mejores posiciones y los más firmes baluartes de la monarquía. Apenas queda en las oficinas del Estado, en las diputaciones y en los ayuntamientos un sólo alfonsino de la víspera ó del dia siguiente; y si todavía hubiese alguno olvidado ó rezagado, no tardará en seguir la suerte de los demás, aunque se haga evolucionista y reniegue de su pasado, aspirando á restaurar la revolucion en nombre del Rey. Los gobernadores siguen en todas las provincias el mismo sistema, con más ó menos desenfado, lo cual prueba que obedecen á la misma consigna de perseguir ó anular á los alfonsinos, y que han recibido idénticas y precisas instrucciones en este sentido; de otro modo, el Gobierno al tener noticia de tantos desmanes, habria procurado templar *el celo* ó contener el furor ministerial de sus satélites.

Esas diputaciones provinciales arrojadas en masa; esos ayuntamientos disueltos sin motivo; ese sin número de cesantías injustificadas; ese hormiguero de delegados que pu-

lulan por los pueblos formando capciosos expedientes, son prueba palmaria de que el Gobierno que venia á dar la libertad al país, no atiende á otros fines que á satisfacer ambiciones particulares, á renovar heridas cicatrizadas, á imponer á los caidos la ley del más duro vencimiento, áun á riesgo de identificar con aquéllos el porvenir de altísimas representaciones, incompatibles con las tendencias dominantes.

La complicidad del Gobierno con los partidos avanzados destruye el fin y la garantía de la fusion dinástica, hasta el punto de dudarse si es el presente un período normal de la restauracion, ó una interinidad innominada, parecida á la de 1874.

La responsabilidad alcanza á todos los ministros; pero en primer término y más directamente al presidente del Consejo, al ministro de la Gobernacion y á los demás de procedencia constitucional, porque el constitucionalismo, en connivencia con los demócratas evolucionistas, es el que, imponiéndose á los fusionistas dinásticos y con el evidente objeto de anularlos, imprime carácter á la política actual, el que dirige por medio de los gobernadores y de los comités, de acuerdo con los *benévolo*s, las intrigas y maniobras electorales, y el que abusando del poder y faltando á la confianza del trono, conduce temerariamente el país por rumbos siniestros, con peligro manifiesto de arrastrarle de nuevo á abismos de perdicion. Hoy se ensañan con los conservadores liberales para hacerse dueños absolutos del poder y facilitar la ejecucion de sus previstas evoluciones; mañana, cuando hayan preparado el terreno para emanciparse de la tutela fusionista y se crean con fuerza para constituir un ministerio homogéneo, se quitarán la máscara, darán por terminada la fusion dinástica y se descartarán de campistas y centralistas, creyendo de este modo sojuzgar impunemente á la nacion.

El mismo Sr. Sagasta no ocultaba, ántes de ser llamado á los consejos de la Corona, que la fusion sólo podia existir como procedimiento para llegar al poder. Despues hay que recordar la suerte reservada siempre al elemento intermedio.

«Yo, decia el Sr. Sagasta en la sesion del 14 de Mayo de 1880, yo tenia la seguridad de que el partido constitucional, por su historia, por su fuerza y por sus principios, era bastante *por sí sólo* para ejercer el poder y entrar en el llamado turno pacífico de los partidos; pero se estrellaba ante *las sombras y las dudas* que contra él se habian levantado, y como era muy general el deseo de ir á una fusion de los elementos

más liberales de la situación, yo no quise contraer con mi partido y con mi patria la responsabilidad de que por *haberme opuesto*, tal vez no se hubiera realizado la fusión y no hubieran triunfado mis ideas. Por eso *ahogué mis creencias y acepté* la idea de la fusión, que es un hecho.»

Gran enseñanza se desprende hoy de estas palabras del Sr. Sagasta. Tenía *la seguridad* de que el partido constitucional sólo era bastante para ejercer el poder; pero existían contra él *sombras y dudas* que ha sido preciso *cubrir* con la égida centralista, especie de *fiador* de los antiguos progresistas; y el Sr. Sagasta, que se *hubiera opuesto* á la fusión, *ahogó* sus creencias, y la *aceptó* á su pesar, en gracia del éxito que así se le comprometía. He ahí la explicación sencilla de lo que ahora acontece; del conflicto que en el seno del Gabinete produce cualquiera cuestión, dados los diferentes criterios que para resolverla se suscitan. Y es que, en política como en química, hay cuerpos que se mezclan, pero cuyas moléculas no entran en combinación jamás.

No se concibe una agrupación política, sin que los individuos que la forman acepten determinados principios como norma de conducta en el Gobierno. Esto es lo que se llama credo del partido. Faltando ese centro de unidad, ese ideal que simboliza las aspiraciones de todos los que siguen una misma bandera, no es posible que un partido pueda llevar á cabo ninguna de las grandes empresas que son siempre resultado de un sólo plan. Por eso la fusión tropieza en su camino con obstáculos que pueden llegar á ser insuperables.

*
* *

¿Es el Gobierno amigo del libre-cambio ó partidario de la protección? Los actos de sus más caracterizados individuos, las declaraciones de sus órganos en la prensa, no permiten abrigar duda alguna sobre este extremo. El Gobierno es libre-cambista. El Sr. Sagasta pertenece á la sociedad que pretende la abolición de los aranceles; el Sr. Albareda ha manifestado públicamente convicciones inspiradas en el mismo espíritu; el Sr. Leon y Castillo no las ha ocultado en el Congreso; el Sr. Camacho, en fin, las proclama sin rebozo, haciendo de ellas oficial ostentación. Representante de los intereses proteccionistas el Sr. Balaguer, hállese, pues, enfrente de sus amigos políticos en una cuestión que entraña indisputable trascendencia. Falta de unidad de pensamiento, en éste como en otros puntos, no puede sorprender á nadie que en el seno de la fusión surjan perturbadoras disiden-

cias como la que hoy separa, por tal causa, á los Sres. Camacho y Balaguer. Se trata de doctrinas que no admiten especiosas componendas: proteccionismo ó libre-cambio. Si lo primero, perderá la situacion elementos importantes. Si lo segundo, relajarán su disciplina el Sr. Balaguer y las provincias catalanas.

El conflicto resulta inminente de todos modos. Y fuerza es convenir en que los catalanes no han de conjurarlo.

Los libre-cambistas pretenden del Gobierno el restablecimiento de la base 5.^a de la reforma arancelaria, suspendida en 1875; los proteccionistas reclaman que esta suspension se convierta en derogacion definitiva. Recordemos los trámites por que ha pasado el asunto.

En Noviembre de 1874 acudió al Gobierno la sociedad de Fomento de la produccion nacional, la misma que ha dirigido estos dias el *meeting* de Barcelona, pidiéndole la supresion de la reforma arancelaria y la denuncia de ciertos tratados de comercio. La junta de jefes del ministerio de Hacienda declaró que no procedia acceder á la solicitud, y que pasase á la junta de aranceles. Nombrada allí la ponencia, ésta informó en igual sentido que la junta de jefes. Estando así las cosas, hubo cambio de director del ramo, y el nuevo dirigió al ministro una comunicacion diciéndole que la junta de aranceles no podia tomar en cuenta el dictámen de la ponencia porque se basaba en cálculos exagerados, y que en su consecuencia proponia la suspension. El ministro de Hacienda acordó poner el asunto en conocimiento del de Estado, por lo que hacia referencia á los tratados de comercio. Pasó despues el expediente al Consejo de Estado. La seccion de Hacienda de este alto Cuerpo consideró grave la pretension, y pidió antecedentes. Oido, despues de suministrados éstos, el Consejo en pleno, dijo, como la seccion, que el asunto era grave, y que en todo caso, el Gobierno debia resolver por sí. Hé aquí la resolucion ministerial:

«En vista de lo dicho por las potencias, y queriendo dar una prueba de amistad y leal correspondencia á las citadas naciones, S. M. ha dispuesto que si se lleva á cabo el aplazamiento de la reforma arancelaria, permanezca en suspenso el derecho de denuncia de los tratados hasta que el referido aplazamiento termine, para lo cual fijará el Consejo de ministros un período que no exceda de dos años, empezando á correr desde que concluya la guerra civil que hoy aflige á la nacion española, y sin perjuicio de lo que en la materia resuelvan las Córtes, á las que se dará cuenta de las medidas adoptadas.»

Esta disposición recayó en 11 de Mayo de 1875, y por decreto de 12 de Junio siguiente, se acordó la suspensión de la reforma arancelaria, de una manera indefinida.

Cataluña teme que se levante esta suspensión, y no se da punto de reposo para contrarrestar el peligro.

El *Instituto del Fomento del trabajo nacional* ha acordado la celebración de tres *meetings*. Uno consagrado á la cuestión general arancelaria representada por la base 5.^a del arancel vigente; otro á la cuestión lanera; y otro á la naviera. El *Fomento de la producción española*, proyecta una gran manifestación popular precedida de cuatro ó cinco *meetings*, que se celebrarán simultáneamente en Gracia, pueblo inmediato á Barcelona, y donde habitan millares de obreros, y en otras regiones agrícolas y fabriles, prepáranse igualmente distintas manifestaciones en favor de la protección.

En cambio, la Asociación de Agricultores del partido de Manresa y los productores y comerciantes de vinos de aquella comarca, han dirigido al Gobierno una exposición importante, no sólo por lo que en ella se pide, sino por lo que significa.

Los agricultores recuerdan al Gobierno que en Junio del pasado año se aprobó por el Parlamento de la Gran Bretaña una tarifa de derechos para la importación de vinos, que si no tan beneficiosa á nuestros productores como fuera de desear, era sin embargo lo bastante para que los vinos españoles pudieran tener fácil salida en el mercado inglés.

Dicha tarifa no se pondrá en práctica en tanto que el Gabinete británico no lo considere oportuno, y es más seguro que se aplicaría esta tarifa á los caldos españoles si no fuesen tan crecidos los derechos que España impone á las manufacturas inglesas.

La rebaja de nuestros aranceles aduaneros significa la desaparición de la escala alcohólica, que tanto daña á la principal riqueza del país; significa, además, encontrar, no sólo un cambio ventajoso de comprador, sino un mercado cada vez mayor, pues el pueblo inglés consumiría más vino si éste fuese más barato.

«No se nos oculta, añaden los agricultores de Manresa, la mucha y pertinaz resistencia que van á presentar ciertos intereses á los cuales los Gobiernos todos, sin distinción de clases ni matices, han concedido privilegios y preferencias. Por muy respetables que estos intereses sean, no debe, sin embargo, hacerse eco el Gobierno de los ayes y lamentaciones infundadas que evocan al tratarse de cualquier modi-

ficacion arancelaria. Tenga en cuenta el Gobierno que la industria vinícola es la más importante y más extensa dentro del suelo de nuestra querida patria; es preciso redimirla del yugo á que ha estado sujeta por espacio de tantos años; derecho tiene á ello cuando tantos y tantos quebrantos ha sufrido.»

Hasta ahora nuestra exportacion á Inglaterra no tiene importancia. El comercio francés compra nuestros caldos para colorar y dar fuerza alcohólica á sus vinos, y como lo crecido de estas compras obedece á la situacion de Francia, es una locura dejar expuesta nuestra riqueza á las contingencias que sufra la nacion vecina. Procure el Gobierno tratar con Inglaterra, con los Estados-Unidos y con las naciones del Norte de Europa, con Venezuela, ántes mercado excelente, y el bienestar y la riqueza serian fruto mediano de estas medidas; «no necesitamos, dicen los exponentes, allegar más datos que los que la Asociacion para la reforma de los aranceles tiene publicados.»

«Pero tenga presente el Gobierno, añaden, que para establecer una vigorosa y enérgica corriente de exportacion, es preciso otra de importacion, por lo que, para facilitar la salida á nuestros vinos, es indispensable recibir en cambio otros productos preparados por sus compradores, para lo cual estorban las dificultades combinadas del arancel y de las ordenanzas de aduanas.»

Los viticultores de Manresa concluyen suplicando al Gobierno que prosiga las negociaciones con el de la Gran Bretaña, á fin de obtener para nuestros caldos la mayor suma de ventajas posibles en dicho proyecto de tratado: que rebaje las actuales tarifas de aduanas segun el más sano criterio económico, prestando así á la propiedad territorial y á la industria vinícola de España el apoyo y proteccion que de consuno reclaman su importancia y sus necesidades.

El asunto, como se vé, tiene infinidad de aspectos, todos árdulos. Uno de los argumentos más socorridos que, para abordarlo, alegan los libre-cambistas, es el ejemplo de Inglaterra. ¿Pero puede aceptarse como decisivo? Sir Roberto Peel decia lo siguiente para manifestar que no se perjudicaba con la reforma á la industria del país, y para tranquilizar á los que pudieran creer lo contrario: «Somos los más fuertes, tenemos la maquinaria más perfecta y más barata, los mayores capitales, muchísimo más barato el carbon de piedra, nuestros operarios son veteranos, y por consiguiente más diestros. Con tales elementos de fuerza y de poder, si vienen los extranjeros á hacer la guerra dentro de nuestra casa, les

abriremos las puertas y con ellas su sepultura.» Esto decía aquel gran ministro para explicar la reforma. ¿Nos encontramos nosotros en el mismo caso? ¿Nuestra agricultura y nuestra industria están hoy en situación de poder competir ventajosamente con la agricultura y la industria extranjera?

Dígase lo que se quiera en contrario, no es lícito desconocer que la agricultura y la industria españolas, no por culpa suya, sino por causa de las circunstancias, de las guerras intestinas, de las crecidas contribuciones que sobre las mismas pesan, de la carestía de las primeras materias, distan mucho de encontrarse en las condiciones necesarias para poder producir con igual baratura que Inglaterra, Francia ó Alemania.

*
* *

Pero si los fusionistas no están bien avenidos, justo es reconocer que del mismo mal adolecen los demás bandos políticos. Los moderados, aquellos exíguos restos anacrónicos de un partido que murió, al derrumbarse con él la monarquía de doña Isabel II, pretenden en vano resucitar enterradas glorias, como si no constituyeran éstas un pasado infranqueable para los mismos que hoy se arrojan su representación legítima. Los sucesos que han agitado la historia de España en los tres últimos lustros, no han grabado en vano su huella perturbadora en el organismo de las antiguas parcialidades. Desaparecieron los progresistas y desaparecieron los moderados, á impulso de las circunstancias. Cumplida la misión de aquellos partidos, podrá invocarse su abolengo, pero no reproducirse sus tradiciones.

En la actualidad es abrumador el número de partidos que existen en España; estudiados detenidamente, analizando el sistema que proclama cada uno, échase de ver, sin embargo, que no siempre, á pesar de los distintos nombres que llevan, hay diferencia esencial en sus ideas. Los varios matices que existen dentro del partido conservador, del liberal-dinástico y del demócrata, disienten, es cierto, en cuestiones de procedimiento y de conducta; pero observando de cerca el fenómeno, salta á los ojos que no separan tanto á los hombres de aquellos partidos obstáculos doctrinales, como intereses de personas.

Sin ese personalismo, ¿se explicaría el fraccionamiento de los demócratas en tantos grupos? ¿Dónde está el abismo que separa al dirigido por el Sr. Carvajal del que acaudilla el señor Castelar? Ni ¿en qué principios fundamentales disiente

éste de los amigos del Sr. Martos? Lo propio puede decirse de la disidencia conservadora que representan los moderados históricos respecto del Sr. Cánovas y los antagonismos y recelos que median entre centralistas y constitucionales, motivo al presente de no escasos disgustos para el Ministerio.

La última reunion celebrada por el grupo moderado-histórico, tuvo por objeto dar cuenta de un manifiesto que no ha llegado á ver la luz pública. Como de costumbre, hubo empeñadas discusiones acerca del credo del partido. Unos quieren que se acepte la Constitucion del 76 y su art. 11, relativo á la tolerancia religiosa, á condicion de interpretarlo en el sentido de las ideas y principios más restractivos, del mismo modo que el Sr. Sagasta ha ofrecido hacerlo, inspirándose en el sentido liberal de su programa. Otros definden en la cuestion religiosa la unidad católica; en la política, la Constitucion del 45.

Segun se ha dicho gráficamente, los primeros atacan la legalidad establecida; los segundos la respetan. Estos son los que han impuesto su criterio á los históricos.

Los posibilistas, más unidos, quizás porque son todavía ménos en número, han publicado su manifiesto electoral. Es un documento extenso, vago, abundante en perífrasis y descripciones. Encarece la bondad de las luchas electorales; señala el límite donde acaban los respectivos poderes públicos, y sostiene la autonomía municipal y provincial sin mengua ni perjuicio del Estado; propone como escuelas prácticas de administracion y de derecho, el municipio y el jurado, y propaga la necesidad de mejorar la vida municipal, completamente viciada por el caciquismo y los caciques. Copiamos con gusto el magistral bosquejo que de éstos hace:

«El cacique, nombre bien propio, pues las sociedades antiguas, que decaen, suelen volver á la barbarie primitiva, como la vejez, que chochea, vuelve á la infancia; el cacique, para quien la política vale como el pabellon al pirata, y que así la cambia de color abajo, segun arriba cambian la fortuna y la victoria; el cacique convierte los municipios en feudos suyos, y los alcaldes, síndicos y regidores en mesnadas, las cuales entran á saco en los derechos de los ciudadanos y en los intereses del comun, mandando por autoridad de conquista y estableciendo calamitoso merodeo, digno de conquistadores. Bajo tal arbitrariedad, imposible esperar que los cupos de contribucion se repartan con arreglo á los haberes de cada cual, cae la cuota mayor sobre el vencido; que las listas electorales se redacten ajustadas á las leyes, el ad-

versario queda proscrito; que las aguas de las acequias alcancen á todas las plantas y la seguridad rural á todas las propiedades, quien no manda, ni riega ni cosecha; que la escuela esté atendida y los maestros pagados, el tirano de vara teme tanto la luz, como el tirano de sable ó cetro; que las elecciones se verifiquen siquiera, no hay eleccion alguna en la mayor parte de los pueblos de España, ni mesas, ni censos, ni libros; se amenaza de muerte al elector independiente, y se vuelca el puchero sobre la candidatura convenida con el gobierno de provincia, quien suspende ó acelera los expedientes, segun las necesidades políticas, y abre ó cierra las puertas de los presidios á los concejales, segun las complacencias prestadas; todo lo cual nos condena horriblemente á tener del régimen parlamentario las apariencias aparatosas y vacías, pero no la saludable y vivificante realidad.»

¿Quién que viva en España no ha de señalar múltiples originales de exacto parecido á este retrato? Describe gallardamente lo que debe ser un republicano, y dice:

«Quien se llama republicano debe ser de los derechos propios solícito, y de los agenos respetuoso; partidario de que las mayorías gobiernen con autoridad, y las minorías protesten en paz; obediente á las leyes promulgadas y deseoso de mejorarlas, en cuanto tengan de defectuosas, por los medios legítimos; puro en la administracion de los intereses populares; ingénuo en el reconocimiento de la libertad electoral; amigo de la escuela que esclarece á las jóvenes generaciones, y del maestro que ejerce un alto sacerdocio; cumplidor de la igualdad con que han de repartirse las cargas públicas y realizarse las obligaciones municipales; amante de que la patria restricta llamada pueblo, villa, ciudad, brille y progrese, para que de la suma de todas estas primeras entidades resulte luego respetada y libre nuestra gran patria, por la cual y para la cual somos y vivimos, cuyo amor toma en los corazones enteros el carácter de religioso culto, y en cuyas aras no ofreceremos holocausto mejor que el estricto cumplimiento de nuestros primordiales deberes.»

Haciendo un paralelo entre la insurreccion cantonal, tan fugaz, y la guerra carlista, tan duradera, se expresa en los siguientes términos:

«La democracia, partido de idea más que de fuerza, partido de opinion más que de combate, partido de ciudadanos más que de guerrilleros, teniendo á su arbitrio las plazas inexpugnables, los arsenales provistos, las escuadras numerosas, una parte del ejército, y toda la tierra comprendida desde Córdoba hasta Cádiz y desde Cádiz hasta Valencia,

enfrente del Gobierno central sin medios y sin recursos, desvaneciase al menor soplo, como una función de fuegos artificiales; mientras los verdaderos revolucionarios de acción aquí en España, los insurrectos á prueba, los condenados por su desesperación á las sublevaciones permanentes, los carlistas, organizaban huestes de tal pujanza y tenacidad, que contrariadas por la fuerza más viva de las sociedades modernas, por el espíritu de este siglo, mantenían una formidable lucha, para cuyo contraste y término necesitamos 300.000 hombres, 4.000.000.000, cinco años y la inmola-ción de nuestras libertades en aras de la guerra, la cual, por su naturaleza intrínseca, es un despotismo contra otro despotismo, como sometida necesariamente á la sinrazón y á la violencia.»

Afirman los posibilistas que deben sustituirse las revoluciones violentas por las evoluciones prósperas. Defienden todos los principios democráticos, templados por un Estado fuerte y un Gobierno respetado. Declaran que las tres bases de la doctrina democrática son: el sufragio universal, la instrucción universal y el servicio militar universal, que no pueden extenderse por el Estado republicano, si no auxilian los ayuntamientos republicanos también. Y terminan anunciando que concluirá todo el partido por proclamar la república progresiva y gubernamental á un tiempo, y por huir de los motines añejos y de los golpes de Estado antiguos, igualmente dañosos á la libertad y á la patria.

«Combatid las utopías, dicen á sus amigos; pero reconoced que la virtud creadora de todos los poderes, se halla en la nación, única soberana; respetad la Iglesia y atended á su vida, pero sin olvidar la libertad de todos los cultos, la asociación para todas las creencias, la interior autonomía de la universidad y de la escuela, el origen y el carácter civil de la familia; reivindicad el sufragio universal, en triste hora perdido, pero compensándolo con el servicio militar obligatorio, de cuyo cumplimiento ningún español debe exentarse; elegid el Jurado, también proscrito por la reacción triunfante, y también necesario á la vida moderna, pero justificadlo y merecedlo por vuestro culto religioso á la impersonalidad de las leyes; ejerced todos los derechos naturales que honran y enaltecen á nuestra especie, pero constituidos en agentes voluntarios del orden general y en jueces y ministros de la paz pública; cooperad al progreso, pero sin olvidar que no podeis suprimir ni un punto del espacio, ni un minuto del tiempo, ni una idea de la serie, ni un término de la evolución á que obedecen todos los seres en la sociedad como en el universo; y de esta

suerte, á pesar de que parecian perdidas para siempre en las últimas catástrofes, restaurareis por el mandato de la voluntad y de la conciencia nacional, legalmente manifestadas primero en los comicios populares y luego en los Cuerpos colegisladores, la libertad, la democracia y la república.»

Esto es: sed demócratas, pero sed ángeles.

Desengañense el Sr. Castelar y sus amigos los demás firmantes del manifiesto: la democracia española toma hoy por punto de partida el término que tuvo en la madrugada de 3 de Enero de 1874, y por más que haya muchos desengañados, enlazará el primer día de su dominacion con el último de la que ejerció en 1873, y se dejará llevar por el sentimiento, por el corazon que representan las masas, y no por la idea, por la inteligencia que simbolizan los firmantes del manifiesto y sus amigos.

¿No tuvieron en 1873 las mismas ideas, los mismos propósitos, el mismo presentimiento y además la convicción íntima de lo que habria de suceder si llegaban á predominar ciertos principios, disolventes de toda nacionalidad y de todo orden social? ¿No se vió, sin embargo, obligado el mismo señor Castelar á redactar un proyecto de Constitucion cantonal, áun cuando desde luego habria de comprender cuáles serian sus consecuencias? ¿No repara en que, á pesar de todo, hoy se proclaman los mismos principios que en Julio de 1873, y se trata de reproducir lo que entónces se hizo, y de reproducirlo en mayores y más desastrosas proporciones?

La democracia es otra cosa que lo que asegura el Sr. Castelar; las masas que se trata de remover no piensan como el directorio ni se proponen hacer lo que en el manifiesto se les aconseja; para no cambiar de estado social, poco les importa un cambio político; no es para ellas asunto de vital interés derribar un trono para establecer una silla curul donde se siente un presidente perpétuo; les importa muy poco que continúe una dinastía, si al desaparecer ha de ser sustituida por otra que no sea de sangre real; no quieren renunciar á una tradicion para dar principio á otra.

Les entusiasman poco los derechos políticos, si no han de ganar en goces sociales. Hace noventa años lo decia Babeuff: «La idea no reposará hasta que descansa en la igualdad de goces.»

*
* *

Entre tanto las demás fracciones democráticas prosiguen su campaña, y mientras el Sr. Pí y Margall declara indispensable el pacto como base de la doctrina republicana, el señor

Figueras prescinde de tan peregrina base, obteniendo todos concurso y aplauso... alrededor de una mesa ó en la sala de un teatro. Los que se disponen á la lucha electoral más unidos y compactos, son los liberales conservadores. El señor Cánovas del Castillo mantiene con mano firme la disciplina de su partido, el que con mejor derecho puede confesar de dónde viene y declarar á dónde vá.

Por de pronto, sus representantes en el Parlamento acudirán á las Cámaras, si el Gobierno, inspirándose en el interés de la patria, en la Constitución que ha jurado obedecer y cumplir, y en su propio deber, reuniera las Cortes actuales para obtener de ellas los recursos y las fuerzas de mar y tierra que sean necesarias para cubrir las atenciones perentorias del Estado. La mayoría conservadora-liberal acudirá al llamamiento y votará esos recursos, sin dejar de ser oposicion, que para hacerla resuelta y vigorosa no es preciso apelar á retraimientos, ni producir escándalos, ni formar coaliciones nefandas, ni negar al Gabinete medios de gobernar.

Lo que no harán los conservadores, porque realmente lo veda el respeto á la Constitución, el prestigio de las Cortes y la propia dignidad, es contribuir como representantes del país á una mistificación del precepto constitucional que ordena que «todos los años se presente á las Cortes el presupuesto general de gastos;» obligación que implica la necesidad de discutirle y votarle, si es posible. Fuera anticonstitucional, abusivo y ridículo presentarle ó leerle en la misma sesion en que se diese cuenta del decreto de clausura de las Cortes. Cerca de seis meses ha tenido el Gobierno, desde el 8 de Febrero hasta terminar el año económico, para disolver las Cortes, convocar otras nuevas y presentar, discutir y votar en ella los presupuestos. Con ménos tiempo lo hizo hace dos años el Gabinete presidido por el general Martinez Campos. ¿Por qué ha de exigir ahora que las actuales se avengan á la farsa de legalidad con que les brinda para salvar el próximo ejercicio?

Prometi6 el Gobierno cumplir las leyes, y será doble su responsabilidad si no las cumple leal y extrictamente.

«En lo que es menester más recato de la lengua y de la pluma, dice Saavedra Fajardo, es en las promesas; no pudiendo satisfacer á ellas, se pierde el crédito y se ganan enemigos y fuera mejor haberlas excusado.»

Verdaderamente admiten más disculpa los atropellos del conquistador, que los desafueros del juez.

*
* *

La muerte del sultan de Joló ha ocasionado una insurreccion de los joloanos contra nuestros legítimos derechos en aquel territorio. La principal cuestion que ha promovido la guerra en aquellos Estados consiste en que algunos de los señores de los mismos Estados (llamados Datos) no estaban conformes con el protectorado de España, en tanto que otros desean que este protectorado sea más eficaz.

Por el tratado de 22 de Junio de 1878, que suscribió el general Moriones, se declaró indiscutible la soberanía de España en todo el archipiélago de Joló y sus dependencias, constituyéndose el sultan súbdito leal de S. M. el Rey don Alfonso XII y de sus sucesores en el poder. En cambio, el Gobierno español concede á dicho soberano un sueldo de 2.400 pesos; 700 pesos para el heredero de la sultanía, Batto Barandin, y 600 pesos á cada uno de sus consejeros. España tiene el derecho de ocupar los puntos que le convenga en el archipiélago de Joló y sus dependencias, respetando las familias y propiedades, y Joló y sus dependencias arbolan la bandera española en sus pueblos y embarcaciones.

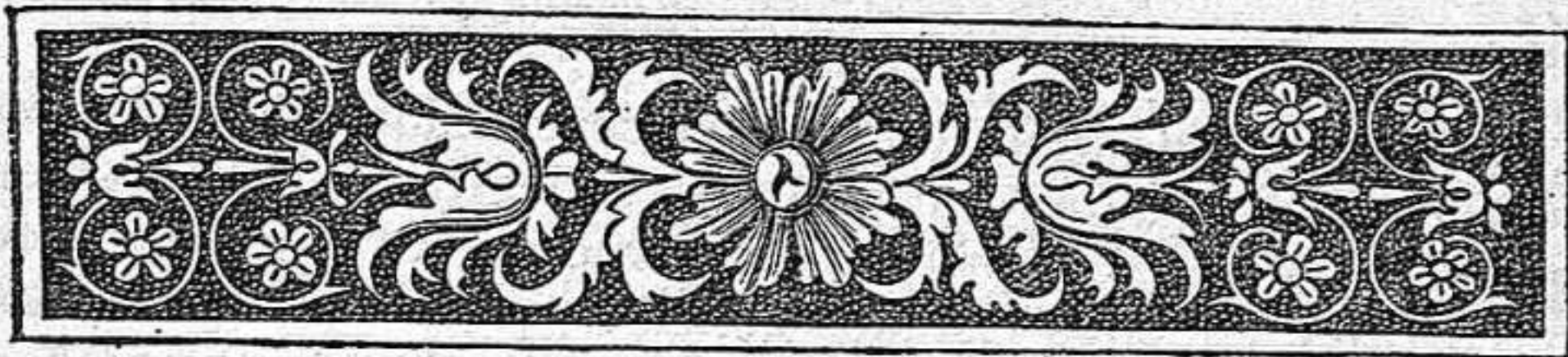
La eleccion de nuevo sultan ha conjurado todo peligro de conflicto en el archipiélago. El elegido es el primogénito del sultan difunto, y éste se vió en más de una ocasion asediado para que tomara una actitud resuelta con respecto á España, por los dos partidos que allí existen; uno favorable á nuestra soberanía, y el otro contrario. Al frente del primero se encontraban la sultana viuda y el primogénito, hoy elegido y proclamado sultan, y este fué el partido que triunfó y ha venido dominando hasta el punto de firmarse por su influencia los tratados de sumision y acatamiento que actualmente rigen.

*
* *

Una cuestion que puede tener graves consecuencias.

La opinion de los consejeros de instruccion pública se halla dividida en punto á la validez académica de los estudios cursados por las mujeres. Mientras unos creen que no deben dedicarse sino á las ocupaciones propias de su sexo en el hogar doméstico, otros juzgan conveniente que para vivir con independencia, se les conceda el derecho de ejercer las mismas profesiones á que los hombres se dedican, ó al menos algunas de ellas. Una insigne escritora quejábase hace años de que la mujer no puede aspirar en España más que al desempeño de dos cargos públicos: á ser reina ó estanquera. Olvidaba que, como dijo Catalina, la *carrera de madres de familia* es más larga, más costosa y más difícil que todas las carreras del Estado.

R.



REVISTA EXTRANJERA.



RECIA.—La cuestión griega parece por ahora terminada ó por lo ménos aplazada. Si no ocurre algo que la provoque de nuevo, por esta parte es muy posible que podamos disfrutar de alguna tranquilidad. No será mucha, porque atravesamos tiempos bastante belicosos; pero, como un día de vida es vida, al fin del mal el ménos. ¿Quién sabe si el mismo temor á tantas guerras probables nos hará llegar á una paz inesperada?

El Gobierno griego, despues de muchas y notables vacilaciones, ha concluido por aceptar en todas sus partes el acuerdo de las potencias. Primero manifestó que estaba decidido á sostener, áun sin Europa, lo acordado en Berlin. Esto llevaba consigo una guerra entre Turquía, que todavía es poderosa, y Grecia, que, además de ser débil, quedaria enteramente aislada. Fácil era comprender que si Grecia se mostraba dispuesta á pelear por sí sola, esto no era ni podia ser más que una estratagema, encaminada á ver si era posible que gritando más, para que callase, se le negaba ménos. Grecia sabia y sabe que su fuerza está toda en su debilidad y en sus lamentos.

Al ver el Gobierno helénico que la diplomacia se mantenía firme, empezó á ceder; pero poco á poco y no sin mostrar grandísima repugnancia. Habló de crisis, amenazó con una revolucion, recordó los sacrificios hechos, ponderó bastante sus fuerzas y hasta aparentó que le era poco ménos que imposible el comprimir las llamas patrióticas que el entusiasmo popular levantaba en todas partes. Esto, que con razon se ha calificado de cómico, no logró más que hacer reir.

Por último, los ministros atenienses, obligados á contener

sus bríos, como violentándose para hacer un gran sacrificio, se atrevieron á declarar:

1.º Que consentian en no tomar, por ahora, la ciudad de Janina y los demás territorios que deseaban y no estaban comprendidos en el nuevo trazado de Constantinopla.

2.º Que tomarian lo que se les daba, considerándolo, no como una gracia, sino cual una *restitucion*.

3.º Que para esto, Europa se habia de comprometer á ejecutar por sí el tratado, haciendo que Turquía cediese al instante el territorio concedido á Grecia.

4.º Que los griegos, al apoderarse al momento de este territorio, no se comprometian á mantenerse en paz, y quedaban en libertad completa para continuar agitándose hasta llegar al término de sus deseos.

Todo esto queria decir que Grecia no respetaba la conferencia sino en la parte favorable. Turquía y las demás potencias tenian, pues, razon sobrada para hablar alto, como han hablado, al Gobierno de Atenas, manifestándole que los tratados obligan á las dos partes; que la cuestion es seria, y que Europa, que desea la paz, se va ya cansando.

Gracias á este lenguaje, Grecia ha cedido por completo, y está ó estará pronto reduciendo su ejército. Además, se guardará bien, segun se dice, de continuar protegiendo y dirigiendo á los insurrectos de la Albania. Segun las últimas noticias, por esta vez, el arreglo ó aplazamiento es formal y no de mera fórmula.

Todavía no ha hecho Turquía la cesion territorial; pero, aunque le sea doloroso el sacrificio, ve que lo debe hacer y lo hará. Solo pudiera verse libre de hacerlo en el caso de que Grecia, ó no cumpliese fielmente lo pactado, ó siguiera favoreciendo á los insurrectos, ó se negase á desarmar, ó intentase intervenir de algun modo en la cuestion africana.

Europa ha tenido empeño en que Grecia vea que nada debe á Francia, y que, si recibe nuevos y considerables territorios, es sólo porque las grandes potencias respetan los compromisos contraidos por la Gran Bretaña. En 1878, los griegos parecian dispuestos á tomar parte activa en la guerra turco-rusa; y la Gran Bretaña, que entónces defendia á Turquía, los contuvo, prometiéndoles que, al hacerse la paz, recibirian la recompensa ó la satisfaccion de sus aspiraciones. De modo que los griegos quedan profundamente convencidos de que, si se ensanchan sus fronteras, no es porque pactaron con Gambetta, sino á pesar de este pacto y sólo por respeto á Inglaterra. El Gobierno griego ha podido ver y ha visto que en la conferencia de Constantinopla, Francia no ha tenido iniciativa, ni ha podido ejercer influencia preponderante.

Rusia.—A ser cierto lo que dicen los periódicos y telegramas de París, sería preciso convenir en que Rusia está más que sobre un volcan. Para no citar más que un periódico, *Le Voltaire*, todo de Gambetta, ha publicado una carta, en la cual, el imperio moscovita aparece ardiendo por todos sus cuatro costados. Por fortuna, se sabe que estos periódicos pintan como quieren, y no se ignora que en lo que dicen hay que rebajar por lo ménos las nueve décimas partes.

Sin embargo, aún despues de hecha esta reduccion, todavía quedan no pocos males que temer. Rusia atraviesa una gran crisis, provocada, más que por los nihilistas, por el conflicto en que se encuentran la parte ilustrada de su población, que es la ménos numerosa, y la parte no ilustrada, que es el mayor número, por no decir la inmensa mayoría.

La parte ilustrada, poco numerosa, pero influyente en el Gobierno, quiere y pide reformas y acaso no deje de obtenerlas. La parte no ilustrada, la casi totalidad, confunde las reformas con el nihilismo, y se obstina cada vez más en rechazar la política accidental para continuar viviendo como se vive en Oriente.

¿A cuál de estos partidos se inclina el Emperador?

¿Al reformista? Se dirá que por temor al nihilismo, se une á los pocos, no seguros, contra los muchos, que le serian fieles hasta la muerte. No se puede olvidar que lo que se llama la *civilizacion* ó la política de Occidente es muy impopular en Rusia. El Czar no podria aceptar las instituciones políticas, que preponderan en Europa, sin disgustar profundamente á la casi totalidad de sus súbditos. Son muchos, muchísimos los rusos que creen que no debe llevarse á Rusia el sistema parlamentario, que tan gastado está, y tan malos resultados está dando en toda Europa.

Y si el Emperador no se inclina al partido innovador ó reformista, ¿se decidirá por el tradicionalista ó enemigo de las reformas? ¿Conservará el *statu quo*? Esto sería lo más grato al pueblo ruso; pero, ¿sería lo más conforme con la civilizacion? Por otra parte, ¿dejaría de ofrecer peligros la inmovilidad ó el estacionamiento? La parte ilustrada, que, aunque sea la ménos numerosa, es la única influyente, ¿se resignaría á continuar soportando una política que se considera como impropia de estos tiempos? El absolutismo no se soporta mas que por la ignorancia. Para poder conservar el gobierno absoluto, es preciso oponerse á que los pueblos aprendan á leer.

Aquí, como se vé, existe un verdadero conflicto, que no se puede negar, ni siquiera poner en duda. Los diferentes grados de civilizacion que se observan en la población rusa,

son un gran obstáculo para la marcha del Gobierno ruso. Las masas ignorantes no quieren Constituciones, y las clases ilustradas miran con horror el absolutismo. El propio Emperador, que es bastante ilustrado, no quiere ni hablar como déspota. En todo su lenguaje, manifiesta que, si no tiene Córtes que limiten su poder, él mismo procura que la voluntad única esté como eclipsada por la ley y por los tribunales. En sus proclamas, si no habla de division de poderes, jamás indica que se considera cual fuente única de autoridad ó poder. Esto, que parece una contradiccion, no es sino la consecuencia natural de la oposicion que existe entre la ilustracion y el absolutismo.

Dias pasados anunciaron los periódicos ingleses que el ministerio ruso estaba en crisis, que parecia preponderante el elemento innovador, que se retirarian los ministros absolutistas y quedarian dueños del campo los partidarios de las reformas. Se llegó hasta á asegurar que el Czar se inclinaba á la opinion de estos últimos, y que, segun todas las apariencias, se haria poco esperar una *Carta otorgada* con un Parlamento, que, por ahora, tendria sólo el carácter de consultivo. Esto, hasta ahora, no se ha confirmado ni negado. La prensa moscovita guarda un silencio que prueba que se vacila y se medita bastante.

Nada más natural. El salto es terrible y puede ser hasta mortal. El Parlamento, por más que se llame la *Consulta*, ó no hace ruido y muere, ó excita las pasiones políticas, y á paso más ó ménos acelerado, llega hasta donde ha llegado en todas partes. Todo está en que el pueblo, ó lo que se titula el pueblo, esté ó no por las discusiones ruidosas. Si los rusos toman aficion á los diarios populares, hágase lo que se haga, pronto se verá lo que son ciertas reformas.

Se dice que el príncipe Constantino, tio del Emperador, que ya no es jefe de la marina, saldrá pronto y para siempre del imperio ruso. Aunque este destierro pudiera levantarse mañana, no puede negarse que hoy por hoy tiene no escasa significacion. Este príncipe, por más que haya sido acusado de afecto á los nihilistas, es muy posible que sólo sea *innovador* algo dominado por la ambicion. Los príncipes poco resignados, desde Absalon hasta nuestros dias, han sido siempre bastante peligrosos.

No sabemos si el destierro del tio del Czar estará ó no enlazado con la cuestion de las reformas. Hay quien cree que si este destierro se lleva á cabo, se aplazarán por lo ménos las reformas; al paso que no falta quien diga que, una vez hecha esta tan ruidosa y tan ejemplar justicia, la Constitucion se hará esperar muy poco.

Nosotros no podemos disimular que, por falta de noticias positivas, estamos muy perplejos en este punto.

El asilo.—A fines de la semana pasada se dijo que el Gobierno ruso había dirigido á todas las potencias una nota, en la cual proponía que se viese si convendría reunir un Congreso diplomático, que se encargara de adoptar y sancionar las medidas más oportunas contra el regicidio y contra los regicidas. Esto, que ha de ser lo que al fin se haga, hoy parece todavía bastante fuerte. En efecto, convertir el regicidio en crimen internacional, equivale á organizar una intervención diplomática permanente.

Por temor á esta amenaza perpétua, ha habido Gobiernos, como los de Italia y la Gran Bretaña, que presenten algunas objeciones, manifestando que, sin necesidad de ir tan léjos, el regicidio puede combatirse, ó por medio de leyes puramente nacionales ó recurriendo á tratados, en los cuales se conceda la extradición de los regicidas.

Esto ya es algo; pero no es más que la mitad de lo que necesita hacerse. Es preciso legislar, no sólo contra los regicidas, sino también contra las naciones que se convierten en *nidos de víboras*, protegiendo el regicidio. Podrá ser que por ahora Rusia no insista y la cuestión se resuelva sólo á medias; pero, esto no obstante, como los nihilistas y radicales, de todos colores y denominaciones, no desisten de su criminal empeño, su misma obstinación obligará á los Gobiernos á hacer lo que no quisieran hacer.

Los periódicos ingleses se expresan en el sentido que acabamos de indicar. Bien se echa de ver que Inglaterra no quiere ni pasar por nihilista ni romper de veras y por completo con el nihilismo.

La prensa italiana, sobre todo la ministerial, habla de una manera bastante ambigua. Concede más que la inglesa; pero no deja de proponer limitaciones, que á veces parecen excesivas. No se concibe cómo abundan tanto y en tantas partes los abogados de los asesinos llamados políticos. Ya era tiempo de que los Gobiernos se convenciesen de que no deben ser ni tibios defensores del puñal y la dinamita. Sería inútil el negar que en el fondo de las vacilaciones diplomáticas que señalamos, no hay otra cosa que miedo al nihilismo, ó complicidad con los nihilistas.

Por lo que atañe á Francia, no se vé nada claro. Por una parte se vé que los periódicos gambettistas declaman hasta con furia contra Rusia, y por otra se observa que los Gobiernos del Czar y Grevy no están ó no parecen estar tan mal como ántes. El príncipe Nicolás, tío del Emperador Alejandro, acaba de estar en París, donde ha sido no poco

obsequiado por el presidente de la república. Además, el general Chanzy, embajador de Francia en San Petersburgo, con fecha muy reciente, ha recibido una de las más importantes condecoraciones que suele conceder el Gobierno moscovita.

¿Indica esto que, prescindiendo de Gambetta, el Gobierno francés comprende la necesidad que hay de respetar á los demás Gobiernos, renunciando de veras á la propaganda revolucionaria? No falta quien así lo crea, ó al ménos lo suponga. Nosotros, en este punto, nos limitamos á repetir lo que se dice, sin comentarlo por nuestra parte.

En Suiza, el buen sentido continúa ganando terreno. Los periódicos, ya casi en su totalidad, convienen en que Suiza no gana nada con pasar por *nido de víboras*, y sostienen que ni debe tolerarse el congreso socialista, anunciado para Setiembre, ni conviene permitir que los emigrados interpreten el *asilo* en el sentido de que les autoriza para todo, hasta para conspirar contra los Gobiernos amigos.

Los periódicos suizos, sin más excepcion que la de los *rojos*, que son contadísimos, afirman ya, y sin rodeos de ninguna especie, que el *asilo* es sólo un *amparo* que se concede por gracia, no un *derecho* que se ejerce ó que corresponde á los que lo aceptan. Este principio es diametralmente opuesto á la teoría revolucionaria, que considera á los regidas nada ménos que *cual ciudadanos del universo*.

Portugal.—La agitacion política de los dos últimos meses, si no ha desaparecido por completo, es indudable que, por lo ménos, no aumenta. La causa subsiste siempre; pero, por ahora, se van evitando sus efectos. La más leve chispa podrá propagar de nuevo el incendio; pero como el mal procede de lo exterior, acaso no sea imposible el cerrarle las puertas. La peste revolucionaria se detiene tambien con los cordones sanitarios.

Los comités revolucionarios franceses siguen derramando oro con el propósito de organizar reuniones, comidas, etc., en Portugal, en Huelva, en Castilla la Vieja y Galicia; pero hasta ahora, si se han tolerado estas maniobras, cuyos fines tan conocidos son, por fortuna las masas no se han acercado á los centros de perturbacion. Mazzini, que tanto hizo progresar el arte de conspirar, dando reglas á sus adeptos, decia que «todo estaba en reunir al pueblo.» Así es que sólo pensaba en que las turbas se viesen reunidas, fuese para lo que fuese. «El pueblo, decia, cuando se reune, se cuenta, conoce su fuerza y se muestra exigente.» Verdad es que, como la multitud es tan caprichosa, no se sabe qué es lo que podrá exigir; pero, ¿qué importa esto? La revolucion, que sólo se

alimenta con negaciones y ruinas, lo único que busca es que las masas nieguen y destruyan. Esto es para los revolucionarios lo único esencial.

La propaganda revolucionaria francesa, que está hasta despechada, porque no puede conseguir que el *mundo marche*, sacrificaría hasta montañas de oro por lograr que los banquetes democráticos, los bullicios, el unitarismo ibérico, las crisis ministeriales, la *libertad científica*, la impunidad periódica, etc., etc., exaltasen algo las imaginaciones portuguesas. Parece hasta increíble lo que con este fin se trabaja y se gasta en Francia ó por los comités revolucionarios de París.

Afortunadamente, el pueblo lusitano va ya abriendo los ojos, y Prusia y la Gran Bretaña, que nada ganarían ahora con los trastornos, no ayudan, ni mucho menos, al gambetismo. ¡Plegue al cielo que así sea siempre!

Los banquetes democráticos no se consideran sino como pretexto para hablar, y sobre todo, para que se hable. Como la prensa los lleva y trae tanto, aunque en la realidad sean muy poca cosa, juzgándolos por el ruido, pudiera creerse que eran casi el fin del mundo.

Con diez banquetes en un mes, haciendo que de cada uno de ellos se esté hablando tres días, puede sin duda conseguirse que desde lejos se crea que Portugal es ya presa de las llamas. Los comensales serán pocos y se reunirán, no se sabe con cuánto trabajo; pero, sea como sea, al fin se reúnen, y sólo se cuenta que se han reunido. Además, ¿quién no se reúne para comer? ¿Quién ignora que no es lo mismo reunirse para comer que pasar adelante para tomar parte en reuniones más peligrosas? Sin embargo, no se olvide que la Francia revolucionaria necesita fascinar á los revolucionarios italianos, hablándoles de la revolución en Portugal, y á los portugueses, exagerando los progresos de la revolución en Italia. Como decía Mazzini, la imaginación entra por mucho en estas cosas. Un millón de imaginaciones exaltadas y extraviadas, aún sin saber lo que hacen, pueden constituir una *opinion pública* de fuerza irresistible.

Las turbas lusitanas, no obstante el ser llamadas sin cesar, continúan mostrándose poco entusiastas. Si al principio se excitaban al oír hablar de la bahía de Lorenzo Marquez, ahora tratan esta tan grave cuestión con la calma conveniente. No ven con indiferencia que la Gran Bretaña, en virtud del tratado, ponga su mano en la colonia africana de Mozambique; pero conocen que el Gobierno portugués necesita guardar muchos miramientos, y además están persuadidos de que esta no es cuestión de las que se resuelven dando gritos en las calles.

El ministerio, que es conservador ó más bien ecléctico, como suele decirse, va tirando. No ha resuelto ninguna cuestión; pero por lo ménos no plantea ó provoca nuevas cuestiones. Todavía no se ha decidido á cortar por lo sano, poniendo freno á la propaganda revolucionaria; pero en cambio no da grandes alientos á la revolucion. No se atreverá á impedir declaraciones tan impías como absurdas contra los jesuitas; pero lejos de perseguir, da libertad á la Iglesia, y así, al ménos, no se opone á la propaganda del bien. No desconocemos los peligros que entraña una política que tiene demasiado miedo al error, y no ama la verdad tanto como debiera; pero, ¿está en nuestra mano el remedio? Nosotros, prescindiendo de cuestiones metafísicas, nos fijamos sólo en la persecucion ó la no persecucion, y optamos por la política que por lo ménos concede libertad para la propaganda del bien.

Inglaterra.—Los boers, que en gran parte han triunfado, segun parece, están ahora tranquilos. Queden sujetos á la Gran Bretaña; pero conservando su autonomía ó gobernándose por sí mismos. No es la completa independendencia á que aspiraban; pero no puede negarse que á muy poca costa han dado un gran paso. Las circunstancias no han podido serles más favorables.

Los basutos continúan en actitud hostil; pero, como Inglaterra no los persigue ahora, de hecho, no pelean, porque no encuentran con quién pelear. Sin duda el Gobierno británico recurre al tan conocido expediente de dar tiempo al tiempo. Hoy, en el Sur de Africa, no hay otra política posible. Las distancias, que son inmensas, y la falta de tropas, que es grande, obligan á no ver ni oír lo que dicen ó hacen los insurrectos y asegurar las costas y plazas fuertes, esperando mejor ocasion.

Candahar ha sido ya evacuado. Las tropas inglesas no están ya en el Afghanistan. Esto, que ha sido un gran triunfo para Rusia, por el momento, permite respirar á la Gran Bretaña. Ha perdido, sin duda, un gran fuerte avanzado; pero para conservarlo, hubiese tenido que hacer una guerra costosísima, y esto era para ella lo peor y lo más sensible. Bien se echa de ver que la política de Gladstone se encamina ahora á aplazar los conflictos, en vez de resolverlos. El Gobierno inglés, que tan abrumado estaba con tantas cuestiones en tantas partes, ya que no puede triunfar, procura obtener treguas, que, sean ó no duraderas, le permitan reunir fuerzas para continuar despues la lucha. Estos tan sistemáticos aplazamientos no dejan de llevar consigo humillaciones; pero, ¿qué más humillacion que carecer de recur-

sos para sostener la guerra en muchas partes? ¿No era claro como la luz del día que Inglaterra no tenía medios para pelear á la vez en Irlanda, en el cabo de Buena Esperanza y en la India? En casos parecidos la humillacion no está en las medianas composiciones, sino en los malos y aún en los malísimos pleitos.

La cuestion irlandesa está tambien en no mal camino. El agitador Parnell, que no cuenta ya con el apoyo de los católicos, se ve sólo, ó lo que es lo mismo, auxiliado únicamente por los versos de Víctor Hugo y las blasfemias de Rochefort. El Gobierno británico ha hecho mil veces bien al tratar con el Papa y los obispos para aislar á los pocos socialistas que hay en la católica Irlanda.

Gladstone, que, por desgracia para su país, perdió mucho tiempo al principio, al fin, aunque tarde, decidido á obrar, ha propuesto á las Cámaras varias medidas, en gran parte ya aprobadas, que están produciendo y producirán excelentes efectos. Las leyes excepcionales, al negar el derecho de perturbar, han hecho un inmenso bien. Además, el proyecto de ley agraria, el *Land bill*, presentado ya al Congreso, puede facilitar bastante la buena inteligencia entre Irlanda y el Gobierno inglés. No hay que forjarse ilusiones, ni que negar lo que es evidente. El proyecto de ley, en cuestion, es una desamortizacion algo disimulada, pero real y verdadera. Si el *Land bill* se aprueba, los lores que tienen propiedades en Irlanda, ó van á cultivarlas por sí mismos, ó ven *muy reglamentado* su derecho de propiedad. La nueva ley los ha de forzar á vender para que desaparezca así la amortizacion, que hoy convierte en párias á los irlandeses.

Gladstone, que ha estado vacilando entre la desamortizacion directa ó indirecta, al fin se ha decidido por la última. El primer sistema, el de la desamortizacion directa, era una verdadera expropiacion por causa de utilidad pública; el segundo, el de la desamortizacion indirecta, no es la expropiacion decretada; pero será, y no podrá ménos de ser, la venta *libre, pero no voluntaria*, como decia un jurisconsulto escocés.

Ha muerto lord Beaconsfield, jefe que era del partido *tory*. Aunque tenía ya 76 años, deja un vacío en su partido y aún en su país, que podrá llenarse, pero no con facilidad. Había sido, y parecia próximo á volver á ser presidente del Consejo de ministros. Si, como se teme, las Cámaras no aprueban el *Land-bill*, ó el proyecto de ley agraria, los *torys* tendrán que reemplazar á Gladstone y no se sabe si, muerto su jefe, conservarán la fuerza y excelente organizacion que ántes tenían.

Francia.—La nacion francesa sigue mal, bastante mal;

pero materialmente tranquila. Los conservadores no logran entenderse y los radicales, ó son poco fuertes, ó tienen miedo á su propio triunfo.

El radicalismo quiere el reinado del terror. Esto, como ya se sabe, no es ni puede ser más que una tempestad pasajera. Los Danton y los Robespierre no viven sino lo que tardan en degollarse mutuamente. Nadie niega que el radicalismo no podría ser sino la guillotina ó la ley de sospechosos en lo interior y la guerra general ó la nueva invasion en lo exterior. Esto explica el aislamiento en que se encuentran los radicales.

Los republicanos templados, por miedo á lo que ven venir, como temblando, procuran sostener lo que tienen. No es el apoyo del amor y la confianza, sino el horror á lo desconocido, que á todo el mundo asusta.

Los imperialistas continúan sin jefe. ¿Y puede concebirse un imperio sin emperador? Tienen soldados y plana mayor; pero, ¿dónde está el caudillo?

Los orleanistas no carecen de jefes ó de personal militar y político; pero como monárquicos, no son la monarquía legítima, y como agrupacion política, no tienen *masas*. El pueblo será legitimista, bonapartista ó socialista; pero no orleanista.

En fin, los legitimistas, que tienen rey y pueblo, ó mucho nos equivocamos, ó están bastante mal en la parte relativa al personal político-administrativo. De otra manera no podría ni explicarse cómo pasan meses y meses y aún años y años, sin que este tan importante partido dé señales de vida. La bandera no se plega jamás; pero el tiempo pasa y lo que se anuncia no llega nunca. ¿Hay ó no hay fuerzas? Si las hay, ¿qué se hace? Si no las hay, ¿por qué no se dice?

El gambettismo, que no puede ser la paz, está ya en guerra. No ha podido pelear en Oriente; pero, como necesitaba una lucha para entretener al pueblo francés, ya tiene su ejército en el territorio tunecino. No es fácil el prever lo que podrá dar de sí una guerra tan peligrosa como inútil.

Por lo pronto, Túnez, si quiere, puede presentar bastante resistencia. Con sus fuerzas propias, que no son despreciables, y el auxilio del terreno y del clima, que le vale mucho, puede ocupar y aún preocupar de veras á Francia. Añádase á esto que la Argelia, que parece bastante agitada, pudiera aprovechar la ocasion para intentar, como ya lo ha hecho otras veces, recobrar su independencia.

No puede tampoco perderse de vista que en esta cuestion Francia tendrá contra sí á Marruecos y Turquía, por una parte, y á Italia y la Gran Bretaña, por otra. Las demás gran-

des potencias, por más que callen en público, en secreto es imposible que no declaren que la cuestion tunecina, como esencialmente mediterránea, no puede ménos de ser *européa*, no francesa.

Las tropas francesas han pasado ya la frontera. Hasta ahora, no se sabe que hayan tropezado con obstáculos graves. El telégrafo habla de varios encuentros, que no considera como importantes. O se oculta, pues, lo que ocurre, ó las tribus armadas desean pelear más lejos de la frontera.

Como no se permite hablar á los corresponsales y el Gobierno nada dice, segun los periódicos, el pueblo francés está bastante inquieto. Como la confianza que tiene en el actual ministro de la Guerra no es gran cosa, esta inquietud, el decir de *La Verité*, diario republicano, se convierte en ansiedad. Así se explica el que se dé crédito á todos los siniestros rumores que circulan ó el radicalismo hace circular.

L.

ÍNDICE DEL TOMO XXXII.

15 DE MARZO 1881.

	Páginas.
Absolutismo del Estado, por C. el Conde de Toreno.....	5
Refranes y desvergüenzas, por D. Cesáreo Fernandez Duro.....	21
Fundadores del régimen constitucional en España (continuacion), por D. Juan Perez de Guzman	29
La Expedicion española á Italia en 1849 (continuacion), por don Fernando Fernandez de Córdova.....	52
El privilegio de la Union, novela (continuacion), por D. Manuel Fernandez y Gonzalez.....	73
Boletin Bibliográfico: Lo contencioso-administrativo.—Baños de Baños (viajes por mi patria).—Discursos leidos ante la real Aca- demia Española en la pública recepcion del Dr. D. Marcelino Menendez Pelayo, por H	86
Solemnidad literaria de la Real Academia Española, por D. Manuel García Otazo.....	94
Crónica política, por R.....	103
Revista extranjera, por L.....	118

30 DE MARZO.

Armonías libre-cambistas y proteccionistas, por D. José G. Barza- nallana.....	129
La juventud dorada, por D. Adolfo Mentaberry.....	141

Estudios políticos y sociales sobre Marruecos.—La raza bereber, por D. Felipe Ovilo Canales.....	153
Fray Prudencio de Sandoval, por D. José Foradada.....	170
Estudio crítico-biográfico del maestro Elio Antonio de Nebrija, (conclusion), por D. Hemeterio Suaña Castellet.....	173
La expedición española á Italia en 1849 (continuación), por don Fernando Fernandez de Córdoba.....	186
Guía de la villa y archivo de Simancas (continuación), por D. Francisco Diaz Sanchez.....	201
El gran Galeoto, por D. Augusto Charro-Hidalgo.....	211
El privilegio de la Union, novela (continuación), por D. Manuel Fernandez y Gonzalez.....	231
Crónica política, por R.....	240
Revista extranjera, por L.....	245

15 DE ABRIL.

El nihilismo ruso, por D. Víctor Suarez Capalleja.....	257
Una causa de Estado (continuación), por D. Márcos Jiménez de la Espada.....	279
Estudios políticos y sociales sobre Marruecos (continuación).—Los judíos, por D. Felipe Ovilo Canales.....	306
La juventud dorada (continuación), por D. Adolfo Mentaberry....	331
Guía de la villa y archivo de Simancas (continuación), por don Francisco Diaz Sanchez.....	350
Boletín Bibliográfico: Esbozos y Rasguños.—Las libertades de Aragón; ensayo histórico, jurídico y político.—Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del señor don Pedro Madrazo, por H.....	356
Crónica política, por R.....	365
Revista extranjera, por L.....	373

30 DE ABRIL.

Correos: Anales de las ordenanzas de Correos de España, publicados por la Direccion general de Correos y Telégrafos, por el Dr. Thebusem.....	385
Polystoria (continuación), por D. Vicente Tinajero y Martinez....	396
La juventud dorada (continuación), por D. Adolfo Mentaberry....	416
Refranes y desvergüenzas (apéndice), por D. Cesáreo Fernandez Duro.....	433
Estudios políticos y sociales sobre Marruecos (continuación).—Los judíos, por D. Felipe Ovilo Canales.....	438
Justicia humana (poesía), por D. Antonio Ros de Olano.....	460
El privilegio de la Union, novela (continuación), por D. Manuel Fernandez y Gonzalez.....	467
Boletín bibliográfico: La magistratura y los decretos de 29 de Marzo de 1880.—Instituciones jurídicas del pueblo de Israel en los diferentes Estados de la Península Ibérica.—Sully.—Retórica y Poética ó literatura preceptiva.—Conferencias dadas en el Círculo de la Union Católica, por H.....	478
Crónica política, por R.....	487
Revista extranjera, por L.....	501